

6.

RO  
LEY







ESTUDIO CRITICO  
DE  
**NUESTRO LIBRO REY**

---

HOMENAJE

tributado á la obra

**El Ingenioso Hidalgo D. Quijote de la Mancha**

EN EL TERCER CENTENARIO DE SU APARICION

POR

**D. Isidoro Lapuente Saez**

ALOGADO ESPAÑOL



MADRID  
ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO «EL TRABAJO»  
10, Guzmán el Bueno, 10.

1905

UNIVERSITY OF CHICAGO

THE UNIVERSITY OF CHICAGO PRESS

CHICAGO, ILL.

1911

1911

1911

UNIVERSITY OF CHICAGO PRESS

CHICAGO, ILL.

ESTUDIO CRÍTICO  
DE  
**NUESTRO LIBRO REY**





ESTUDIO CRITICO  
DE  
**NUESTRO LIBRO REY**

---

HOMENAJE

tributado á la obra

**El Ingenioso Hidalgo D. Quijote de la Mancha**

EN EL TERCER CENTENARIO DE SU APARICION

FOR

**D. Isidoro Lapuente Saez**

ABOGADO ESPAÑOL



MADRID

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO «EL TRABAJO»

10, Guzmán el Bueno, 10.

1905



## PROLOGO

---

Cuando iniciada la idea de celebrar el centenario tercero de la aparición del *Quijote*, y á medida que el tiempo avanzaba, España entera la abonó, pensé escribir algo, aunque valiera poco, que demostrase mi afición al hermoso libro, cooperando en la pobre medida de mis escasas fuerzas, á su realce y preponderancia. Creí patriótico, como todos, prestar al centenario mi humilde concurso, si de poca importancia, por ser el mío nombre nuevo y desconocido, lleno de buen deseo, al depositar en el pié de la estatua de Cervantes, este modesto óbolo moral, fruto de no gran trabajo. Muy precipitadamente va hecho, y con interrupciones frecuentes; dedicándole tan sólo los ratos de ocio, que me deja libre la profesion principal con que mantengo á mis hijos.

Empezada la labor, con mas audacia que recursos de ilustracion, corta siempre, en quien como yo, ha consagrado su vida al estudio y aplicacion de la nobilísima ciencia del Derecho; dedicando al arte tan sólo los momentos desocupados, por parecerme incompleta la educacion humana, siempre que al asiduo cultivo de una ciencia, que constituya la profesion, no se une cierta destreza en un arte, que tanto será más noble, cuanto más se acerque á lo bello, ví que esta

empresa necesitaba más preparacion y tiempo de los que yo dispongo. Pero como hijo de mi siglo, en el cual abunda más la presuncion que el mérito, me lanzo á la palestra, no sin temor á la crítica. Me animó además otra razón: la de no haber visto ningun concurso abierto para premiar un buen estudio sobre el *Quijote*.

Y me dije: Puesto que á nadie le ha ocurrido esa idea, más que al *Diario de la Marina*, de Cuba, pueblo que ya nada quiere con nosotros y nos excluye (América para los americanos); es cosa de concluir la tarea, pues de haber ese concurso para premiar la mejor biografía de Cervantes, que tanta falta nos hace tenerla completa, y una crítica del *Quijote*, el Tribunal acaso, segun lo vemos á diario, habría adjudicado el premio al paniaguado por el favoritismo, y para eso, mejor es no haberle abierto. Sobre todo si en él habíamos de ser preteridos los católicos, á quienes los que imperan y pululan, suelen negarnos hasta el saludo, mas aún, cuando lo somos al descubierto. Tan provistos están de fanatismo ó ensañamiento.

Claro que esto rebaja el centenario, demostrando que bien menguada es nuestra inteligencia, al no ocurrírsele á nadie estimular la actividad intelectual de la juventud y de la nacion, con obras de alto nivel, apropiadas al caso; pero ya se sabe que los españoles somos poco dados á trabajos detenidos y sérios, que por lo comun, nadie aprecia. Estamos ahora además, impregnados de mezquino localismo, reflejado en todos los festejos, y vamos mas bien á divertirnos con

ese pretexto del centenario, que á erigir á la memoria del autor ó del libro, un monumento. Aunque los venideros, con él recordarian mejor al uno y al otro, preferimos que lo hagan ellos, pero si digo muy alto, sacarían mas sazonado fruto, que con todas esas positizas bambalinas, acusadoras de la presente pequeñez en este gran asunto nacional.

Pero en fin, yo no me incomodo, sino al revés; me alegro de no haberlo hecho cuestión de honor, no sea que Cervantes y el *Quijote* saldrían descalabrados, como lo son á mis manos con este librejo, tan hecho de pronto, que pido indulgencia al público, si le considera un atentado. Discúlpenme las razones que arriba apunto, y sobre todo mi buen deseo. Y sirva tambien en mi descargo, el ser un homenaje que rindo, á mi modo, al ilustre alcalaino; tanto más costoso, cuanto menos provistos estamos de dinero aquellos á quienes no protegen los rotativos. Y ahora, imprimir un libro, cuesta algo caro, estando avocados á que nos hagan el vacío con la conjuración del silencio. Porque si los labradores tienen la sequía, las plagas y el fisco, para combatir ó amenguar sus cosechas; nosotros, los pobres de la fé pública rural, tambien pasamos la crisis del hambre, con otras plagas permanentes, que se llaman la burocracia, el Registro, el zurupeto y el quietismo. Y con esto, lector, vale.

---



# ESTUDIO CRÍTICO DE NUESTRO LIBRO REY

---

## Capítulo primero.

*Trascendencia del pensamiento ó idea capital que informa el "Quijote",*

Acomodar á la vida real un hombre que forja la imaginacion, el cual profesa una idea ó un sistema preconcebido, propio ó ajeno, pasado ó futuro, es empresa sencilla á simple vista y parece se les ha debido ocurrir á muchos, lo mismo antes que ahora. Nadie, sin embargo, ha resaltado por esa originalidad, con mas mérito positivo que Cervantes, y ningún libro se ha escrito en la tierra, que mejor la desentrañe.

El gran privilegio del genio, la estrella que brilla en su frente, y con la cual alumbrá á la humanidad en su camino, es un plan suyo propio, una concepcion verdaderamente grandiosa, una idea sintética, que ha tenido muchas veces origen de pequenísimas chispas, pero ha inflamado su mente y su corazon, todo su sér, en fin, y recibe por ende el don de comunicar á los demás lo que él ha visto y sentido, para dejarles pasmados á virtud de lo prodigioso del invento.

Esa idea, ó pasion, ó sentimiento, tan vivo y enérgico, que al verdadero genio le hace ser un hombre distinto de

los otros, altamente distinguido, por lo mismo que la Providencia otorga á muy pocos tesoro tan rarísimo, tiene principalmente dos manifestaciones: una, en el campo de la ciencia; otra, en la esfera del arte, y una característica común; la originalidad, porque sin invencion no hay genio. Al hombre le asombra lo que desconoce, pues aquello que ya sabe, aunque le complazca, no le pasma, no le suspende. El encanto de lo nuevo, es lo que mas le seduce, porque eso no lo ha visto, y la intuicion, como los ojos, quieren descubrir siempre no explorados horizontes. El ánsia de ir mas allá, no se para en el hombre mientras le dure la vida y sólo la corta el golpe de la guadaña.

En el *Quijote* la idea capital que domina, la pone su autor como una locura, por eso la humanidad considera en el libro un sentido oculto y simbólico, en el cual Cervantes probablemente no soñó. La sedujo la letra que mata, por escribir segun plan laudable, sin duda, pero circunstancial y circunscrito; el vulgo en ello le confirma; mas el sábio, de ambos se separa, tan luego como medita sobre la boga y universalidad que alcanza, lo vasto de la idea que la informa.

Tiene, pues, el libro, sentido mas superior al que penetra la razón vulgar, porque presenta á la contemplación el pensamiento más alto que quizás quepa concebir. En efecto, lo mas alto para el hombre son las ideas que forma sobre su naturaleza, origen, destino y desarrollo; sobre el cielo y la tierra; sobre la vida y la muerte, sobre la eternidad y el tiempo y mas principalmente las que la marquen el rumbo para mejor saber y conseguir su destino.

Y la primera regla que le dan la razón y la ley para esto,



es el siguiente mandato: Se justo, haz el bien, proposiciones las dos, que vienen á significar lo mismo. Siguiendo por esta ruta, alcanzará lo que persigue ó sea su felicidad completa.

Ideado el ser, sobreviene la acción y es tal en el *Quijote*, que se traduce en lucha encarnizada y abierta entre los dos sistemas supremos, que al mundo se le disputan: el positivismo y el idealismo, lo concreto y lo abstracto, lo de arriba y lo de abajo, el cielo y la tierra, las normas de Dios y las que da el mundo á los que siguen su ley y viven con arreglo á sus máximas. Así pues ese libro que parece estar escrito al descuido, sin penetrar tanto en lo hondo, es muy profundo y filosófico, por concentrar en su esencia íntima, á través de variedad tan prodigiosa y amena, el pensamiento mas elevado y sintético que puede indagar la ciencia, es decir, el que consiste en saber cómo se ha de obrar.

Objetará álguien que no es libro de moral, y habla bien, si quiere probar que no explana en forma dialéctica ni expositiva, ciencia ni sistema ninguno, mas la mision del arte es opuesta á eso: enseña deleitando mejor que instruyendo, educa el gusto mas que cultiva el pensamiento, pero ¿diremos por tanto que el arte no saca fruto? Si el hombre es un compuesto de dos nobles substancias y como tal abismo de inexplicables misterios, ¿querrán decirnos tan solo puede aprovecharle lo que de la ciencia deduce?

La operación humana debe inspirarse por las normas de lo bueno y de lo justo; mas ¿como recibe el mundo al que encarnando ese ideal de justicia, se le pone por delante? Le burla, le insulta, le persigue, le mata. El que tuvo la *locura de la cruz* y murió por nos redimir, fué quien comenzó y aquel Modelo ha tenido y tendrá sus imitadores. Es claro

que los hombres prácticos, que no poseen la tierra como señores de sí mismos, sino como señores de los otros, tienen esa manía por un descabello y procuran ir agenciando su *modus vivendi*, sin meterse en libros de caballería. Y el sufragio universal hijo de la flamante democracia que domina ó el voto de los más, según sentían nuestros antepasados, les da la razón y dice que obran bien.

Ni seré yo quien los reproche ni los niegue que se salven: lo que sí asiento, es que el número de Panzas es infinito y el de Quijotes harto escaso, mirados bajo ese aspecto; que aquellos son los *electi* en la tierra y estos los *vocati* para el cielo y que ese gran misterio á que llamamos la libertad humana, les deja á todos satisfechos: á los Panzas siquiera tengan la vista baja como el desventurado puerco, á los Quijotes porque miran al cielo. No tiene nada ó muy poco de místico el libro de Cervantes, pero contiene sí mucha religión, moral y filosofía, y es obra eminentemente cristiana.

A Don Quijote tenido por loco en su tiempo, hemos concluido por darle la razón en esto: el ideal de justicia siempre estará perseguido en la tierra. Y esa suprema mira del héroe que motiva su actitud y sus hazañas, es la idea que guía su conducta, es el pensamiento que inflama su alma, es toda la esencia del libro en ella concentrada, que luego el desarrollo del contenido, la corrobora. El mundo es la habitación de los malos, tenidos por cuerdos y prudentes, el teatro donde lucen sus hazañas, el campo en donde mueven sus disputas, el sitio de los perpétuos altercados, y á la vez el lugar de prueba, donde se aquilata el mérito ó desmérito de todos.

Frente á los hombres de espíritu recto, que practican la

virtud, habrá siempre una mayoría que resista; y quienes profesen y prediquen los dogmas de la verdad y la justicia, serán develados ya por quienes siguen la corriente común aunque de buena fé, creyendo que hacen bien seducidos por el error, ya porque se obstina su voluntad en seguir sendas y derroteros peligrosos. Pero la lucha siempre antigua, y de continuo renovada, nunca cesa, y esa verdad tan evidente, es la que nos hace palpable el *Quijote*, libro que por lo mismo siempre será igualmente universal y oportuno, pues la persecución por la justicia que sufran los buenos, es extensiva á todos los lugares y países. Los que quieran dirigir la humanidad por los caminos del bien, siempre serán el blanco á donde disparan los más y aquellos perecerán á la postre, víctimas de la ingratitude y rechifla de los otros.

---



## Capítulo II

### *El subjetivismo del autor y el objeto del libro.*

No pueden rigorosamente separarse, en una obra literaria, los sentidos subjetivo y objetivo, que todas encierran, porque entrambos forman un conjunto, que sólo el análisis crítico aquilata. Pero si confundidos están en el pensamiento del artista y en la obra que le manifiesta, no es menos cierto que tal distincion es necesaria, al dar cuenta del contenido. Ella es efecto de nuestra naturaleza, que pide lógica hasta en el arte, pues el modo y norma para discurrir, no desaparecen ni aun tratándose de revelar lo que sentimos y hacemos.

Los grandes hombres, por las grandes obras y Cervantes, al componer esta, se elevó á inconmensurable altura. Nos es desconocida su biografía completa y difícil para la crítica, puntualizar sobre esta materia, porque hay en la que tenemos grandes lagunas. Con tanto cervantista de sobra, son muy pocos los que practicaron indagaciones serias. Es labor harto trabajosa y pesada, que exige desembolsos y sacrificios, no hechos por ningun particular ni corporacion, hasta ahora. Además, en España estas obras de erudicion y estudio, no encuentran proteccion de nadie, como digo en el prólogo, así que la incuria nacional se manifiesta en esto como en casi todo. Somos los españoles harto desaprensivos,

aunque nos avergüencen los extranjeros el no haber recabado datos concretos para formarla, pues lo de menos fuera escribirla.

Se nota sí que conocía la sociedad entre la cual le tocó vivir, se ve que la retrata con fidelidad, como tambien lo precario de su situacion en ella. Tiene vida maleante y protectores ilustres; se culpa á sí propio de su desgracia, lo cual demuestra cierto desarreglo en el régimen de su persona; en fin, es un español de cuerpo entero, que pudo vivir en aquel, como en este siglo, como en el pasado, y así le pudieran algunos tener, aunque parezca baja la comparación, ó por un *golfo ilustrado* que ahora diríamos, ó por liberal, como quisieron los del pasado siglo. Pero los que tal digan, le calumnian. Cervantes, en la época en que vivió, se limitaba á ser solamente español y buen cristiano, calificativos que no cuadran á los liberales ni á los golfos, porque ni tienen pátria, y les da un ardite por esta ó por otra, y se forjan dios á su manera, rechazando las creencias en religión que nuestros antepasados tenían. Unos y otros profesan en el asunto la libertad de conciencia, mirada en tiempo de Cervantes, por infame herejía, digna de la hoguera y prueba de que la misma sociedad la encendía, cuando nadie protestaba.

La indecisa conjetura, que se mete en muchas vicisitudes de su vida, queda para mí desechada, porque prefiero atenerme á los datos fijos que sobre ella constan, y al fondo de sus libros, para delinear su carácter. Cervantes parece en ocasiones un héroe, otras un desgraciado, otras activo y estudioso ó más bien inspirado, en otras es perseguido y en algunas envidiado. También se columbra en su conducta al-

gun extravío y desarreglo, áun no culpándole de oficios ni pecados bajos, de que quizás tampoco estuvo exento. Tiene pues en este extremo, algo de lo de Salustio, moralista excelso, pero hipócrita y de costumbres livianas, cosas ambas que á Cervantes no le imputo, aunque vea en él cierta analogía con el elegante y parcial historiador.

Con todo, el natural de Cervantes, medido por sus libros, no puede ser más excelente. Nunca enseña lo malo, aunque deje de practicar alguna vez lo bueno. Por eso el análisis subjetivo del *Quijote*, al desentrañarle, le asalta á uno la tentacion de prescindir del que lo escribió, para fijarse solamente en el esfuerzo que supone su trabajo; mas esto no puede ni debe hacerse. El hombre traslada á sus obras lo mejor que tiene; es decir, el fondo de su alma, y aunque todos andemos y vivamos revestidos de ciertas flaquezas, no deseamos que se trasluzcan, por lo que puedan deprimirnos. Grande es la humana malicia, venenosa la calumnia, viperina la mala lengua, cuya baba tanto mancha; por eso en tan delicado negocio, cual es el de la honra ajena, nunca estaremos en lo firme, sino aparejados de la conveniente circunspeccion en acoger y de la prudencia y caridad en el juzgar. Yo no creo traspasarlas sentado lo que antes digo, pues me fundo en datos que parecen ciertos.

Pero sucede á los hijos, fruto de nuestra mente, lo que á los de la generacion material: queremos que salgan hermosos y todos los tengan por tales, siquiera sean feos y raquíticos. Cervantes tuvo partos muy felices y dió á luz obras muy discretas, pero esto no quiere decir que no de ningun trapiés.

Concretándonos al *Ingenioso Hidalgo*, única cuyo exá-

men nos toca, la influencia de quien lo crea, cual acontece en las otras obras, no puede menos de ser decisiva, mas ¿cuales exigencias tiene aquí la crítica? El autor es la causa eficiente de su obra, pero en literatura no traslada á ella sino lo que piensa, siente é imagina; y aunque toma de sí muchas cosas, hechos, lances, discurriendo de algún personaje lo que él haría en caso parecido, y lo copia, por ser él propio á quien tiene más cerca, lo cierto es que la inspiracion creadora forja las situaciones adecuadas á los seres que inventa y á veces ninguna relacion tienen con quien las idea. Y esto se nota en casi todos los géneros literarios.

Ademas, si se considera que el autor supone en su paladin una locura que anatematiza, se verá que no es tanto el parecido entre Cervantes y el protagonista como muchos piensan. Don Quijote se dirá, es un loco simpático.—Sí, pero lleno de extravagancias, como todos, y á buen seguro que el autor no quiere que le equiparen á él. Que haya impreso en el personaje principal rasgos de carácter que tuviera el autor, es cosa muy probable; pero de aquí á identificar al uno con el otro, media un abismo. Cervantes no fué nunca platónico ni payaso ni hubiera tolerado servirse de criado tan grosero y egoísta como Sancho, burlon y avieso mil veces.

El artista imprime el sello de su personalidad á las obras que crea y si esto se nota hasta en las mas objetivas, como lo son en literatura, las épicas y dramáticas, donde casi se desprende de ella; como el *Quijote* tiene mucho de ambas, no cabe que las sustituyan, arrebatándole el tipo principal, como lo intentó Avellaneda, que lo hizo tan burdo y mal dibujado. Por eso se conoce enseguida ser este último suplan-



tacion y superchería, pues el sofisticador emborriona y falsea la figura.

Así que por embeber en gran parte, el libro, la personalidad del autor, y sobre todo, porque el estilo es el hombre, es muy difícil sustituirle; pues probable ó patentemente se descubre el robo, y en fin, por mucho que se imite, la fisonomía nunca es igual. Y que el carácter, sello indudable del alma, va vertido en las obras de nuestra inteligencia, lo prueba el *Quijote* como obra cualquiera, pues desde que empieza su lectura, se adivina al escritor gallardo y fecundo, que ha tocado muchos sucesos muy cerca. Ya al segundo capítulo tropezamos con las mozas del partido y el ventero, tipos tomados del natural; la profesion y aficiones del autor, se patentizan en la magnífica reseña heráldica (por cierto irreprochable), de los rebaños que finge ejércitos, en el discurso sobre las armas y las letras y en el canónigo del final de la primera parte se columbra que Persiles y Segismunda ha de trazarlo la misma pluma.

En fin y para terminar este punto, Cervantes traslada al *Quijote* los frutos de su experiencia y conocimientos, le llena de encantos, hace ver su inspiracion tan poco comun, su exuberante inventiva, el gran fondo de verdad y realismo que tanto nos asombra, y documentos innumerables que prueban lo mucho de su saber en el trato de la vida práctica y el tino que tuvo para hacer las aplicaciones. Además, el cautivo de Argel enseña y deleita tanto, que el *miscuit utile dulci* queda colmado, con las hazañas y episodios á que le da márgen su noble manchego.

Pero si no cabe identificar á Cervantes con Don Quijote, pues á nadie por zumbon que sea, ha de quitarle andar por

el mundo en caricatura, sí es cierto que no pudo calcar mejor en su obra lo que pensó y sentía sobre todos los problemas mas importantes de la vida y de la ciencia, así mismo cabe decir, que en ella da á conocer su carácter expansivo, tan amplio y magnánimo como allí le vemos.

Ilustrado, y en ocasiones hasta erudito, pero con la ilustracion del literato, que supone mucha mayor lectura que estudio, cultísimo, como persona que habia conocido, servido y tratado á tanta gente principal; enamorado, pues no cabe expresar mejor el amor que según lo hizo, pintándole en tantas fases y matices; heróico, según lo prueban sus entusiasmos por la carrera de las armas; perseguido, porque el *Quijote* es un gran relato de miserias; profundo, y con sentencias algunas, como las de *Los Proverbios*, y sobre todo conocedor del mundo, de la sociedad y del corazon humano, que escudriña en toda clase de tipos de gerarquia diferente, á cada uno de los cuales da su merecido.

Verdadero creador de la novela genuina, cuyo objeto es poner de relieve la vida humana, en las fases y vicisitudes que presenta, si se diferencia de Valter Scot, en que no se traslada como él á épocas remotas, para hacerlas revivir, dándolas el colorido que tuvieron, no es por eso menos puntual en el relato; y Cervantes no le va en zaga, pues se compenetra y confunde como Scot con la sociedad y tiempo donde escribe. Así, que en punto á realismo, podemos equipararle á Balzac, el gran fotógrafo del siglo pasado y el primero entre todos los novelistas que tuvo, y aun creo que Cervantes le aventaja en realismo á pesar de haber desconocido las exigencias de un arte positivista, palpitando en los cuadros de Cervantes dibujo tan firme, que no es parte á

que lo estorbe su imaginacion tan brillante, de que tampoco Balzac carecia, segun en sus *Cuentos fantásticos* lo prueba, si bien es cierto que en idealismo y nobleza Cervantes le sobrepuja.

El objeto del *Quijote* es pintar el mundo y la realidad tal cual eran cuando Cervantes vivía, y por cierto, repito, que lo hace á maravilla. En la reproduccion de tipos, actitudes, relaciones y modalidades que adoptan los diversos personajes que en la obra intervienen, en el retrato de la naturaleza con todas sus galas y atavios, pocos pueden competir con él. Si á esto se añade el donaire de su musa, el gracejo de su estilo, la limpieza, propiedad y fluidez del lenguaje y la variada galanura que en los diferentes lugares de la obra campean, el ánimo, lo mismo estético que reflexivo, en fin el compuesto humano, queda del todo satisfecho.

Esa es la perfeccion de la obra artística, esa la hermosa originalidad que el lector admira en el que la crea, al revés de quien lee, forjándose mezquinamente moldes preconcebidos y apasionados en su mente, siguiendo el exclusivismo y parcialidad de un plan ó sistema, al que pretenda supeditar el intento del autor, que nunca le tuvo tal como el obstinado lo piensa, para concluir sujetando á cánones estrechos y mezquinos la imaginacion y el sentimiento artísticos. Nunca cupieron los colosos en moldes pequeños.

Mucho se ha desatinado por los cervantistas de diversas cataduras, al desentrañar el objeto que el benemérito Manco de Lepanto se propuso, y eso que el mismo lo consigue de modo explícito y terminante. Como al juzgar, lo caprichoso y apasionado, suele ser falso, no nos haremos cargo ni áun para refutarlas, de las diferentes opiniones expuestas, por-

que la vida y escritos de Cervantes singularmente este del *Quijote* (que es en cierto modo una pequeña enciclopedia), dan pasto abundoso para todos los gustos: dejemos pues en su descamino tomado, á los fanáticos y por los ilusos.

Poner de relieve ante el sentido común y ante el sentido moral las disparatadas leyendas caballerescas, que infestando nuestra literatura, habían alcanzado tanta boga, y arrumbarlas del todo, este fué el propósito y el principal punto de mira que el autor tuvo.

Quiso además, y lo consiguió, hacer un libro discreto, ameno, variado y entretenido, al que puede tenersele, en cierto modo, como modelo. Le ayudaron su génio festivo y su fantasía, derrochando torrentes del uno y de la otra.

En el prólogo lo asienta y lo mas pasmoso es que el ánimo del que lee, le coadyuva en su empresa. Exito raras veces logrado por el génio, con igual unanimidad de parecer, pues salvo los adocenados, ningún otro deja de hallar en él suma delectacion.

Así pues, «leyendo tal historia, el melancólico se mueve á risa, el risueño lo acrecienta, el simple no se enfada, el discreto la admira, el grave no la desprecia y el prudente se la alaba.» Aquí, y sin más disquisiciones empalagosas, pone de manifiesto su objetivo, luego es en vano buscarle alusiones ni personalidades envenenadas, que no entraron en su cálculo, echándose á campo traviesa hasta dar con los cerros de Ubeda, como muchos han hecho achaque común en los intérpretes de estas obras, que en la humanidad y en la historia literaria hacen época.

---

## Capítulo III

*En el Quijote hay mucho más de lo que Cervantes  
vió, quiso, pudo é hizo.*

Cervantes quiso é hizo un libro meramente literario y de buen gusto, lleno de donaires, pero no le supuso filosófico, ni mucho ménos, profundo. Expuesto queda el blanco ú objetivo en que fija su mirada, mas para el fecundo alcalaino, quedó oculta la posterior trascendencia de su obra. No le consideró tesoro imperecedero que atestigüe la perpétua oposición entre los dos supremos ideales que acaricia el género humano. Le daba sólo mérito relativo y transitorio, circunstancial y de época. El penetrar á fondo su sentido simbólico, ha sido tarea, como dice muy bien Revilla (1) de las generaciones posteriores que irán sucesivamente sacando las consecuencias.

Hay mas: ni la tesis, formulada como tal, está expuesta allí. Es sí, soberana, universal, directora; del contenido se colige, pero el autor no la muestra, y no porque no lo quiera, sino porque no la ve.

Ingerir en la locura, el amor y defensa de la justicia, que es el bien y la verdad realizada, para que la humanidad tra-

---

(1) Véase su excelente estudio: «La interpretación simbólica del *Quijote*» en sus obras, publicadas por el Ateneo de Madrid.—1883, pág. 365 y siguientes.

que esa idea, dorándole la píldora, es pensamiento tan peregrino, que jamás dejará de causar la admiración del mundo, por lo original, atrevido y verdadero. Esa, esa es la condición de la deleznable humanidad, que vive en los diferentes períodos del tiempo: llamar locura á todo lo grande, extraordinario y á lo más excelente que en su seno engendra. Y este resultado, Cervantes no le atina.

Bien dice la Teología: al hombre no se le concibe sin una primera caída, con la cual quedasen quebrantadas las fuerzas del cuerpo y las de su alma. La mísera existencia es cadena de miserias que se enlazan, como los eslabones de ella. Un gran pecado, padre de todos los demás, una gran pena, total, como es la de muerte, para castigarle. Dios sobreañadió para el hombre la inmortalidad, porque en aquel primer estado de inocencia le hizo feliz, despojándole después que le cometi6, de ese don y privilegio, que por naturaleza no le era debido. Contra el des6rden, la pena; tal es el decreto providencial; la muerte pues, niega y afirma á la vez. Este trance terrible al que tanto resiste el hombre, que le mira con pavor y le aparta de su pensamiento, para no afligirse, es un castigo á su perversidad innata, aunque heredada.

El hombre infelice, que sale á la luz llorando, nace manchado de cuerpo y alma; y así como aquel necesita que le laven el médico 6 la partera, tambien es necesario para que alumbre su alma la gracia, que le lave y reintegre la Iglesia. ¿Y *quid inde?* preguntará alguno: ¿A que viene todo esto haciendo la crítica de un libro tan juguet6n y festivo, cuyo asunto principal basta para quitar los pensamientos lúgubres?

Pues sencillamente para corroborar lo que al principio

decía, á saber: es tal y tanta la humana deficiencia que sólo puede tomar lo grande que no entiende y lo generoso que no alcanza, no al descubierto y en crudo, porque le parecería áspero, sino vestido con el manto tan seductor y engañoso como la risa y disfrazado con la máscara de la locura. ¡Oh y que grande abismo! Creerse engañada precisamente cuando con tanta ansiedad busca la vida dichosa y perfecta, en el ambiente de indefectible justicia! Dios dispuso que solo apagase su sed despues de la muerte, que se ostenta como la negacion, el vacío y lo inerte eterno, para quien carece de fe. Justo castigo á la soberbia humana, que todos sus planes y obras quepan á la fin, en lo ancho de una fosa, en lo estrecho de una caja, no dejando mas huella que la renovacion de generaciones ulteriores, sobre las que influyen enseñanzas que no advierte el mismo que las dió!

No pudo pensar Cervantes, áun publicado su libro, ni supo que encerraba el gran misterio de la vida, pues segun afirma Pascal, el pecado original es un misterio que explica todos los misterios. Ese continuo combate entre lo ideal y lo real, entre la justicia y la iniquidad, bajo mil formas disfrazada, esa lucha tan encarnizada entre la maldad y el derecho, hija de nuestro natural defectible, esa pugna por entronizar su imperio, en que el bien y el mal alternan, girando como la tierra, en círculo redondo y no cual pretende la flamante y engañososa ciencia moderna, en alas de mentido progreso, que se derriten á lo mejor como las de Icaro; dentro del cual círculo se mueven las teorías y los sistemas, esa trascendencia, esa disputa pertinaz entre los hombres de todas las edades, esa idea madre, de la que surgen y se sacan tan extraños corolarios á veces; ese gran problema, nunca

resuelto á gusto de todos, ese hombre viador y desgraciado, que cae en la garganta de la Esfinge por no saber resolverle, ni pudo Cervantes alcanzar que en su libro le planteaba y en gran parte le resolvía, ni presumir remotamente que de él había de colegirse.

El nexo pues entre el órden natural y el sobrenatural, que es el cimiento de la religión, está en el *Quijote* desenvuelto por los hechos de un loco; y no porque éste no sea creyente ni tampoco por ser la religion locura, sino porque el mundo tiene por locos á los héroes, á los mártires y á los santos. Bajo lo ordenado y racional que el autor escogita, y levantando su tapa, se adivina lo supremo y misterioso que encierra, para quien se pára y reflexiona.

La milicia de que Don Quijote es apóstol y miembro principal, y que segun la feliz frase de Calderón,

«no es mas que una  
religion de hombres honrados»,

viene á establecer en la sociedad el órden sancionado por el derecho, y, cosa particular, con la fuerza que es su antítesis al parecer, de todo punto innecesaria, si le acatáran los hombres. Pero ello es imposible, porque la perturbación procede de nuestra defectibilidad, de lo oscuramente que concebimos, de lo mal que obramos, por el desequilibrio que introducen las pasiones; y por tanto es preciso que álguien desfaga los entuertos, misión que Don Quijote se arroga, pero entiende que es doble: Ve insuficiente la tutela colectiva de la autoridad para cumplir ese fin y la pide para que le ayude, restaure la andante caballería y así no habrá desvalidos ni ultrajados. El presente que ese ministerio está vacante y por



ser débil y sólo para el intento, se torna ante los demás extravagante y risible, pero quiere y pone su brazo al servicio del bien y del orden.

Aquí tenemos pues á la caballería, segun él la entiende, intérprete fiel del derecho. Pero fin anacrónico, se dirá, por ser institucion muerta, que no resucita sino por la manía de un loco, que la falsea, cierto, pero el propósito no puede ser mas exaltado. Que lo exagere, que le traicione y sea contraproducente, de esto no es él culpable ni de la desproporcion entre lo que quiere y lo que ocurre, pues sus esfuerzos los endereza á que prevalezcan la ley natural y la positiva, que fielmente la interpreta. La locura en ocasiones le desvia, porque la excepcion confirma la regla (caso de los galeotes) y la naturaleza humana nunca es absoluta.

Tras el problema religioso el *Quijote* resuelve tambien el gran problema jurídico y esto tampoco lo vió ni quiso Cervantes, que seguramente quedaria sorprendido tanto como el vulgo, que le lee sin discernimiento, si alzára la cabeza y le dijesen habia pintado el dechado mas perfecto que cabe concebir, en un hombre que rinde culto al ideal mas levantado que hay, hasta ser mártir de él y que como le ve tan noble, al revés de lo que Cervantes presentía, la humanidad, que le juzga despues de su época, no puede menos de acariar-le, engrandecerle y bendecirle.

Muchas veces el héroe nos convence de estar mas cuerdo de lo que se le supone y por eso resulta tan admirable, no porque diga verdades á estilo de sus colegas, sino por no ser disparates sus lances y actitudes que admiramos y nos sorprenden, dentro de su manía, y cuando á causa de ella, debía confirmar su insensatez; así que Cervantes desconoció

lo prodigioso de su creacion, encubierta para él en muchas de sus fases. Nunca son parte á desviarle de su camino y en esto procede con mas entereza y cordura que muchos cuerdos, los agasajos que recibe cuando le hospedan personajes ilustres; confunde al sábio varon que ante los duques le reprende, agradece los miramientos, pero soy mas amigo, dice, de la verdad que del divino Platón, y se despide de la vida regalada para emprender con nuevo afan (esto lo hace en mas de una ocasion) el escabroso é ingrato sendero de las aventuras.

Cervantes no afronta el problema económico y sin embargo cumplidamente lo resuelve. Bien que si nos oyera en qué consiste, lo consideraría harto menguado y rastrero.

Don Quijote no lleva blanca, y sólo un villano como el ventero, puede recomendarle otra cosa. No se qué tiene el súcio dinero á pesar de su brillo, tan seductor para la generalidad, que ninguna profesion noble quiere mancharse tocándole. La Iglesia llama simonía á la venta de cosas espirituales y eso que quien sirve al altar vive del altar; la toga, segun Ulpiano (1), se deshonra demandando precio por el ejercicio de la noble profesion de abogado; ni el médico, ni el ingeniero ni el literato, en una palabra, ningun hombre de estudio ó de carrera, como lo es tambien, y altamente honrosa la de la milicia que Don Quijote profesa, debiera admitir pago por servicios de tal índole que no tienen precio. Mas necesitando mantenimiento nuestro cuerpo corruptible, y siendo preciso sacarle de alguna parte, pues

---

(1) *Digesto* Lib. 50 tit. 15 párrafos 4.º y 5.º de un fragmento de Ulpiano. Tambien le cita el eminente romanista Ortolan.

si son servicios que no se compran, es cierto que se pagan, la sociedad antigua con muy buen juicio, fundó y sostuvo instituciones provechosas, encargadas de llenar ese cuidado. Hoy se persigue lo mismo, pues la constitucion socialista que reemplazará á la económica burguesa, quiere tambien eso, y despojará al usurpador que con la usura, el ágio, la desamortizacion, ó el robo en fin, tiene acaparada la propiedad cuya inmediata revision de títulos se pedirá cuando sea socialista el pueblo y lo exija como debe, con las bayonetas en la mano, volcado que sea este asqueroso régimen individualista. Don Quijote no lleva bolsa, como tampoco la llevó Jesucristo. Se les debe de derecho el servicio y los emolumentos y es obligacion que recae *in solidum* sobre todos; como podríamos sostener á los hombres públicos, que consagran sus afanes y vigiliias al servicio social: se les debiera señalar una pension y así no robarian cuando suben al poder.

Sólo esta vil época ha elevado semejante cuestion, de los medios para poner el puchero, á la categoría de principal, dándole el realce que nunca tuvo ni por su esencia merece. Primero el siglo pasado con la produccion y el consumo, y luego el presente con el capital y el trabajo, han llenado al hombre de orgullo y á la sociedad de trastornos, todo por amontonar riqueza, haciendola dios único adorable y elevando á virtud suprema la codicia, sea ó no para gastarlo en lujuria.

No existía en el siglo XVI, por fortuna, tan asqueroso problema, resuelto por la Iglesia y el Estado, que vivian unidos y abrazados sin confundirse, consolidando el convento, el municipio, el mayorazgo, el gremio, el señorío, insti-

tuciones todas tutelares del pobre, como la Universidad, el hospital, el asilo, hospicio y colegio amparo de la orfandad, la indigencia, la desgracia y de la ilustracion.

Y así vivian bien, acordándose de Dios, al revés que nosotros, luchando á balazos, con explosivos ó á votos, por la conquista de la indecente peseta. Por eso desconocieron la terrible dinamita, inventada para hacer volar al rico depredador, por el rencoroso vengativo, que aspira á usurparle el puesto.

Pero Cervantes no fué sociólogo ni censura las costumbres de su época, ni pide la reforma social ni es cierto que hubiese echado raices en su tiempo la corrupcion, cual quieren hacerlo ver quienes no la estudiaron ni conocieron como él. Tenia defectos como todas, pero no es exacto «que el lujo, la avaricia, la ambición, los galanteos ilícitos, la fastuosidad, el dolo y la desmoralizacion» hiciesen presa en ella como alguien ha dicho. Al contrario había desprendimiento en los grandes, hidalguia en los medios, obediencia, respeto y moralidad en los bajos, religion en todos. Las excepciones confirman la regla.

El *Quijote* no censura los vicios de su tiempo ni Cervantes es pesimista, con él mal avenido; á pesar de su penuria y desgracias, prevalece en su libro la risa, porque con buen juicio nos halla á los españoles, inhábiles por temperamento, para prolongada melancolía. Es sí moralizador, pero no reformista ni revolucionario. Si Cervantes y Don Quijote son vejados y perseguidos, en cualquier otro pais les hubiera ocurrido igual. La característica de los contemporáneos, es la ingratitud para con el génio.

Y sostengo que resuelve el problema económico porque

nos inculca la preferencia que debe darse al cuidado de la casa y hacienda cuando critica á su héroe porque la malbarata y abandona, á trueque de seguir su manía. No consagres tu actividad, nos viene á decir, á ideales pasados ó futuros, que la mayoría rechaza, porque te encontrarás con resistencias. Y no es porque anatematice el que los profese quien cuenta con medios para que se realicen ó columbre que á pesar de la oposicion, llegarán al fin á prevalecer, que esto equivaldria á llamar vicio á lo mas grande, sino que se rie y burla del hidalgo manchego y le hace ser piedra de escándalo, por estar desproporcionado el fin que persigue con los medios empleados, únicos de que dispone.

Mas ¿pudo presentir Cervantes cuando escribió le colgaríamos el milagro de darnos consejos adaptables y oportunos para nuestro tiempo, cuyos problemas y necesidades ignoraba? ¿Y no encareceremos el mérito prodigioso de su simbolismo extraordinario, cuando de él brotan enseñanzas y consecuencias para diferentes tiempos, paises y climas, cosa en que ni remotamente podía pensar?

Hagamos punto final pues toma este capítulo sobrada extension, ademas que en asunto tan lato es forzoso insistir cual se verá luego. Pero no saquemos de quicio las afirmaciones hechas falseando su sentido genuino ó sea el que yo las doy y al cual me acomodo, pues temo que me motejen de exagerado. Nó, no digo yo que *Don Quijote* sea un tratado de religion, de teologia, de jurisprudencia ni enseñe la teoría económica. Nada de eso. Habla si de todo un poco y apunta al pensamiento ó problema de esas ciencias, presta su sentido oculto campo para meditar sobre ellos, pero no es libro didáctico ni va mas allá de donde puede el artista, que

piensa menos que siente y alguna vez adivina; pero esto me confirma en la tésis que voy sosteniendo y es que de lo conocido y concreto, que el autor sensibiliza, el lector saca lo desconocido y lo abstracto, remontando su vuelo á regiones en donde el autor no puso mientes.

No, el Quijote no es la *Suma*, ni *La Ciudad de Dios*, ni está allí la grandeza de Ulpiano ó de Gayo, ni trata de política ni de economía *ex profeso*: pero el lector que rumie su sentido simbólico y oculto, así en el fondo de las materias que se descubren, como en el estudio de sus personajes y con el de las ideas y teoría que vierte, no se sabe si con deliberacion ó al descuido, el lector repito que haga ese linaje de penetraciones sobre su texto, encontrará filones ricos, con abundante mineral y piedras preciosas.

No habiéndose propuesto dar teóricamente el autor ninguna enseñanza concreta, veremos nuevamente las que de su doctrina se deducen. Son tan luminosas que todos y cada uno de los que sobre él reflexionan, hacen aplicaciones sorprendentes y tan abundantes, que es imposible para la crítica enumerarlas, aunque sea muy lince quien lo haga. Por mucho que se multipliquen las exégeris del *Quijote* no agotarán un pozo que es inexháusto.

---

## Capítulo IV

### *El «Quijote» en sus relaciones con la naturaleza humana.*

La naturaleza humana se presenta bajo su doble aspecto individual y social, y por tanto el hombre tiene necesariamente relaciones consigo mismo, porque dentro de su propio ser se levantan contradicciones chocantes y ofrecemos frecuentemente por las continuas cambiantes que sufrimos, mas variedad que las figuras y dibujos de un kaleidoscopo. Es sí uno en su ser, tiene una sola alma y un corazón, pero sufre su naturaleza múltiples vicisitudes. Balmes en *El Criterio* las expone de modo admirable. Pero además de considerar al hombre en sí, es preciso también medirle por sus actos, como miembro de la sociedad de que forma parte.

Analizando los de Don Quijote, en relacion con los individuos á quienes trata, se tocan evidentes anomalías, hijas de la actitud que para con él adoptan, pero todas ellas son efecto de su perturbacion y peculiar modo de ver las cosas, tan diferente que el de los demás. Quiere abatir á los poderosos, si abusan de su fuerza, ayudar á los humildes, consolar á los desgraciados, proteger á los desvalidos, animar á los discretos; alaba la ilustración, como censura la rudeza; complace á los caballeros y sirve á los nobles que le agasajan.

Con todos es despejado, en no tocándole á su caballería:

en tal caso pierde los estribos. Toda la obra gira alrededor de esa locura y aquí está su médula; por ello es necesario averiguar la fisonomía y fisiología de aquella. Es manía llevada al extremo, que le trastorna sclamente, hiriéndole en la fibra. No puede determinarse mas que *á posteriori*, de cuántos grados sea la perturbación mental que sufre, ó mejor dicho, cual grado tiene en cada momento, porque los estados varían hasta lo infinito; así que un loco se exalta mas ó menos, siendo mayor la intensidad de su delirio, cuando le tocan en lo mas vivo.

Por eso lo arriesga todo y no siente perder la vida, en las escenas del arriero que arroja sus armas cuando las está velando el héroe y en la de los mercaderes de seda que insultan á su dama. Comedido y bien educado para con todos, si la fantasía le trae imágenes extravagantes, cambiando las cosas y las personas, no es moral ni jurídicamente responsable de los desafueros que comete, y como ese trastorno es en él tan frecuente, el autor tiene el buen tino de que nadie le eche mano, mientras nos está divirtiendo.

Es locura idealista cuando espera á las aldeanas; peligrosa en la aventura del barco y los molineros; arrojada, al lanzarse de noche por las callejuelas y encrucijadas del Toboso, sin que le asuste, como á Sancho, el cementerio; temeraria en la de la cueva de Montesinos; mucho más aún, en la de los leones; impetuosa con el vizcaino, insensata con Cardenio, oportunísima su intervención en el caso de Marcela, cuya autonomía hace respetar; risible con el yelmo de Mambriño, donde todos le quitan la razon al barbero y parece que la han perdido, por aquello de un loco hace ciento... pero ¿á que seguir? ¿Ni quien es capaz de puntualizar lo vário.



de los matices que toma esta extraña y seductora locura?

¡Y cosa chocante! A pesar de tantísimas variaciones, siempre obedece al plan único que su mente acaricia y es el de que las gentes nunca le tengan por cobarde ni por desleal para con su dama, á cuyo platónico amor todo lo sacrifica, hasta su persona, que sujeta á durísima penitencia, en las escondidas escabrosidades y entrañas de la abrupta Sierra Morena. Sin la locura, no nos explicamos al hombre: es substancial á él, luego toda la trabazon de la obra no puede ser mas sensata, porque nunca le falta la lógica, y lo que es aún mas portentoso, dentro del despropósito.

Cuando la sociedad por medio de algún portavoz, es decir, por uno cualquiera de los que interpretan su sentir, se le opone en el camino de lo que es para él mas afecto, en seguida le abate. Sirvan de ejemplo los conductores de galeotes, el canónigo de los Duques y Altisidora. Sea como quiera, dice, y aunque la autoridad los conduzca, van de mala gana, estos forzados: piden la intervencion de un oficio y veo injusto vulnerar su libertad, que es ley de naturaleza en el hombre, luego debo oponerme á desaguisado semejante, cueste lo que costáre y desafiando á la sociedad con todo su poder. El premio de su acción, le recibe en el pago que los criminales le dan, pero no le hace cambiar de opinion, porque la causa inductiva para soltarlos, tiene honda raíz:—Son miserables y les debo mi proteccion, independientemente de su ulterior proceder. Con el canónigo que se ampara en la respetabilidad que da la ciencia y la prudencia, hace que páre los piés cuando le quiere corregir, no se siente afrentado porque le considera indefenso, á causa de verle invulnerable por su inmunidad; y lo que es peor, nos convence de que aún

teniendo razon, la dureza en exponerla, se la vicia, y queda Don Quijote en situacion mas airosa. En fin Altisidora le ataca en su flaqueza, tan unida á la persona, en materia bien resbaladiza, y el héroe la desprecia, áun siendo la doncella muy apetitosa, digan lo que quieran D. Rodríguez y envidiosas dueñas doloridas.

Tiene como ideal primero, su amor á la justicia, pero no deja por ello de ser un gran patriota; no á la manera progresista, cuya patriotería es más bien risible caricatura, sino porque su acendrado amor á la pátria es el que le lleva á defenderla, en cuantas ocasiones la coyuntura se brinda. Toma las manadas de ovejas y carneros por ejércitos organizados, por legiones con sus jefes, y se alista en aquella donde mejor cree servir á la pátria, consultado el dictámen de su conciencia; cierto que esta es errónea porque la imaginación la perturba, mas viendo las cosas á su manera, la actitud nos parece digna. Igual ocurre cuando, á guisa de estadista, pretende sentar plaza en los reales ejércitos, con otros caballeros cristianos, porque le dicen que amenaza el turco. Es tan sublime esa locura, que aun dentro de sus majaderías, nunca deja de parecernos simpática.

Es más: si un interés altísimo y capital le presenta títulos para aparecer como supremo, entonces todo lo arrumba, para darle la preferencia. Tal ocurre cuando se encarecen los méritos de la santidad, y al comparar él mismo, los títulos de las armas y las letras para disputarse la primacía, haciendo que entrambas cedan el puesto á la religión, porque encamina las almas al cielo y «á un fin tan sin fin como este, ningun otro se le puede igualar,» postergando así aquellos dos grupos de profesiones, por ser su alcance mas inferior.

Pero mirando el libro por encima de la locura de su dueño, aunque sin perderla nunca de vista, ya que es el robusto cimiento en donde se sostiene todo el edificio, probemos como D. Quijote llena sus deberes todos, pues las relaciones del hombre con la naturaleza, se miden haciendo patentes los designios de Dios al crearla y el modo como el hombre los cumple é interpreta.

En punto á los que tienen con Dios, ni á Don Quijote ni á los demas personajes de la oba hay que pedirles nada. Todos le adoran, le respetan y ante El se humillan, aunque arrimen el ascua á su sardina y esten llenos de flaquezas. Don Quijote, loco y todo, á Dios no le falta nunca, y Sancho alardea de buen cristiano á pesar de su egoismo. Los demas hacen lo propio y en el libro hay preciosos testimonios y documentos, que enseñan lo muy arraigado que entonces estaba en España el catolicismo; así que en este punto basta con el exámen somero, porque el espíritu se acomoda al dictámen de la fe, única á quien se reconoce salvadora.

En lo que afecta á deberes consigo mismo, Don Quijote es un enajenado y por tanto deja mucho que desear en esto, pero ya he dicho que es irresponsable, y su manía entretenida y hasta seductora. Así pues, la imaginación y la pasión, ofuscan su extraviado entendimiento y nada tiene de extraño que falseen en él las nociones de órden. Lo que si asiento es que su voluntad estará torcida, pero es enérgica. El descuida su cuerpo, siendo á veces rígido y austerísimo, pero en cambio cuida de la decencia y sobre todo de la fama. Pocas veces se le notan los vicios que mixtifican el alma, en esta materia, cuales son astucia, fraude, timidez ni simpleza; y en cambio la justicia, que siempre inclina la voluntad al ór-

den, genérica y específicamente le seduce y mueve todos sus actos. De aquí su carácter tan extraordinario y nobilísimo, á pesar de que le vemos loco, y es porque su locura consiste precisamente en eso; está puesta al servicio de la sociedad, segun él entiende que se la debe servir, y llena cumplidamente los deberes de lo que cree su mision y fin providencial. Es sóbrio, templado, continente, fuerte en todas sus empresas, confiado, generoso, magnánimo, paciente y perseverante. ¿Qué mas puede pedirsele?

En cuanto á sus deberes para con los demás, si se habla de los deberes sociales universales, Don Quijote nunca es mentiroso, procura y se consagra al bien ajeno, se defiende cuando le atacan, como es justo; y si la manía le hace provocativo, nunca traspasa los límites de moderación, luego que vence á su rival, en el combate. Pide el sustento, pero niega la paga y desprecia el dominio de las cosas, por lo que tiene de pegajoso y avariento; por el contrario, se desprende de todo, y si alguna vez despoja, lo hace como trofeo y siente que le es debido.

Si le consideramos en sus deberes cívicos, él no es arbitrario, ódia el despotismo y da tan sanos consejos para el buen gobierno, que muchos debieran tomarlos. Encomia la educación, es apóstol de la seguridad; su campestre y originalísima policía, tan anacrónica, suministra beneficios á su modo de ver, siquiera en esto nos parezca un gran payaso social; ódia el crimen con toda su alma, aunque suelte á los galeotes, y alterne con bandoleros, á la española, pero los reprende y procura disuadir, para que dejen tal oficio. Don Quijote ilustra siempre que puede, *oportunie et importunie* ya sean cabreros ó personas ilustres á quienes trate, según

lo confirman las instructivas pláticas con la gente de todas las cataduras; y en cuanto al régimen de la voluntad, reconoce todos sus derechos civiles y respecto de los políticos, siente que cada uno ha de ocupar su puesto. Por tanto, lo mismo ama la justicia conmutativa que la distributiva; ni podía ser otra cosa, en quien cual él, tiene á gala ser un ministro suyo y coadyuvante con el soberano. Si á esto se añade que es muy caritativo, el tipo moral de Don Quijote resulta completo y acabado.

Todo lo demás que contienen la accion y episodios del libro, es altamente instructivo y se hace difícil encontrar pasaje en él desprovisto de oportuna leccion ó de ejemplo para obrar el bien. Siendo tantas las historias que cuenta, las personas que retrata y la infinita variedad de actos que ejecutan, se nos presenta la obra de Cervantes con lugares ó fuentes para guiar la conducta en multiplicadas ocasiones, tesoro que le avalora en infinita cuantía. Raro será, diré para concluir, quien no pueda sacar de su doctrina aplicaciones útiles y provechosas.

---



## Capítulo V

*El "Quijote", es fiel retrato del carácter español y le  
inmortaliza*

Sin duda no es el *Quijote* á España, lo que la *Biblia* para los hebreos, por no tener aquel y si esta, origen divino; mas como de fe meramente humana, certifica ese libro, lo que es nuestro carácter, mejor que otro ninguno. Aquello que en él, álguien considerará inverosímil, lo hallamos nosotros muy natural. El protagonista les parece á los extranjeros un tipo original, fantástico, estrambótico y aún imposible; y nosotros por el contrario, le hallamos tan corriente y aceptable. Tanto personifica el héroe, nuestro carácter, que al no poder nada ni hacerle mella los continuos embates de la realidad, deducimos de lo que el contexto enseña, sólo ha podido ser arreglada y escribirse en España tan hermosa obra.

Aquel Sancho Panza ignorante y malicioso, que lo mismo siega, que guarda puercos y gansos, y se cree con aptitudes para gobernar una ínsula «por grande que sea», dejando precipitadamente el gobierno tan luego como surge el primer conflicto de orden público, á pesar de las ansias que tiene «hacer dineros», es de lo mas auténtico y extra-fino que cabe trasladarse al papel por un ingenio, que del todo nos haya comprendido. Sí; porque los españoles somos poetas.

por naturaleza, creyéndonos aptos para cualquier empresa, y políticos por necesidad, motivo por el cual nunca podemos estar gobernados bien.

El caballero es loco, tonto el escudero; pero los dos hombres de bien, buenos cristianos, hasta escrupulosos; tanto que Sancho no quiere jurar en vano, y sin ver á su amo hacer dos ó tres locuras, á lo menos, como si ya no le hubiera visto hacer antes tres mil; pero no son feroces, ni redomados, ni crueles, ni perversos. Aun en las ocasiones en que su voluntad de cada uno, se desmaya, y en el mal los precipita, siempre se les halla explicacion y disculpa.

Aquellos amantes desdeñados como Cardenio, buscando en selvas y montes, con la razon perdida, como Ofelia, la tranquilidad que las ciudades les niegan; aquellas forzadas esposas que llenas de esquivéz, resisten entregar su virginidad al mismo marido que la Iglesia les dió; aquella aviesa industria empleada por Basilio y el contento de su novia; aquella caballerosidad de D. Fernando, vendido á matrimonio desigual, por cumplir su deber y lo del «nobleza obliga», aquel artificio del cautivo para atraerse á la mora, aquella crudeza real de Altisidora cuando á Don Quijote le dice parecer un bacalao y que todo fué fingido,... en fin; en todas las demás escenas de la obra, sean ó no de amor, campa con tal brio la autenticidad de su españolismo, que nos pasma haya salido tan fidelísimo el retrato, y ¡cuánto no será el mérito para los extraños cuando nosotros mismos confesamos que el parecido con el original no puede estar mas exacto!

Me fijo en la fase peculiar del amor, aunque en el *Quijote* se retratan todas las del carácter español, porque en



aquella resulta la prueba mas palpable. Hoy, como entonces, sienten los españoles y españolas aquella constante firmeza que tanto nos envidian otros pueblos. Ahora como antes, son pocos los ejemplares de infidelidad, á pesar de la corriente corrupcion y bastardía, introducida en nuestras costumbres por el libertinaje sin freno, que nos disuelve, y sin embargo del cual, todavía sentimos desvanecimientos por el primer ser á quien amamos, recordándole hasta la muerte; y para los que equivocados con amor insensato, vicioso ó imprudente, contrajeron el sagrado lazo matrimonial, tienen los confesores como argumento Aquiles, que evita el escándalo y funestas consecuencias del divorcio, el «tu te lo quisiste, tu te lo aguanta».

Echando por otro lado, el grave defecto de nuestra índole, está en fijar poco constantemente la atencion en un solo objeto, por tener los españoles aptitudes tan várias. Imaginación potente, sentimientos ardorosos, pasiones muy vivas, comprensión rápida, retentiva mas fácil que tenaz, son las cualidades mentales que en el mundo nos distinguen.

Arrojados, generosos, llenos de ímpetu y de valor que nada ni á nadie teme, y que se olvida generalmente de la prudencia porque le falta la sangre fría; innovadores, noveleros, poco reflexivos y menos sensatos, dominamos antes el mundo, brillamos en la ciencia y en el arte, merced al privilegio providencial de haber arraigado aquí poderosamente la única fe, cimiento de la verdad, y al de haberse consolidado el gobierno absoluto, aunque no sin resistencias enérgicas ni protestas armadas, de comuneros, agermanados y aragoneses. No obstante tales luchas pasajeras, triunfaron con el poder arriba, el seso; el pundonor y la su-

misión abajo; y unificados en ideas y sentimientos, pudimos lograr prodigios, que de nuevo repetiríamos á no estar tan divididos ni ser hoy tan desobedientes. Pero lo que entonces ocurrió, difícil es que vuelva á acontecer.

A la union abajo, al respeto del gobierno y á su energía, secundada por una nobleza ilustre, debimos la gloria de ser dueños del mundo en aquel gran siglo de revolucion y trastornos, sin que fueran bastante á menoscabarnos, monarcas tan poderosos como los entonces en Europa reinantes. Fuimos Señores del planeta porque extendimos la civilizacion por todo él, y sólo España luchó contra la terrible corriente negativa, encarnada en la reforma, preñada cual despues se ha visto, de sediciones y catástrofes.

Pero al fin, esa corriente nos arrastró, primero con la pedantería de los últimos Austrias, despues con el adocenamiento borbónico, y luego con el prurito de liberalismo revolucionario. Nos hicimos á la postre tan díscolos como los demás, y al presente estamos tocando los frutos. Vemos pacientemente medrar á los otros pueblos, mientras nos dejamos consumir del ódio, la envidia, la miseria y el hambre. Perdimos cuanto teníamos; nos tomaron por bribones y nécios; nos arrojaron casi á puntapiés, de donde no nos juzgaron dignos de estar, y quiera Dios este pequeño suelo que pisamos, no se desmembre y se segregue tambien, en inmediato porvenir.

Por indolentes se derrocó nuestro poder colonial y por lo mismo progresamos tan poco en la ciencia, la industria, la agricultura, la marina ni la guerra. La ciencia es dura y su posesion lenta y fatigosa, la industria pide asiduidad de que carece la raza, el campo exige trabajo constante é ímprobo,

aun sin que plagas ó sequías amengüen ó destruyan las cosechas, y aparte las grandes dificultades con que aquí luchan la propiedad y el cultivo; la marina que tanto ayuda al comercio, estan muertos los dos, porque ni este busca mercados ni aquella quiere riesgos ni tiene cariño al mar, y la guerra apenas se usa sino para destrozarnos intestinamente. Si á ello se añade que es imposible tengamos gobiernos respetados y fuertes, se convencerá quien discurra y no nos conozca, del ningun asombro que causa esta situacion precaria, que continuará como endémica.

Y no es porque falten aptitudes para reformarnos y engrandecernos, de querer sincera y prontamente enmendarnos, ni tampoco hombres trabajadores y fecundos en los distintos ramos, ni vigorosas iniciativas, que secundadas, serian de incalculables resultados, sino porque colectivamente no les ayudamos ni protegemos. Al revés; parece que mi pátria tiene enemiga contra cuanto sea útil y práctico, peca sobradamente de idealista, abandona todo lo que exige esfuerzo, rindiendo culto á las fruslerías, ahora que estamos en tiempo de pequeñeces. Aquí se burla y compadece al trabajo, se le persigue con tributos, envidias y añagazas, mientras que los pícaros medran y la honradez huye, acosada de la *golfería*, que por sus fueros y respectos campa.

Pero la tierra y el clima no pueden ser mas ricos y si tuviera una raza mas sana, obediente, hacendosa, cívica y trabajadora, veriamos á España en poco tiempo trasformada.

Mas sea lo que fuere de nuestro porvenir, he traído estas observaciones á colacion, dejándome llevar, no tanto de la moda y reinante manía á que llaman sociológica, como para probar que si valemos poco en el orden del trabajo rudo y

asíduo, en cambio propendemos al arte y cultivamos la literatura á que todos rendimos párias, en proporcion á nuestras fuerzas, que son harto escasas.

Aquí no hay pueblo apenas, que no tenga ó haya tenido periódico propio, en prosa y verso escrito. Ciertó que casi todos son pésimos, pero se sostienen muchísimos, y váyase lo uno por lo otro; lo que la calidad no llena, la cantidad lo suple. A mas del papelucho, ó de varios, cuando la población es grande, ninguna se pasa sin veladas literarias ó sin celebrar juegos florales, ahora que vamos perdiendo la costumbre de comulgar por pascua florida. En fin, divertimientos por el estilo, los tiene también el vulgo, no exento de inspiración y autor de canciones, coplas y cantares, por millares y millones, y de cuentos, ocurrencias, frases y donaires que no hay más que decir. De suerte que el nuestro es un pueblo esencialmente imaginador, y el libro donde esa facultad tuviera su mayor realce y expresion, había de ser á la fuerza, el primero entre todos los demás.

Por eso damos al *Quijote* la preferencia, y lo hacemos con tanto gusto, que si no hemos llegado aún á rendirle el culto que dicen prestan los italianos al Dante y á Manzoni, llevándoselos en el bolsillo las zagalas y pastores, para saborearlos en el campo, y entretener así los ócios con fruto, ha sido por nuestra rudeza y atraso, por no hacerse la instruccion primaria obligatoria, con inspeccion continúa, por abundar tanto entre los campesinos, los llamados analfabetos, que si no lo fueran, libro tan hermoso preferirian. Hace falta vulgarizarle aún más y hacerle comprender mejor á quienes, presumiendo de ilustrados, no le reconocen aún el mérito que encierra.

Insistamos, para terminar, porque hace falta inculcarlo bien, en que la vida aventurera y la indisciplina social son los caracteres que la naturaleza estampó en nuestra nación y los que describe su historia, desde los celtíberos hasta hoy. Espíritu arrojado y guerrero, tanto que parece indomable, selvático y semi-africano, que ufano alardea de invencible, es el que da la base sobre que cimentamos nuestra independencia, de que somos tan amantes, que lo postergamos á ella todo.

Esto hace Don Quijote; no sienta plaza en los ejércitos del Rey para servirle en la milicia ni aún se agrupa ó suma en facción ó bandería determinada; se lanza él sólo á la vida guerrera y de aventuras, sin temor á nada, sin medir sus fuerzas de cuerpo, que son harto menores que las de espíritu, con un caballo-arpa, con armas llenas de orín y sin meditar un momento sobre lo que la dura realidad le prepara, en el desconocido y escabroso camino que emprende.

Imprevisor y aventurero, si no de hecho (que lo son muchísimos), al menos de afición, es todo español auténtico; despreciador del peligro, insubordinado contra quien le ponga cortapisa, aunque se funde en razón, y contra las leyes, que respeta poco, como de la autoridad los mandatos (antes el «se obedece y no se cumple» hoy el espíritu democrático); amante de las que él se da (pueblo soberano), obligando á que le juren sus fueros, hasta los reyes absolutos y la Constitución, los que no gobiernan; amigo de algaradas, aficionado á la causa buena ó mala que patrocina, por la cual se rompe la crisma con quien dude de ella ó se lo niegue que sea provechosa; despreocupado, altanero, inexperto, á pesar de tanto palo y escarmiento, y por tanto, muy tenaz en sostener su

sentir, eso son Don Quijote y nuestro pueblo, que siempre ve visiones y es muy fantástico, exactamente lo mismo que el famoso manchego, su modelo y espejo verdadero.

Me decía en cierta ocasion un señor muy bueno á quien conocí, y á la sazón Secretario de la Universidad en donde estudié, no poder explicarse él cómo diablos abundaba aún tanto el quijotismo en nuestro pueblo, después de haberlo puesto en solfa y anatematizado Cervantes con tanta razón y brío; y le contesté:—Aplique usted el sabido cuento vulgar del señorón que entró en el vagon de la chulas.—«¡Uf... cómo huele á almizcle!»—«¿Y cómo no ha de *goler* si lo llevamos *consigo*?» Con nosotros, en efecto, llevamos impreso el quijotismo, con sus ventajas é inconvenientes, y por eso trasciende tanto en nuestros actos. El español vive al día sin curarse del mañana, y le rige el desatino, hasta que llega á arrepentirse cuando no puede enmendarlo.


En lo demás del mundo habitado, que las naciones civilizadas pueblan, hay espíritu no tan levantado y generoso, pero sí mas práctico y sensato. Es mayor su acatamiento á la autoridad y á la ley, tienen mas resignacion con el estado en donde Dios les coloca, del cual sacan los individuos el partido posible, por las ventajas que proporciona el asiento; mucho menos humo en la cabeza, que no suele soñar con ilusiones quiméricas, levantándole de cascos ni sacando al hombre de sus casillas; tienen intensidad y aplicación al trabajo, que hace progresen mucho y se enriquezcan, mientras que nosotros papamos moscas; comprensión que, sin embargo de ser menos penetrante y apta que la nuestra, les compensa y nos aventajan en resultados, por la constancia que ponen en los intentos; y en fin, sin esos rasgos de vive-

za, hermosura y desprendimiento, que honran á España y la inmortalizarán aunque se extinga y perezca, como otra Polonia, por las disensiones de sus hijos destrozada, poseen los demás esa dosis de precaucion, prudencia y ahorro, que á los españoles nos faltan por confiar en la lotería ó en la Providencia, que también quiere y pide nuestra ayuda.

Ahora, por desgracia, seguimos imitando á Don Quijote, pero no en sus cualidades excelsas, porque reteniendo lo malo antiguo, olvidamos lo bueno y cargamos con lo novelesco é importado, no siguiéndoles en lo fecundo que han hecho los extranjeros, y de ahí nuestro atraso, amen de esa rufianeria y libertinaje, que pide para los bajos pan y toros, y á los altos diversion y jaleo; paz falsa la en que vivimos, por lo egoista, donde la de espíritu falta, con tanta bandería; causa que nos ha de acarrear nuevas guerras y catástrofes futuras, después de las últimas vergüenzas. El Sr. Costa ha dicho muy bien: «España es hoy, un Africa espiritual.»

En síntesis: Lo práctico no es emblema ni blason nuestro; aunque se intente cerrar, con doble ó triple llave, el ataúd del Cid, siempre el enterrado en él, en nuestro espíritu el suyo sobrevivirá. Quebrar lanzas por ideal noble y sostenerle en el mundo á costa del propio bienestar, llegando hasta el sacrificio, por mantener el honor immaculado, esa es la característica del español genuino, siempre exento de dolo. Morir pobre siendo digno, y temeroso de las tonterías pasadas, es lo que ocurre al alma española, que vejada aquí, espera la recompensa ultra tumba. Si esto acontece al individuo aislado, á la nación, como tal, le sucede lo mismo. Se desangró para que Europa y América, el Asia y el Africa se rian á sucosta, por haberlas librado, en cuanto pudo, de Lu-

tero y Napoleon, y el pago ha sido la irrisión y la rechifla. Descubrimos y exploramos el planeta, incluso en Oceanía, para no conservar de ella, una sola isla. En eso se prueba la enseña cristiana, y no se por qué la cruz no es el remate del asta en nuestra bandera, cuando crucificados fuimos por salvar é iluminar al mundo. Si ahora hemos apostatado falseando el noble ideal del *Quijote*, sépase que no es del todo, aunque la presente generacion pase á la historia llena de ludibrio, mas aspiramos á que nueva semilla fructifique, y en tal caso quizas todo cambie.





## Capítulo VI

*El "Quijote", en el cuadro de la vida española.*

Es libro que abruma al que le estudia, no tanto por lo que es necesario desentrañar en él, cuanto porque elevándose á la síntesis de su concepcion, hallamos sorprendentes novedades y latitud para discurrir. ¡Tan hondo es su sentido!

Tuvo Cervantes no el tino, pues tal no presentía, sino la iluminacion especial que le presenta cual verdadero *vate*, al haberse colocado en el centro de la historia y de la vida humana; porque las grandes obras literarias de la antigüedad, describían y ponderaban ya lucha de razas como el *Ramáyana*, ya de civilizaciones como la *Iliada*, ya lucha de pueblos como la *Eneida* ó civiles como la *Farsalia* ó religiosas y de partido, como la *Divina Comedia*. Cervantes desdobra, por decirlo así, las dos grandes fases que presenta la vida en su desarrollo, y retrata el contraste entre lo abstracto y lo concreto, entre la idea y el hecho, entre la realidad y lo que quiere, desea y pide la imaginación. Mas adviértase que nuestro ideal puede ser racional y extravagante, y el prodigio aquí consiste, en haber adecuado ambos en un mismo tipo, que á la vez es lo uno y lo otro.

Don Quijote es racional, elevado, profundo y aun altamente sensato, al pretender que se plantee en la sociedad (cap. I, part. 2.<sup>a</sup>) una milicia de caballeros, cuyo norte sea

defenderla en la desgracia ó de la agresión ajena, encauzarla cuando los malos provoquen al extravío, y enderezar los entuertos que en ella se cometan. Poniéndose ellos como modelo, que la ofrecen para que le imite, el dechado de su conducta, la antigua orden de caballería se restaura, sin mengua de los derechos adquiridos por el monarca y el estado llano. Mirada así la caballería, Don Quijote, que con su alivio y quietud parece haber meditado el asunto, antes de su tercera salida, se lo propone á sus amigos que le exploran, y no parece por ello loco, sino cuando después les dice que tal morirá.

Desprecia las murmuraciones, cual lo prueba su coloquio con Sancho, se engríe de lo que el Bachiller le dice luego, por creer su conducta irreprochable.

Así pues toma de nuevo la misión de ayudar á la autoridad, para encaminar hacia el bien á quien del mismo se desvía, con el esfuerzo de su brazo y el inmenso valor del sacrificio, propios del caballero, que todo lo expone por defenderla de bellacos y malandrines. En este conato no se ve sino decidida vocación hacia el bien y una propension racional, si otros le imitaran ó siguieran, pues ni el se opone á que se reglamente, y áun reformen los Estatutos de la órden, acomodándola á las nuevas necesidades.

Pero sí juzgándole benignamente, así puede aparecer; la locura, aunque templada, cuando piensa eso, no deja de existir sin embargo; ya que su propósito y resolución suprema son lanzarse de nuevo al campo, *solo*, despreciando arrogantemente los peligros, á pesar de los pasados contratiempos, que nada le enseñaron, y sin medir la desproporcion que existe entre los fines que persigue y los medios con que cuen-

ta, lo cual hace que caiga ante todos en la extravagancia de su antigua manía. Ni nota que no cuadran ni encajan así y en aquel periodo, sus aspiraciones con las de los contemporáneos, y por lo anómalo, su plan se le frustra, y vence la sociedad, que le condena y ridiculiza, no tanto por tener razón contra él, como por estar formada del núcleo de los mas, siempre dispuestos á obrar segun su parecer, mejor que por el ajeno, siquiera en el fondo este sea mas justo.

En el *Quijote* pues, como en todas las grandes obras del ingenio humano que la literatura contempla, hay lo que se ve y lo que nadie nota en ellas á simple vista, y es lo profundo de su trascendental sentido, é hice las precedentes observaciones para poner de relieve lo que el *Quijote* enseña en general, primeramente, y antes de descubrir lo que significa en el cuadro de nuestra vida nacional.

Porque su acierto para con la posteridad, está tambien en que la caballería es como el foco á donde convergen nuestra vida española, nuestra historia, nuestro carácter y nuestro génio. Aparte ser universal, como lo prueba lo extendida que estaba esa literatura por Europa; aparte que no ya sólo en Europa, sino en todo el continente antiguo, se mueve en la edad media, dentro de esa atmósfera, segun nos lo enseñan el feudalismo y las Cruzadas, España es como el centro y el país clásico de la caballería. Aquí, á nuestra patria, vienen los extranjeros á inspirarse y copiar los estatutos y las costumbres en que están fundadas las reglas caballerescas.

Si la Iglesia acoge cuatro órdenes de caballeros en el mundo, tiene que dar su sanción á otras cuatro, exclusivas para España. Nuestro romancero, la excelsa poesía popular, que toma el asunto de las rapsodias forjadas por el pueblo

alto y bajo, para vestir las con el ropaje del arte, es en su cuasi totalidad, narrativo de los episodios caballerescos, y da la pauta que fija nuestras aficiones. La imaginación española es la fuente en que se inspiran las naciones cuando quieren cantar las glorias de sus héroes: ahí está, sinó, para el que lo dude, la literatura provenzal.

El hermosísimo pasaje de Balmes (1) sobre lo que fué la caballería y el espíritu caballeresco, retrata mucho mejor que mi tosca pluma pudiera hacerlo, cuánto influjo ejerciera en la edad media, en términos que da tono y colorido á toda su poesía y literatura.

Los códigos (2), las costumbres, las ideas, la guerra, la religion y la política, parecen reflejarse como blanco y objetivo en la caballería, y tanto influye su espíritu en el renacimiento, que lejos de soltar el cetro soberano, se multiplica en instituciones que imprimen rumbo también á la vida española en la edad moderna. Sirva de ejemplo el mayorazgo, al cual reglamentan las leyes de Toro. El prurito por los viajes y descubrimientos que tanto pondera Prescott y la afición aventurera de nuestra raza, completaron entonces el planeta.

Los esfuerzos generosos de pocos valientes, ayudados con la dirección de hábiles y heróicos capitanes, animados por el aliciente de conquista, fué lo que sometió á nuestro dominio aquellos vastos imperios de Méjico y el Perú, con bien escaso apoyo del poder central. La empresa de Cortés

---

(1) Léase el cap. XXVII de su obra: *El Protestantismo comparado con el catolicismo en sus relaciones con la civilización europea*.

(2) En España tenemos uno consagrado solamente al asunto, que se llama *Fueros de los fijos-dalgo*.

fué una epopeya, la de los Pizarro, una tragedia, mas los episodios de una y otra los suministra la audacia y valentía de aquellos caballeros, nutridos con la sávia de los precedentes, sus paisanos; siquiera confesemos estaba ya sumamente bastardeado el concepto caballeresco primitivo, según lo confirma el distinto comportamiento de unos y otros héroes.

El valor, uno en su esencia, toma tinte diferente: mas elevado é individual en las guerras de la edad media, mas astuto y colectivo en la moderna.

Cortés quema las naves, pero tambien encierra á Motezuma, prisionero en el cuertel mismo que este para alojarse le diera. Le mima y agasaja porque sabe ó columbra que está devorando su corazon las amarguras que los hados presagiaran (1). Gonzalo Pizarro se subleva y pronuncia, segun diríamos hoy, contra su rey y Señor, para ser vencido, sin armas, por un humilde capellan; pero lleva al patíbulo, donde expia su crimen, la arrogancia y las galas propias del caballero, á fin de probar que quería serlo ó aparecer al menos como tal, al tiempo de morir.

De todas suertes, la caballería es nobilísima institucion ingerida en la milicia de que formó parte muy principal; su fin fué el de servir á la sociedad, á la ley, al orden y la justicia; el medio que para ello puso en juego fué el heroismo. Tal oficio desempeñó durante la edad media en la guerra, porque la guerra fué casi un estado normal en aquellos tiempos.

El bárbaro nació, vivió y moria en la guerra, ordinaria-

---

(1) Véase la *Historia de Méjico*, por Solís, cap. IV del libro 2.º

mente. Traía doble misión á la historia y la realizó á maravilla: destruir el caduco imperio romano, y renovar la sociedad abrazando fe cristiana. Si la caballería tenía por objeto dirigir la guerra, y la guerra principal ocupacion entonces, de los pueblos, la caballería era la aristocracia.

Vino la edad moderna y con ella se consolidó la monarquía, haciéndose la paz mas permanente y duradera. El caballero, en la paz, tenía otra mision: la de ser extremadamente correcto en todos sus actos, Mas como el origen le había tenido en la milicia, el caballero para serlo ó nacia ó se hacía, mas siempre que lo fuera, como tal se le consideraba. Obligado por las costumbres á ser irreprochable, cuando nacia de sangre ilustre, la educacion se encargaba de formarle, por aquello de «nobleza obliga». Cuando se hacía, por su valor, talento, instruccion, energia, etc., para que ingresase la sociedad le daba la investidura, bien con carta ejecutoria de nobleza, como á los conquistadores de Méjico y el Perú, hechos grandes de España, bien reconociéndoles hidalguía; es decir, que su sangre y su clase los separaban de la plebeya.

En nuestra historia, siempre se distinguieron, separados por un abismo, los caballeros y los villanos. El *Quijote* puntualiza bien estos dos tipos: los actos del Caballero andante son siempre limpios, levantados, nobilísimos; los de Sancho Panza, su escudero, toscos, viles, súcios, egoistas y maliciosos. porque la clase inferior, era tenida, como plebeya, por grosera, ruin y baja. Para penetrar en los alcázares era menester que el villano sacudiera sus zapatos.

Al llegar la plenitud de esa edad moderna, que alcanza hasta nuestra época revolucionaria, la caballería desaparece

y la caballerosidad la sustituye; diríamos quizá mejor que aquella cambia de fase pero no de nombre. El caballero ya no obra por sí ni lucha con el trono, como en los tiempos del feudalismo, en que el Señor á veces se hace rey ó forma facciones que originan trastornos, depredaciones, desgracias y luchas, fraguadas, arma en mano, por las rivalidades de unos con otros, ni más ni menos que sucede hoy con los odiosos caciques, que tanta grima dan á los hombres de bien, sin otra diferencia que aquellos luchaban con las armas y estos en las urnas. Allí vencía el valor, aquí la astucia. Era la una, guerra de brazos con efusion de sangre, la otra lo es de espíritus é infiltra en la sociedad el veneno de la corrupción, al revés del respeto que levanta la sangre derramada en campo abierto. El feudal era un héroe, á veces brutal; el cacique es un bribon, que parece manso y atrae por lo ladino, sin perjuicio de que falte á quien le sirve. Aquel, tenía linaje; este viene del arroyo; se hizo rico por malos medios, y es avaro, desamortizador, usurero, traficante con la salud del prójimo, por sofisticar bebidas ó alimentos, tendero que mal pesa, agiotista, poseedor injusto, puro con título inscrito; tales suelen ser los motivos de su hacienda.

Mas el hidalgo de principios del siglo XVII, era el noble de la clase media. Tenía vistas á la grandeza, aunque no era grande de España; pero de ningun modo cabe aplicarle el dictado de burgués, pues ni tenía cuantiosos, sino modestos bienes, ni lo era por sus maneras, harto mas distinguidas que las de ese mal bicho á quien por burgués reconocemos. En fin, tampoco su proceder ni carácter eran los mismos; Revilla ha dicho bien: el tipo de burgués lo perso-

nifica Sancho Panza, pues uno y otro no piensan sino en su estómago y en el negocio.

En conclusión: Don Quijote al encarnar en sí la caballería, que quiere restaurar, es un retrato fidelísimo de nuestro antiguo honor, que se manifiesta en el arrojo para el peligro en defender la sociedad, y en el acendrado honor á su dama, individualmente; de suerte que si uno es cimiento de la familia, el otro es ornamento de la pátria. Aquella se sostiene mediante la fe jurada, al contraer matrimonio, esta por medio del heroísmo. Si á todo ello se añade que Don Quijote es cristiano de entraña, imaginador é idealista por esencia, hasta llevar este último sentimiento á la exageración y á la manía, tendremos el carácter español exactamente fotografiado. Por fin, Don Quijote es tan altivo, que se torna díscolo y se lanza al campo sin miramientos, menospreciando la autoridad á quien cree insuficiente, ó tal vez inhábil, para cumplir su cometido de hacer que se respete el derecho. Así hemos obrado siempre los españoles, tan aptos para mover revueltas y zaragatas en todas las épocas, por defender causas más ó menos buenas y muchas veces de realizacion insegura ó dudosa, el ideal que se acaricia, si es que no dimos con él en el fracaso y en el ridículo. El espíritu de bandería y de partido que tanto nos ha dividido y perjudicado, ha hecho en esta tierra asiento, como en su trono. Nuestros disparates, por seguirle obstinadamente, se tradujeron en destrozarnos con estériles luchas intestinas, segun lo a testigua la historia. Fuimos irrisión del mundo por nuestro quijotismo exagerado, y poco precavidos y prácticos, pero tambien le sorprendimos con nuestras legendarias hazañas.

Sí; Don Quijote engendró el quijotismo en cuanto al



nombre, bien que el hecho existiera desde los vaccéos, cántabros y arevacos, hasta los últimos pujos de cantonalismo y regionalismo, que hoy estan palpitando. Hay, si quereis, diferencia y aun os concedo que oposición, entre el quijotismo y Don Quijote, por ser aquel la caricatura de este, y Cervantes la dibujára en su héroe; bien que la actual interpretación estime, que de padre robusto, salió hijo tan menguado y raquítico. Caballeros seguimos llamando aquí, incluso el vulgo, á quienes nos parecen irreprochables por sus actos, mientras que el quijotismo no es sino cierto empaque propio de los impotentes y petulantes; y así como los verdaderos caballeros van escaseando cada dia más, la turbamulta de Quijotes minúsculos, se multiplica de modo asombroso, razón por la que nos hemos precipitado en esta espantosa decadencia. Si á ello se añade cuánto crece la maldita semilla de tanto pillete como pulula, con levita, blusa ó chaqueta, tendremos que acudir á la quirúrgica para cortar la llaga, ó servirnos de enérgica y revulsiva medicina, si la reintegración moral y social no han de tornarse vanas, siendo predicable superchería, que tiene su asiento, menos en el corazón, que en la boca. Don Quijote que salió para extirpar los follones, malandrines y bellacos de su tiempo, puede ser modelo á quien sigamos para arrancar la cizaña social y servirnos como bandera para la regeneración futura.

---



## Capítulo VII

### *¿Hay ciencia en el "Quijote,,?*

La ciencia es hija de Dios y así la mira el hombre de fé, que con ella se entusiasma. La ciencia de la fé es la mas alta de todas, porque la fé es luz que envia Dios al alma para que le crea y conozca; tanto, que en cierto modo, puede llamársela el *lumen gloriæ*, de este mundo. El objeto á que la fé se endereza es entregar á Dios el espíritu, y unida á las buenas obras, hace que tomemos posesion, aquí, anticipada, de Dios, para que en recompensa, tome luego Dios posesion de nuestro espíritu. Tambien le debemos el cuerpo, porque el cristiano debe mirarle como templo vivo de Dios, embelecíéndole con el ejercicio de la virtud. A Dios por tanto le debemos todo el ser, que de el recibimos. La fé, de consiguiente, no es otra cosa sino el asenso que da el hombre á la palabra de Dios, propuesta por la autoridad de la Iglesia única que tiene mision para ello. Véase, por aquí, cuan desprovistos estan de luz, aquellos que cierran los ojos por no contemplar la Eterna verdad, y cómo se engañan, cuando enseñan que quien no cree, es porque no puede. No hay tal; el hombre no cree porque no quiere, porque su obstinada voluntad resiste á la gracia que Dios le da para que le conozca y le siga. Léjos pues de haber oposicion entre la ciencia y la fé, la fé viene á ser el cimiento y mas firme apoyo

de la ciencia, porque si la fé es la afirmacion de Dios y Dios lo contiene todo, la ciencia que es conocimiento *per causas*, carece de base, negando ó falseando el concepto de Dios, causa primera de todo.

Así pues, las ciencias eclesiásticas son las primeras en jerarquía. Nada mas noble ni grande para el humano entendimiento, que nutrirse y penetrar bien el hondo sentido de la Teología, para poder refutar cuantas objeciones hacen los herejes sobre sus tesis y verdades, de cualquier linaje que sean los tales heterodoxos.

Si el dogma es el sol del mundo divino y tan intensa á veces su luz, que nuestra pobre razon no le pueda penetrar, como tampoco nuestros ojos mirar cara á cara al sol; puesto que Dios no se contradice en lo que enseña; la razon, órgano aprensivo aunque deficiente, de la verdad, debe prestarle sumiso acatamiento, contentándose con percibir en el misterio, lo que su poder alcance. Nada hay que satisfaga mas al teólogo, que su ejercicio, con el que desbarata los sofismas con que nos puede seducir el atrabiliario enemigo de la fé, disfrazado con el ropaje de su aparente lógica, asido á nuestro natural rebelde, cuando afirma el error ó se complace en que surjan cuestiones insolubles sobre puntos transcendentales; pero lo insoluble es á veces lo evidente, y si no podemos llegar mas allá, el que ataca tampoco, y hay que conformarse. La flaca razon no puede verlo todo.

El inmenso trabajo que supone la hermenéutica, porque precisa conocer las lenguas en que está escrita la palabra revelada, para darle su adecuado sentido é interpretacion y explicarle cuando es equívoco ó múltiple; la patrología, labor de tanto tiempo como paciencia y de suma instruccion y ame-

nidad; la pesada y difícil disciplina de la Iglesia, tan útil y entretenida, ocupaciones son todas, que prestan valiosísimos servicios, cada una en su orden, de las que, elementalmente al menos, no puede prescindir todo clérigo que haya de llenar cumplidamente su oficio. Y se explica que muchos las consagren su actividad con verdadera afición, por el gusto que saca el alma al libar sana doctrina.

La hermosa filosofía, que si ha desbarrado mucho, en cambio es el primer cimiento adonde todas las demás ciencias acuden siempre, le seducirá al hombre mientras more en la tierra, con sus problemas los mas importantes. Qué es el ser, el mundo, el hombre, Dios, y cuáles sus recíprocas relaciones y peculiar naturaleza, materias árdeas son y suficientes á consumir la vida entretenidamente, para quien desee penetrar á fondo los grandes misterios ontológicos, cosmológicos y morales que á nuestra vista se ofrecen y el que los penetremos demandan.

La nobilísima Jurisprudencia, ilustrada primeramente por los grandes Maestros de Roma, trasladándose despues á los que cimentaron la escolástica y disciplina de la Iglesia; declarada luego libre por el influjo y los secuaces de la Reforma luterana, para oscurecerla y pervertirla, torciéndola inicualemente; y la restauracion obrada en toda la edad moderna que comenzó en España con los trabajos de Victoria, Soto, Suarez, primeras lumbreras que echaron los cimientos del derecho natural genuino, al cual tambien falseó el racionalismo, incipiente á la sazón, en esta línea de conocimientos, y trajo en su seno para lanzarlos al mundo, los engendros de tan absurdos sistemas, como son los del pacto social, vehículo de nuestro apolillado sufragio, la utilidad, el imperativo ca-

tegórico, el menguado positivismo y demas teorías (1) disolventes, hasta dar con la anarquía como última fórmula de bienandanza futura. Pero no contrarresta la formidable avalancha de doctrinas deletéreas, al ménos en nuestros dias, en que agrandan el círculo y hacen asiento en la ruin inteligencia de la Europa corrompida y decrepita, los ímprobos esfuerzos de la escuela y restauracion cristiana, de ecos muy débiles, siquiera hayamos tenido colosos como Tapparelli, primer jurista del siglo pasado, tan fecundo, y sin duda por lo mismo, olvidado ó despreciado de los nécios que hacen negocio. Pero sea lo que quiera de ese laberinto, lo cierto es que el derecho y su estudio, nos lleva tras sí á quienes seduce el mecanismo que explica cómo el hombre se mueve en la sociedad, para la que nace, y qué multitud tan prodigiosa toman las formas á que se acomoda ó inventa, para desarrollarse en la vida con incesante lucha.

Las matemáticas, tan seductoras por sus pasmosas aplicaciones en lo abstracto y en lo concreto; tan prácticas que miden la distancia de los astros, la velocidad de su luz, el tiempo de sus conjunciones y movimientos; en fin, hasta ayudar á que averigüemos su peso, calidad, estructura y distancia de esos mundos que pueblan los espacios; á la par que consiguen resultados sorprendentes, dando la norma al análisis de los cuerpos, sujetando la química al cálculo, investigando las trasformaciones que sufren con el contacto de otros ajustes físicos; ellas en fin, nos han puesto al tanto de lo que es la naturaleza sensible y de todas las evoluciones que tiene este pequeño planeta que habitamos.

---

(1) Véase el *Derecho natural* de Ahrens, nota en la pág. 62, Madrid 1873.

La geografía, la física y demas ciencias naturales, que cada día ensanchan más su ámbito y agrandan la esfera de sus conocimientos, y hasta nos tienen locos hoy, cons us inventos, observaciones y prodigios; de que sacamos de continuo tan ventajosos resultados, habiéndose consagrado á sus respectivos asuntos millares y millones de laboriosos obreros, que van arrancando á la naturaleza lo que antes se creían impenetrables misterios, pero son ciencias orgullosas, y por lo mismo tan atrevidas, que con el falso apoyo que les prestan la conjetura y la hipótesis, han llegado á desafiar, discutir y hasta poner reparos al dogma, metiendo la hoz en mies ajena, y á negar imprudentemente la verdad revelada, por suponerla con ellas contradictoria.

En fin, la ciencia es lo que mas al hombre le arrastra, lo que mas le enamora, por su deseo innato de saber; lo que mas le embriaga y le fascina, cuando cree que llega á poseerla, y por lo cual da como bien empleadas todas sus vigili-  
lias y fatigas; esa ciencia, con nosotros compenetrada, cuyo anhelo prueba nuestro origen divino y que no somos una misma cosa con el mundo, como quiere el panteismo; esa ciencia, que tanto nos ennoblece en lo especulativo y que en lo práctico nos ayuda á sacar de la tierra y del agua ó de todos los elementos, el partido posible, para satisfacer nuestras necesidades; de esa ciencia, que tambien con sus bellezas nos encanta, no hay casi nada de ella en el *Quijote*, para que se vea con esto probado, que la naturaleza nunca es absoluta.

Cervantes no la poseia, luego no pudo trasladarla, así que no puede calificarse el libro de tratado de nada, ni exclusivo de una materia, habla de todo; pero por alto y con

tino. En obras de la naturaleza del *Quijote*, esta es la característica del arte y lo que la distingue de la avidez científica. El arte tiene como objeto la belleza; la ciencia, la utilidad, y aunque todo en nuestro ser se compenetra, porque tiene aptitudes muy variadas, jamás cabe confundirlas: mas no deja de notarse que cuando Cervantes toca las ciencias, en algunos de sus puntos, las abraza al arte con lazo cariñoso. Y tiene pocos imitadores en esto.

Podeis admirar en Aristóteles, la precision filosófica, en Platon la sublime majestad de las ideas profundas, inaccesibles al vulgo, y ver allí la inspiracion, casi divina, del oráculo que anuncia el cristianismo, por lo que le llaman prólogo humano del Evangelio; en San Agustin, el águila que salva los espacios en todas direcciones, con la más pasmosa intuicion y con fulguraciones sintéticas á donde nadie llegó, ni acaso llegará; en Santo Tomás, aquella paciente investigacion, no exenta en mil ocasiones de sublimidad, para aducir algunos ejemplos; pero todos estos cultivadores de la ciencia os la dan aislada, severa, majestuosa y llena de austeridad, mientras que Cervantes, modestísimo por desconocerla, la presenta como puro adorno y engarce de su libro.

La misma milicia, de que mas se ocupa, porque es su favorita, y al héroe tan cara, se nos muestra sin empalago y aún en mantillas, sin la considerable amplitud que alcanza hoy. La guerra es la ciencia, ¡ay del ignorante! dijo el gran Molke, y lo vemos confirmado en las recientes campañas. El que sabe, es el que vence; contando con el valor y sacrificio del hombre, su primer elemento siempre, y con la abnegacion del pueblo que presta los oportunos recursos y sabe prepararse.



*Don Quijote* censura el empleo de las armas de fuego y encarece el esfuerzo del guerrero aislado. ¿Qué diría hoy viéndonos hacer uso de los potentes explosivos, consumiendo años en el estudio de la estrategia, y viajes para hacerla mas precisa, acomodando la táctica segun los adelantos en armamento y obligando á multitud de ciencias auxiliares á que la presten apoyo, como á los pueblos á prepararse con tiempo, puesto que casi la prevencion es el triunfo?

Para acabar desharemos la ilusión de aquellos que tienen á Cervantes por hombre universal y de profundos conocimientos en todo. No merece ese juicio. Que componga el bálsamo de Fierabrás y le haga producir diferentes efectos ingerido en los estómagos del escudero y del amo, no arguye que sea médico; que relate con gracia y encarezca á Scévola y á César por quemarse la mano aquel y pasar este atrevidamente el Rubicon, no prueba que el autor posea á fondo la historia; que pondere los méritos de la santidad, conozca y ensalce á la religión, no le supone teólogo, ni que diga es peor la flaqueza que la calentura, cuando Sancho cuenta en su carta, el hambre que pasa, es para creerle higienista como al de Tirteafuera, que le manda ayune, sin estar en cuaresma; ni se deduce sea geógrafo porque diga que «el reino de Candaya cae entre la gran Trapobana y el mar del sur, dos leguas mas allá del cabo de Comosin»; en fin, tampoco es jurisperito porque recomienda al Gobernador de la Barataria que vigile la policía de abastos; todo eso, y lo demas que el libro tiene parecido, al hablar de ciencias y artes várias, es muy dosificado, para creerle científico.

Y sin embargo en el *Quijote* hay milicia y disciplina, arte y religion, medicina y farmacopea, derecho y geografia, ma-

rina y arte culinario, agricultura y botánica; todo cuanto cae bajo el campo de la actividad individual, él atrevidamente lo especifica y nunca disparata. Es inteligencia tan poderosa, que sin dominarlo todo discurre bien y sin esfuerzo, siempre que trata de algo. Por eso nos da diluido el concepto científico, de que quiere informarnos. Lo mismo compone un guiso, libra una letra de cambio, como la *primera de pollinos*, que explica los efectos de la divina gracia. En esto precisamente consiste su chispa. De suerte que el noble y manco soldado y literato, nunca desatina y se nos revela con vasta cultura.

Si Cervantes levantára la cabeza y tuviera noticia de las exageraciones que con este motivo se han dicho de su libro, habría contestado á los compatriotas que extravían su alcance y sentido.

Hice solamente el retrato en su persona y obras, de un pobre loco desdichado; compadecedle. Yo no le veo símbolo de lo que vosotros pensais, y aunque en esto se equivoca, no le supongamos poco exacto, porque replica y continúa:

Si hace heroicidades, si dice disparates, si tiene majaderías, si comete desafueros, atropellando personas ó cosas, él no tiene la culpa, sino su pícara manía y los condenados libros que tal pusieron la cabeza. Ved, sinó, como al tratarse de cosa que no sea la andante caballería, ordena y discurre bien. Así pues tenedle lástima ó tomadlo á risa, pero consideradle un desgraciado.

Eso es lo que quise é hice; pero la humanidad y la crítica, tomando el rábano por las hojas, se han echado á pensar que yo fuí un filosofazo, un gran teólogo, un jurista de primera talla, un naturalista excelente y otras zarandajas por

el estilo, cuando ni entendía nada de eso, ni tuve sino curiosidad por leer, razon por la que no pasé sino como hombre de cultura superficial, y así era lo cierto, pues ni quería otra, ni aspiré á ser sábio porque no cultivé ninguna ciencia.

Si Cervantes nos opondría tales reparos, el buen sentido estaría con él, y de consiguiente, miremos el *Quijote* como libro meramente de arte, en el cual por feliz combinacion, la ciencia alguna vez se apunta, pero jamás en su fondo se penetra; ya porque su nomenclatura es árida, ya por ser mero auxiliar, que no cabe del todo el excluir, donde preside la inteligencia, pero á condición de que aparezca cantada y no en forma expositiva.

---



## Capítulo VIII

### *El "Quijote,, en el campo del arte.*

Libro es el *Quijote* de estudio y de solaz, segun sea leído por el sábio ó por el pueblo, y para los dos una y otra cosa á la vez, si bien el último sólo presiente lo que hay ó pueda haber encerrado en el fondo, y esto, mas bien declinando su opinión al criterio de la autoridad.

Está lleno de belleza, galanura y variedad, en tanto grado, que no le cansa al discreto. No se sabe qué admirar mas en él: si lo original de la invención ó el primor con que el génio del autor ejecuta y realiza lo concebido; tan fácil para él, tan natural en todo, y tan imposible de imitar, que cuantos dentro ó fuera lo intentaron, hicieron fiasco, segun veremos en posteriores capítulos.

Examinando al por menor los de ese nuestro libro rey, no admira que sus exégetas se hayan deshecho en ponderaciones y elogios, pues apenas hay ninguno, que no nos de á la par, enseñanza sabrosa y dilección cumplida. No es conveniente leer el *Quijote* de una tirada, como por obligación lo hace quien le estudia, pues en tal caso fatiga, ni creo tampoco sea ese el deseo del que concibió la obra. Hecha para entretenimiento, es mas conveniente ir la leyendo poco á poco, por trozos, y así no cansa. Abridle cuando estéis desocupados ó querais entreteneros, y es seguro que el sitio

por donde lo hagais, os encantará. Si para demostrarlo citar pasajes, con ser tanta la abundancia, me haría prolijo y fastidioso. La miel misma empalaga, y si alguno duda, que vea el texto y quedará convencido.

La verdad, el bien, la vida, condiciones indispensables para que exista la belleza, necesitan estar reflejadas en la obra de arte, en tal manera, que la cosa concebida por su autor, esté en correlacion inmediata con el que la contempla, inspirándole conceptos y sentimientos análogos á los que aquel tuvo, cuando de su inspiración brota. Pues bien: la verdad en el *Quijote*, aparece igualmente en el protagonista y demás personas que mueven la acción; en la pompa con que describe la naturaleza, en la exactitud y gracejo de todo su artificial mecanismo, hecho sin esfuerzo, por la naturalidad que campea en todo el libro, así como por la mas pura moral que trasciende y repercute en el bien, premiando siempre á la virtud, ya con el sacrificio, como sucede al héroe, loco tan simpático, por eso mismo, ya con recompensas positivas y tangibles para los actos meritorios, ya con castigos proporcionados á quienes infringen las leyes naturales, desconociendo sus deberes. La vida es allí tan animada, con tal tino y maestría movida, que el autor agota la materia.

Tendencia á la verdad en la inteligencia, tendencia al bien en la voluntad, tendencia al movimiento en el organismo, delicada combinación de esos elementos en los personajes, pulcritud para delinear exactamente las diferentes situaciones en que los coloca, realidad efectiva en sus acciones, nunca inverosímiles: tales son los atractivos con que seduce nuestras facultades. El alma se aquieta y reposa cuando ve su finalidad satisfecha y como en este libro halla

sanas ideas, nobles acciones, suaves afectos, el artista á la vez complace y conmueve. Flores variadas y escogidas, que el autor agrupa, para darnos satisfacción plena, ya que á ella el lector aspira; y la crítica la ve realizada.

La expresión, que no es otra cosa sino la viveza sentida por el artista, patentizada en su obra, y fielmente trasmitida al contemplador, lo mismo que la sintió él, se ve en el *Quijote* por modo admirable; en términos de parecernos libro lleno, segun ya he dicho, de naturalidad y realismo, pero no crudo y asqueroso, como en esas novelonas indecentes, que tanto gustan á las generaciones estragadas, en donde queda desnudo el pensamiento animalesco y deseos brutales, satisfechos ó no, de sus actores y personajes, quitándolas el manto de frases y galas postizas, único velo, si acaso, que tapa la torpeza contenida, sino con aquella decencia, majestad y pudor á que somos acreedores, porque lo súcio nunca es bello. Y no es que Cervantes deje de tocar y trasmitirnos hechos vergonzosos y repulsivos, pintando como lo hace la sociedad y sus miembros, tan hábiles y aptos para cometerlos, sino porque en su descripción y reseña, nunca se aparta de la pulcritud apetecida, por groseros que sean los móviles del vicio; que entonces pone con descaro, si queréis, en atención á la escrupulosa fidelidad que guarda á las escenas de la vida, pero pocos le sobrepujan en la nobleza con que describe los tropiezos de la flaqueza humana. Bien baja es la acción que Sancho comete poco antes de verse el batan y se puede desafiar á todos los autores á que la presenten con más limpieza y decoro. Abominable, al parecer del rígido moralista y jurisconsulto, la suelta de galeotes, y véanse las razones con que el caballero la cohonesta. Lo

mismo le ocurre al dibujar las situaciones más resbaladizas.

La gracia, otro atributo de los esenciales al arte, es lo que place al gusto, lo que agrada, lo grato. Analógicamente, la comparamos con ese sentido, porque el sabor es la sensación que se saca de su objeto. Pues así como los manjares físicos agradan al paladar ó le repugnan, así los que por metáfora llamamos morales, tienen también gusto agradable y aun salsa especial, por eso decimos los españoles, que ciertas obras están hechas con salero, y que Sancho, al seguir á su amo, carecía de sal en la mollera, porque la sal es condimento obligado de la comida. La gracia es sabor especial que percibimos, unido ó separado de la belleza, como acontece juzgando á la mujer, y claro está, hace más excelente el objeto, cuando se juntan las dos. Nace del movimiento muchas veces, pero tambien de la expresion, de la armonía, de la especial modalidad que á veces toma el ser, y es sentimiento altamente subjetivo, aunque en el fondo se conforme á esa sensación de agrado, más ó menos intensa y exquisita, según la disposicion y educacion de quien percibe. En fin la gracia es la sazón, la salsa que lo idealizado reviste. Ahora bien ¿encareceré si hay gracia en el *Quijote*? Es innecesario: traspira por todos sus poros.

Mas voy á contestar un reparo que me podrian hacer; —Falta la belleza donde no hay proporción, lo cual no existe sin orden y un loco no puede tenerla; aun concediendosea bueno el libro, Don Quijote no es bello.—No es preciso que para ser bello un héroe, haya de ser sensato; antes al revés: el heroísmo no se concibe sin cierta temeridad, reñida con la reflexion discursiva; generalmente aquella es apasionada y no se pára ni pesa los obstáculos, con cálculo egoísta; antes



bien como hija que es del corazón y no de la cabeza, excita con la sangre las fibras del cuerpo y del alma en conmoción intensa. Y el heroísmo ¿no es hasta sublime?

Por otro lado, para que la belleza aparezca, basta que haya verdad en lo que se pinta, y aquí se da por loco al héroe, como premisa forzosa, luego no pueden sorprender sus actos, por fuera de camino que vayan, y aun cuando extraviado le conduzcan. El autor, al suponerle en ese estado mental, no se va á contradecir. Ahora bien; si tanto es más bello el ser representado, cuanto es más noble en primer lugar, y en cuanto es más claro y completo el modo de representarlo, en Don Quijote no cabe más que pedir, porque esas tres condiciones las llena el autor.

—Pero es desordenado en sus ideas y operación—vuelven á objetarme. En un hombre que le hace loco la enérgica posesión en que está de una idea alta, universalísima, provechosa y fecunda, con trascendencia á fin concreto, no extraña su exaltación á los demás; y puede tomarse, no como locura en el que la profesa, sino como verdadero genio, cuyos límites comunes, se confunden en lo extraordinario. Eso ocurre con nuestro caballero: excita la admiración por salirse de los términos de lo común.

Para que el contraste resalte, estará en convivencia con escudero que le es del todo opuesto, en tendencias y aspiraciones, y el espíritu se mueve entretenido sin que cause jamás lo que pudiera parecer monótono y eterno diálogo, por los dos exclusivamente sostenido, cuando solos se hallan, que es lo mayor del tiempo. Diferentes en los intentos, uno y otro llevan su fin extraviado, pues las gentes les consideran extravagantes y los indiferentes toman sus hechos á

burla, diversion y pasatiempo; mientras que los que les aprecian, quieren disuarlos; prestan á todos con sus tonterías, abundante materia de recreacion, llenando así el objeto que el autor se propuso.

La unidad en la variedad, primera condicion para que surja la belleza, en el *Quijote* se realiza por modo inimitable. Unidad hay en el concepto informante, en el tipo que le desarrolla, siendo como el foco á donde convergen las apreciaciones todas que el autor y el lector hacen; eje en torno del cual gira el mecanismo de la obra; unidad en el plan, en la idea y en el fin que preside á la inventiva, que tanto nos recrea; á la par que variedad portentosa, en los lances que al héroe ocurren, en las vicisitudes por que pasa, en las ocasiones en donde se halla y en las aptitudes que toma, sin perder nunca de vista, que su imaginacion exuberante, le trastrueca cuanto toca, pero no muda la manía. Vístase esto con el ropaje y atavios de lo mejor elegido en el órden literario y dígasenos luego cómo ha de faltar la emoción estética mas pura.

Pero hay más; que tal emocion toma precisamente la fase cómica, tan grata para el hombre, á quien le gusta se le censura mejor con la dulcedumbre que con la acrimonia, y se colegirá cuanto es la fruicion y goce espiritual de quien tan delicado manjar saborea. Por eso quien le desconoce, sabiendo que le hay, le busca y apetece, para recrearse, y este es el secreto de su inmensa popularidad. Si á mayor abundamiento, de la primera materia cómica con que está elaborado, se extrae el néctar de la belleza por quien supiere libarla, y apaga nuestra sed natural de meditar, lo hondo que hay debajo de tan peregrina invencion, estan satisfechas

asi cuantas condiciones pida el mas exigente crítico. Llega pues el libro á la meta de la perfeccion artistica, porque la belleza resalta en la naturaleza, en la imágen y en la palabra, signo por excelencia de toda literatura.

Asunto es el de este capítulo propio para largas disquisiciones y como debo ya darle fin, voy á contestar á un reparo que pueden hacer los doctos, es á saber: si la belleza suprasensible, que es la mas alta, se trasluce en el *Quijote*. Y asiento ser la mas noble, porque es como el vislumbre de la divina y tiene en la tierra las obras de arte cristiano, únicas que nos la hacen percibir; porque son cosas distintas el pasto que á las potencias cognoscitivas da la obra de arte, y la emocion interior que se siente y repercute en el alma, encaminándola hacia la rectitud y honestidad, que son el bien objetivo. Este tal bien honesto, surge en el *Quijote* de la lectura de algunos de sus pasajes y de tal cual otra advertencia que al autor, de vez en cuando, se le desliza, mas para arrancarle del contenido total de la concepcion, es forzoso acudir de nuevo á su sentido simbólico. Como hemos ya visto que este no puede ser mas elevado, á lo íntimo de la locura del héroe, preside una moral sublime, que aspira á restaurar todas las cosas en el órden, que es lo mas bello, y como el órden es hijo legítimo del Criador, á el dice órden tambien, la belleza diseminada en el conjunto y en los detalles del *Quijote*.

Objección: La locura es desórden y este no puede ser moral. Ya me hice cargo antes de ella, pero ahora voy á contestarla, adecuándola mas á este punto concreto y lo haré en términos de escuela, distinguiendo: la locura es desórden fisiológico, concedo; es desorden psicológico, subdistingo:

si su fin es notoriamente extraviado, puede concederse; si se endereza á lo supremo, que desea poseer el hombre, y es la justicia absoluta realizada, niego.—Pero no se halla en la tierra, sino en el cielo.—Mas como en la tierra podemos ponernos en camino para alcanzarla y trasunto de la divina, es la justicia humana, fundada en aquella: como á la vez la justicia es indivisible, y supremo ideal que persigue Don Quijote, en ello le hallaremos sublime y excelso siquiera el autor, su época y los tontos, le juzguen mentecato.

Por eso la belleza inteligible y suprasensible dominan á la natural en el *Quijote*, con ser tanta la que hay, de esta última, y aunque parezca lo contrario; si bien resulta difícil, sin buen escalpelo y análisis detenido, pesar los grados que de una y otra hay en el libro, operación metafísica complicada, que tampoco es precisa; pues le destroza y profana, quien pretenda hallar los resortes recónditos, que no se penetren á simple vista, para aquilatarla. Así los forjó el génio y hay que admitirlos, so pena de disparatar como alguna vez lo han hecho hasta críticos sensatos. El temperamento, la edad, el gusto, la educación, hasta la idiosincrasia misma, del lector, influye en las emociones que le causa. El jóven vitozon ríe la indecible con Maritornes y sus hazañas, el grave jurisconsulto, medita en el valor que para el gobierno, tienen los consejos dados á Sancho.

---

## Capítulo IX

### *El "Quijote", como obra literaria.*

Decir que el *Quijote* es obra en prosa, pero eminentemente poética, es una vulgaridad repetida en todos los tratados de retórica y enseñada, por lo tanto, á nuestros adolescentes, cuando empiezan á instruirse en lo mas rudimentario de las bellas letras; pero no hay cosa mas vulgar que las grandes verdades, y como tal es el concepto que ha de formarse, si queremos calificarla dentro de la literatura, no desdora al *Quijote* que así en conjunto se la llame.

Forzoso, sin embargo, es diluir esa idea universal en sus componentes subordinadas, á fin de que el vulgo, que distingue bien, segun el dice, aunque se engaña, la poesía de la prosa, no la tenga por ambigua y paradógica. A mi juicio la diferencia entre prosa y verso no está sino en lo que llamaré música de la lengua. Mientras que aquel está sujeto á número y medida, la prosa trabaja sin esa cortapisa; de consiguiente es mas ámplia, siquiera tenga armonía.

En prosa están compuestas las obras elocuentes, mas ¿diremos que en ellas la poesía falte? La poesía es sentimiento enérgicamente grabado en nuestra alma, que á los demas se manifiesta; luego por su índole, hasta innecesario es que se escriba, y ménos aún, en una ú otra forma. Afecto hondo y vívamente sentido, que comunicamos á otros seres se-

mejantes: tal es su esencia. Y no se diga que la bella naturaleza encierra un fondo inmenso de poesía, para quien la contemple, aunque no la comunique, porque entonces no pasa su placer de apreciación individual y la poesía ha de exteriorizarse y aún estereotiparse en la palabra, á no confundirla con la belleza objeto de las demas nobles artes.

Claro que la literatura al dar reglas y sancionar los cánones fundamentales, conque se distinguan las composiciones, tiene que agrupar estas metódicamente, en géneros que sucesivamente reduce, segun su estudio avanza y en las producciones del ingenio se fija; mas esto no empece para que la poesía ó sea la elevación del alma, radique en todas aquellas que mas hondamente nos conmueven. No es poesía la razon cantada, segun la definió Lamartine; la razon, áun con música resulta fría y escueta, y si bien nos admiran ciertas obras (en prosa ó verso escritas) llenas de nitidez pasmosa, que suponen considerable esfuerzo, estudio y áun escrupulo, por su pureza y elevacion, no llegan á arrebatarnos ni se llevan el alma en pos de la del artista, segun acontece con las genuinamente poéticas.

Por lo demas, que la elocuencia es género peculiar de poesía, lo confirman todos los retóricos mas excelentes, y para citar uno de autoridad irrecusable, pues en esto cabe tenerle por pontífice infalible; baste con saber que Cicerón señala como condicion, en el orador indispensable, la de ser poeta ante todo, pues sin ello mal podrá atraer ni imprimir en los demas lo que piense ni lo que sienta. El filósofo se dirige á la razón, el actor adorna con el tono, el gesto y la actitud, lo que en el discurso es accidental, en cierto modo, conservando sólo el entusiasmo como necesario, pero qui-

tadle el fuego poético con que nuestro ser inflama y el intento del orador resultará vano.

No se tome, con todo, como imprescindible el arrebató, para que en la obra literaria surja la belleza; él es solamente una de sus fases, uno de sus lugares, con el cual se debe usar de parsimonia, segun la comparacion sabida de nuestra alma con la del arco que siempre en tension estuviera, nó; emocion dulce y tranquila, nos causa del Telémaco la lectura, y tan apacible es el Kempis, dentro de su sublime elevacion, que presagia las dulzuras del Cielo, por lo mismo que el autor quiere que sea la tierra como su antesala, si nos dirigiera su doctrina.

Lo patético es exquisito, pero ha de emplearse con la debida precaucion y aunque muchas veces no cabe ni se mira, al usarlo, con ninguna, porque es espontáneo y surge de improviso, ello no autoriza para que la composicion toda sea de esa índole; por lo monótono, imposible, cansado y contraproducente.

El *Quijote* es obra poética y por tanto de inspiración, no hija del cálculo; está escrita con gracejo pero con descuido, como española genuina, y por eso se notan en ella defectos y anacronismos que el buen sentido perdona. El autor con frecuencia se olvida de los pasajes que ha escrito, monta en el burro á Sancho, después que se lo roban, llama á su mujer Teresa ó Juana, para citar alguno de sus descuidos; por no conservar en la memoria infiel, estos detalles mínimos á que no concede importancia el verdadero génio. El análisis detenido los nota, como obra no corregida; la crítica sensata debe pasarlos por alto porque no amenguan su mérito.

Poderoso esfuerzo de dialéctica se necesita para clasifi-

car bien los diferentes puntos de vista que el autor toma, difícil empresa, si fuera necesaria. Inventa lo que escribe segun se le ocurre, acomodándolo al plan que se ha propuesto, y no cabe mucho método en la historia de un caballero de aventuras, que lo es con propósito preconcebido. La obra pues, ha de ser narrativa por su esencia, y quiere en esto Cervantes pulcritud eximia, descendiendo á detalles que puntualicen bien los hechos para no dejarnos «con la miel en los labios», vicio que rehuye, áun sin desconocer quizás alguna ventaja en los compendios, á que no es aficionado, cual se colige al darnos la filiacion de aquel arriero, amante de Maritornes. Así que no reza con él ni quiere en la historia grave, seguir el precepto del remesino, *quidquid præcipies esto brevis*.

Con todo, el *Quijote* no es novela histórica, siquiera la sustancia de lo que narra tenga lugar en tiempo y lugares determinados, pero esto no es escribir historia, sino de manera indirecta, y si la llama historia, como lo hace casi siempre, es por considerar hijos de la naturaleza humana, los hechos de que la historia se ocupa. Esto, aparte de que la acción del libro es contemporánea con la vida del autor, y Sancho data la carta á su mujer el 20 de Julio de 1614, por lo visto aquel mismo día en que Cervantes la escribe, aunque no es el único pasaje en que se nota ese deseo, pues el libro empieza: «En un lugar de la Mancha etc. *no ha mucho...*»

Los pensamientos son siempre adecuados al objeto, propios de las personas segun la situacion, y acomodados á los sucesos y circunstancias; elevados en la mayor parte de las ocasiones, en términos de podersele considerar al libro surtido arsenal, muy rico en provechosas enseñanzas.



Con dignidad y energía, hace resaltar las virtudes teológicas y cardinales, en el tejido de sus variados episodios, llenos de gracia, ora severa, ora divertida, sin que apenas haya nada extemporáneo ó supérfluo; salvo la impertinente novela de aquel curioso nécio y castigado, uno de sus mas grandes defectos. Mentira parece que no la incluyera en la coleccion de las que llamó cortas; mas digamos también, para su descargo, que en la segunda parte se muestra arrepentido de no haberlo hecho.

Proscribe la literatura caballeresca, dando tal novedad á ese manoseado asunto, que se erige sólo Don Quijote como modelo único, y perfecto dechado de caballeros; haciendo el autor que se eclipsen las glorias y hazañas de todos los demás, tan inferiores á él en el parangon; con la chocante particularidad de haber tocado en realista lo legendario, creyendo el vulgo que Don Quijote ha existido, cuando ve y palpa la sinceridad de sus actos. Esta série de dotes conjuntamente unidas en el libro, que mata á los demás para vivir solo él, aunque sea debida en parte á la fortuna, le da inmenso valor, ya que también muchas veces el génio se sepulta en el oscuro rincon del olvido, por la ingratitude del mundo ó la falta de diligencia en quien dió á luz hijos preclaros de la mente, que los mortales desconocen.

Cierto que han querido corregirle algunos literatos, soltando con tal motivo muchos dislates. A nadie se le ocurrió, mas que á D. Raimundo Miguel, poner como ejemplo de pensamientos falsos, en su Retórica, aquel de Cardenio donde dice: «del cansancio y del hambre se cayó mi mula muerta, ó lo que yo mas creo, por desechar tan inútil carga como en mí llevaba», cuando es una hipérbole magnífica, engen-

drada por lo hondo de la desventura en el personaje que habla. Así se han cometido por los comentadores otras mil herejías y atentados contra el texto, lo mismo por ignorantes cajistas, que por los doctores ilustres.

Muy alta es igualmente la jerarquía literaria del *Quijote* por la pureza, propiedad y corrección de su lenguaje, el cual llena, sin disputa, todos los requisitos exigidos por el arte. La lengua de un país, por las obras que en ella se escriben, y en su manejo, sólo Fray Luis de Granada le excede y aventaja; porque siendo igualmente castizo, es mas rotundo, mas sonoro y carece de las repeticiones que al *Quijote* le afean, amen de ser aquel, á mi juicio, mas elevado y más sóbrio. Si Cervantes en frases y giros es abundante y riquísimo, en palabras no lo es tanto. No se le moteje de pobre, pero tampoco de derrochador, como lo es de gracias, bellezas, donaires y figuras, en tanto grado, que hasta hace alarde de ello. Desde que se empieza su lectura, hasta el final de la obra, una gallardía fecunda campa por toda ella, arguyendo que aquella cabeza tiene filon y vena riquísima. Y nótese que Granada tampoco es rico en palabras ni deja de haber en su lenguaje repeticiones que hoy censuraríamos.

Mas no se crea por esto que Cervantes sea grandilocuente en extremo, como ocurre con Chateaubriand, y otros muchos escritores franceses, de mérito positivo é insigne, y aún con uno que otro español, por ejemplo Castelar; pero nosotros somos en esto mas parcós, y revestimos las obras de mayor gravedad, en lo cual hacemos muy bien, pues menos ampulosos, tampoco corremos riesgo de petulantes. Habrá acaso aquí menos brillo, pero tambien mayor elevación, porque así quitamos la hojarasca efectista, tan parecida á


los arrumacos de la mujer, que estomagan al buen gusto y dan en el ridículo, dejando aparte la elegancia; única dote que debiera perseguir la moda en su variedad continua, mejorando sin cesar, para ser fructuosa y artística, como lo son el ornato y la indumentaria, racionalmente encauzados.

El estilo del *Quijote* merece párrafo aparte. No cabe mayor galanura y fluidez en él, que las empleadas por el autor. Si el estilo es el hombre, Cervantes resulta insigne. Esto que parece repetición y vulgaridad, es forzoso en ello insistir, pues nunca se ponderará bastante el gracejo con que está escrita nuestra obra maestra. Bien que le ayuda mucho tener completo el idioma, que tan admirablemente maneja. Es tan terso el estilo, sin rebuscamientos amanerados, es tan genial é hijo de la naturalidad con que brota de su pluma, que parece mentira saliese la obra tan delicada, pues todo en ella es espontáneo, y sin mas artificio, sino el que la acción necesita para su desarrollo. Toda la riqueza, variedad, ambrosía y gallarda grandeza de nuestro idioma, están en el *Quijote* estampadas. Los giros mas brillantes á veces, nos sorprenden, como la facilidad encantadora con que el autor los pone. Excusado parece añadir que la composición en general, por su índole, va enderezada á reseñar las hazañas y lances del caballero, dominando el tono festivo. En la elocución, para terminar, emplea las tres formas, subjetiva, objetiva y dialogada, sazonando esta última con chistes sin cuento, jamás intempestivos ni empalagosos.

¿A qué género literario pertenece el *Quijote*? A todos y á ninguno. De cada cual toma lo preciso, siendo harto equivocado incluirle, como exclusiva de un solo grupo. La común sentencia, en la que todos concuerdan, y en ello no se

engañan, es llamarla mera novela; porque si su objeto es describir, al pormenor, las fases, circunstancias, vicisitudes y cambios que sufren, ó por las cuales pasan, una ó varias personas, durante su vida, y los lugares en que los hechos ocurren, el *Quijote* no hace otra cosa. No es novela vulgar y prosáica, como tantas hay, que son la generalidad; sino alta y trascendental, por su contenido, su objeto, su fin, su belleza é importancia, en tanto grado, que es la primera que han conocido los siglos.

Así pues, en género tan modesto está comprendida obra tan vasta. Ya sin ella prueba Cervantes su génio de novelista eximio, pues las demas que escribió pueden considerarse como modelos. ¿Pero es heroica y levantada, ó humilde, ó pastoril, ó de costumbres, ó psicológica, social, descriptiva, histórica, humorística y picaresca? Es todo esto junto y nada de eso separado y por ello su importancia, su universalidad y su atractivo; por lo mismo exige tanto estudio y ofrece campo tan vasto á la observacion y al análisis. Si las comparaciones son odiosas, lo cierto es que Cervantes aventaja y sobrepuja á todos los novelistas.



## Capítulo X

### *La epopeya en el "Quijote",*

Al *Quijote* hay que analizarle en su aspecto épico, dramático y lírico. Y puesto que recorre todos los géneros poéticos, desde la bucólica sencilla é inocente, hasta la más fina sátira, tambien necesitamos detenernos en esos modos distintos.

La epopeya, que es la más noble obra entre todas las poéticas, ha tenido en los pueblos manifestaciones varias. Aunque canta un gran hecho que hace época por lo comun, en los anales de todo un pueblo, por el distinto sesgo, edades y asunto sobre que versan las más notables que se han escrito, no hallo inconveniente en distinguirlas segun las eras, digámoslo así, en que la historia se desarrolla, tales son: la prehistórica, heróica, poética, divina y humana. Bien es cierto que en casi todas estan mezclados varios elementos, segun el tiempo en que se escriben, pero siempre predomina alguno, sobre los otros. El *Ramáyana* y mas el *Mahabhárata*, solo pudieron componerse en la India hace miles de años y encubriendo mitos y símbolos, que nosotros no desciframos, sino á la luz de conjeturas. La *Iliada* enlaza una transicion entre la leyenda y la historia; la *Eneida*, mas que

dar al gran pueblo de Roma el realce que en la historia tuvo.

*Tu regere imperio populos, romane memento,*

es la sublime y exquisita expresión del más tierno entre los italianos, que trató un asunto grande, cuyo héroe es real y tangible. La *Divina Comedia* no podía inspirarse en la antigüedad, por que sin venir á la tierra el Hombre Dios, la revelación permanecía incompleta. Sólo el siglo del esplendor de la Iglesia pudo hacer poéticos los misterios teológicos. El *Quijote* en fin, pues con las citadas está á nivel y sufre el parangón, aduna la caballería de la edad media, cuyo verdadero origen parece también mítico, por lo confuso y heterogéneo de los datos que tenemos para precisarle, con la vida moderna, en donde más se manifiesta el contraste de lo ideal y lo real, que pone en pugna el *Quijote*.

Tiene razón Hartzenbusch: Cervantes es tan original como Homero, porque si este canta una lucha de civilizaciones, aquel lo hace de ideales. Sí; el ideal de la perfección encarnado en la caballería, y el de las resistencias á la justicia, que pide aquel prevalezca, cual *Don Quijote* le explica. Comprende pues nuestra obra el asunto más trascendental, que es la idea, en lucha con lo más práctico, que es la vida. Si la raza representa lo físico, la idea representa lo moral, y en el hombre lo más noble es el alma. Luego es ó igualmente épico, ó más excelente, si cabe, dentro del género, ponderar la lucha de ideas que la de ejércitos.

Se dirá que eso es romper los antiguos moldes literarios; ya que en la forma y estructura, está más bien, la diferencia; y además, que los ejércitos, á servicio están de los pue-

blos, y estos se mueven por los ideales comunes; todo es muy cierto; pero no se me niegue que vamos poco á poco separándonos del sendero antiguo, pues hoy se canta al progreso, al comercio, á la industria, á la actividad humana en fin, pacíficamente desenvuelta, que va del mundo y de la naturaleza á la conquista; luego no nos admire, ver mañana, cantada la ciencia natural, como propendemos á hacerlo de la humana.

El hombre apenas si ha tocado aún esta fase de la poesía, y Cervantes fué el primero que tomó la iniciativa. Hay pues cosas tan altas como el fragor y estrépito de guerra, que parece obligado en el género que analizo.

Probablemente me arguyan que se necesita echar mano de toda la infatuacion española, tan casquivana como presuntuosa, para calificar al *Quijote* de epopeya, salvo la disculpa que merezcan el cariño por la pátria y el entusiasmo por una obra; pero que es afirmación gratuita, y hoy sobre todo, tan intempestiva, que ni siquiera merece se discuta; basta en redondo con rechazarla.

¿A donde va ese loco? ¿Que empresa toma? ¿Que fin le guía? El de la utopia. Sale, solo, al campo, para que el mundo se ría y le burle. Desequilibrio en la cabeza, desproporcion de los medios con el fin, trastrueque de este, tomando como mision individual la que lo es principalmente social, como la defensa y cumplimiento del derecho y la proteccion al desvalido. ¿Cual será el resultado? La rechifla. Esto es España, dirán quizás los extranjeros, esto los españoles, tan vanos y presumidos. Muy levantados de cascos, se creen hábiles para regir el mundo, dirigiéndole, y no saben gobernar su casa, porque viven en la anarquía. Abando-

nan el trabajo, por seguir ideales buenos, y andan de continuo con elecciones, mitins, algaradas ó pronunciamientos y motines, cual ellos dicen, por seguir un ideal tan estrambótico como el de su Don Quijote. Son incapaces de gobierno, por lo díscolo y levantisco de su carácter, y piensan en el orden; hablan de religion, y no la practican; se creen decentes, y son unos bribones; se llaman caballeros, y luego resultan golfos. Son nécios y con instintos descabellados, en fin son... ¡Quijotes! Ese es su libro y Cervantes quien mejor les conoció y retrata. Locos de atar. Manicomio ó presidio suelto, eso es España, y la filosofía que en fin de cuenta, se saca de Don Quijote, sobre todo, aplicándole á la práctica.

A mas de infatuados, son tambien viciosos, y principalmente unos pícaros, visto su comportamiento con las colonias, de donde los arrojaron por ladrones. ¡Medrados quedais los españoles si esa es vuestra epopeya! ¡Inspirándoos así, ya no son de extrañar vuestra decadencia y extravagancias!

¿Son exactas tales apreciaciones? ¿Es recto ese juicio? ¿Nos cuadra á todos *in solidum*? Es eso lo que hemos sido? ¿Merecemos calificativos tan bochornosos y denigrantes?

Obsérvese ante todo, que los españoles no somos santos, sino hombres de carne y hueso, pecadores por tanto; pero con mejores cualidades que los que afuera nos increpan con censuras tan ácras, y los que adentro las sostienen, por seguir su pesimismo, notando nuestro actual abatimiento, ó los que lo hacen obstinados por el paño negativo que vicia el humor de los ojos intelectuales. Además, si la generacion presente es menguada, raquíca y viciosa, y son ciertos en gran parte ¿á qué negarlos con falsos convencionalismos?



esos defectos que nos achacan, no ciertamente en toda su extension ni en tanto número, ahora ni nunca; tambien es lo verdad que el expresado criterio es erróneo, ademas de lo que tiene de repulsivo y dañado. Lo mas que se puede conceder es que seamos malos los hombres de hoy, mas no cabe imputar sus crímenes, mas abultados de lo que lo son en realidad, á los que fueron y á los que estan por venir, y tambien es cierto que nosotros mismos nos podemos enmendar.

Hay que deshacer á todo trance ese tejido de calumnias é imposturas, con que frecuentemente los extranjeros nos ultrajan. No es de buen seso hacerles coro, ni caer en el extremo contrario de no reconocer nuestros defectos, dándoles la razon en algo de lo que nos acusan, porque fuerza es confesar que la tienen.

En el asunto, es de suma necesidad, para no dejarnos llevar de la pasion que extravía, el no confundir el tipo español genuino, con el presente; pues aquel es el real y verdadero, este el falsificado y bastardo.

No me cansaré de repetirlo: Don Quijote es ilustre caballero, á quien guía noble impulso. Ni es culpa suya se le frustre, porque el mundo no le comprenda. Ya tambien antes, lo he dicho: no será hombre práctico, pero si muy simpático y generoso. Nada le amedrenta, luego es esforzado, nada le turba, luego es valeroso; persigue con creciente anhelo un ideal que no logra, pero arrostra el sacrificio, gran virtud solo propia de los héroes y de los mártires.—Pero es estéril, replican:—No por cierto; la sangre vertida, siempre es fecunda.

Los españoles la derramamos en abundancia, primero, para expulsar al sarraceno, que amenazaba á Europa, y lo

conseguimos. La ponderada cultura árabe, fué debida al elemento aquí indígena, segun probó nuestro historiador Javier Simonet; luego contuvimos al turco, destrozándole en Lepanto; pusimos en seguida muralla de bronce, que no pudo traspasar la herejía protestante, que llenó á los pueblos de cruentísimas guerras, y venía preñada de disolucion y revoluciones, salvamos al Pontificado, de toda civilizacion, el representante mas genuino, aunque ahora los pueblos le rechacen como extranjero; dimos un nuevo mundo á Europa con nuestro espíritu aventurero, y nos desangramos hasta sucumbir con gloria en Rocroi, por la política protestante del cardenal Richelieu, y más aún, con la desatinada guerra de sucesion, que nos trajeron las añagazas del menguado Portocarrero; mas tambien es muy cierto que pagamos bastante cara la consolidacion borbónica.

Los dos siglos de su dominacion no fueron sino continuada série de todo linaje de desastres, pero aún resurgió la altivez española en la guerra de la independencia, lo cual prueba que no había tanto desfallecimiento en la raza, á pesar de los asaltos y acometidas que la dieron los primeros liberales de Carlos III. Nosotros hicimos, en efecto, que se derrumbase con estrépito el poder napoleónico, herido aquí de muerte, para caer en Waterlloo, donde no pudo oponer á Whellington y Bluker los regimientos que le faltaban, porque se los restamos los españoles; en lo cual no me atreveré á decir si obramos del todo bien, visto el pago que por ello nos dió despues Europa, en el Congreso de Viena, pero sí sostengo que, por el altivo y levantado espíritu de Don Quijote, hicimos causa común con ella, contra aquel soldadote soberbio, que no supo ser, como debió, el gran latino.

Su misión era esa y no otra: consolidar el poder latino, ahogando el fuego cismático y protestante, en germanos, eslavos y sajones, que tanto le han protegido. Mas se hizo revolucionario, quiso extender ese espíritu, hijo legítimo de la reforma literaria, fué imprudente y depredador, holló del Papa la autoridad, y combatido de todos los pueblos, á los que tambien se hizo odioso, no tuvo más remedio que sucumbir. Si se encumbra como genuino representante latino, y con España, su ejército hubiera sido más respetuoso, le hubiéramos acaso ayudado, para hacer efectivo el bloqueo de Inglaterra ó el desembarco que el príncipe de Joinville demostró como realizable. Ni el iracundo génio de Bismark, hubiera hollado al Austria y á Francia, con el intento de aniquilar la raza latina, cuyo secreto poder, sabía tenerle en el espíritu católico, al que tan decididamente persiguió creando el Kulturkampf, tan implacable contra el catolicismo; obra en que le ayudaron insensatamente los países de aquende el Rhin; arrancando primero, al Papa, el poder temporal, y luego, desatando cruda persecucion contra el espíritu cristiano genuino, cuya única sede es la de la silla Apostólica.

Todo cuanto hizo España sola, contra el mundo entero, que en venideros siglos parecerá imposible y casi legendario, lo debimos al espíritu cristiano y caballeresco, y fué por su exagerado idealismo, al cual Don Quijote personifica. Que se haya bastardeado, con la apostasía de la nación y por ende haya sobrevenido esta espantosa decadencia, haciendo que los extraños vean en Don Quijote el espíritu negativo que contiene, ha sido efecto de cambiar nuestro carácter, de sesudo, en novelero. Que el Parlamento y el rotativo di-

rijan y usufructúen hoy la inteligencia del pueblo, con ellos tan entusiasta, á pesar de que no dan de sí sino hueras falacias, que nos tienen entumecidos, culpa exclusiva, es del mismo pueblo.

No quiero envenenar con el encono político, una obra de índole puramente literaria cual es esta, y en síntesis diré, para terminar, con el punto que voy tratando, que no somos tan malos como pretenden los enemigos, ni todos en España merecemos aquellos denigrantes calificativos, que arriba escuetamente presentaba al común exámen; lo más sano que aquí queda, no es solidario de las catástrofes últimas, y aún cuando sea una minoría, aún sobran españoles que saben protestar de la deshonra y lo harán acaso pronto en manera ruidosa, siquiera fuese menester, para que esa minoría se torne en mayoría, rectificar los procedimientos é ideas hoy dominantes.

Perdimos las colonias por apáticos, egoistas, pervertidos, y hasta os concedo que degradados, puesto que no quisimos oponer el valor, resistiendo con gloria, y haciendo comprar cara la victoria al enemigo; y porque Europa nos desamparó, cuando la pedimos su concurso. Hubo ignominia por estar desprevenidos, como suelen cogernos todas las guerras, y en los pueblos, como en los individuos, el porvenir y el triunfo son para los avisados. Pero con las colonias nos mostramos en general hidalgos, salvo cuando empezamos á llenarlas de bandidos.

Cierto que no hay epopeya hoy, por esas causas mas que nada, por rechazar el espíritu caballeresco, tomando de Don Quijote lo ridículo, apellidado negativo y *quijotista*. Ni es exacto tampoco que la epopeya haya muerto, cuando la ve-

mos ahora mismo palpitar en el Japon, con esa guerra tenaz, decisiva, incontrastable, que sostiene ese pueblo unido, y como tal fuerte, cuyos hombres sucumben para la pátria y cuyas mujeres sucumben para los hombres.

Sigamos, pues, teniendo al *Quijote* por nuestra epopeya, aunque nos parezca que no encaja en esa forma, pues aun cuando nadie desmienta que no la cultivamos, hora es ya de hacerlo, aún en ese mismo terreno del verso, en el que nos emplazan; citándoles *Os Lusíadas*, que tambien es española, diga lo que quiera la geografía; poema tan sentido y dulcísimo, y á *La Atlántida*, concluida por el arrobado y tierno místico, que sin embargo de serlo, ha hecho tambien rugir en catalan al Leon español, cuando mas dormido parecía. Llámesele ó no poema al *Quijote*, ha sabido cantar para todos, nobles y plebeyos, lo que fueron y todavia son, en muchos de sus rasgos, nuestra vida y nuestro génio, mientras permanezcamos en la historia y á España la pinte el mapa.

---



## Capítulo XI

### *Lo dramático de la obra.*

Estrechas analogías median entre la epopeya, el drama y la novela; pudiendose considerar á esta, como una transición entre las otras dos, por tener mucho de cada una tomado. En la novela, como en las otras esferas de la humana actividad, las comparaciones resultan siempre odiosas. Cada edad y autor escogen un asunto entre los múltiples que ofrece la variedad de la vida, y le dan mas realce, segun la importancia que reviste. La habilidad ó el tino en la elección de la pintura, á la vez que la trascendencia del ideal, de la época ó del peculiar movimiento que imprime á los personajes quien el asunto maneja; y en fin, el colorido con que la adorna, son cualidades que dan, felizmente adornadas, relieve á la obra artística, el cual, si no se borra, llega á inmortalizarla.

Así que modesto como lo es el recinto de la novela, sin ocupar la jerarquía de lo épico, lo dramático, lo lírico ni lo elocuente, por lo que de todos esos géneros participa, se ven dentro de él obras admirablemente concluidas. Scot echa mano de un pasaje de las cruzadas para levantar un monumento impercedero á la memoria de Ricardo su paisano. Manzoni idealiza un idilio lleno de ternura y de grandeza, para pintarnos al vivo la soberanía española en Italia. Bal-

zac con su profunda observacion y frio escalpelo, agota con ferocidad implacable, todas las miserias de la vida. Dickens mete su mano en el frio corazon de un banquero adinerado, para sacarla chorreando, herido por la muerte del sucesor suyo y por la traicion conjunta de su mujer que huye con el cajero, probando cuan poco vale el enternecimiento del negocio, al lado del vivificante calor del cariño. Bullver y Sienkiewitz, cada uno á su modo y ambos con pasmosa exactitud y entusiasmo, nos trasportan al caduco imperio romano, haciendo hasta innecesaria la lectura de Apuleyo.

Tolstoi, por el contrario, pone encima del tapete los problemas contemporáneos y, ó nos arranca un grito de satisfaccion cuando castiga el adulterio de la mujer, que da prueba inconcusa, jurando que no ha sido; ó bien analiza, en el órden público, cual es el secreto de asimilarse razas afines y limítrofes, que nutran el vientre del coloso ruso, sin perjuicio de asestarle tiros certeros que le agujereen los intestinos, Alarcon, en fin, y Pereda (pues tambien aquí tenemos grandes novelistas) acuden á un simple episodio de nuestras costumbres para inmortalizar el honor de nuestras mujeres, firmes entre los ataques de manos livianas, demostrando de modo distinto, en *Sotileza* y el *Sombrero de Tres picos*, que tienen miras mas altas que nosotros, aunque de sus perseguidores, el uno sea corregidor y el otro venza con inusitado valor los terribles riesgos del mar.

Pero Cervantes es mas universal que ninguno de los citados y tan maestro en la novela, como el que mas de ellos, porque se erige como el águila, por la grandeza de su asunto, que hace le proclame la humanidad rey de la misma novela. Y aun creo que la pasion no me extravía, si afirmo,



á la par, que en ella, es mas poético que ningun otro hasta tocar en la altura épica.

Aparte de la poesía sobrenatural (hablo en cuanto al asunto) en que el Dante sobresale, si me es permitido el elogio, áun por encima de los mismos místicos; con ser terriblemente cáustico, porque apura en su gran poema toda la inspiración de su génio, toda la dulzura de su lengua y todo el arte compatible con la divina naturaleza que canta; es lo cierto que, en el orden meramente humano, tres obras son las que se llevan la palma en la literatura universal; correspondientes á las tres grandes épocas del mundo, y que es pecado desconózcánlos en el arte peritos. La mística representada por el *Ramáyana*, la heróica por la *Iliada* y la histórica que va fielmente expresada en el *Quijote*, como nexo que enlaza el legendario murado de la edad media, tan idealista, con el positivo moderno, en cuanto tiene de práctico, luchador y mezquino. No se, después de esto, si alguno llamará al *Quijote* prosáico: dejadle, carece de gusto.

Por eso, sin perder nada de su ideal artístico, es mas práctico que todas las epopeyas conocidas. Pero basta de preámbulos y entremos á analizarle bajo su aspecto dramático.

El lugar de la acción es la Mancha, esa inmensa región española, que no ha llegado á formar provincia separada, como debiera, porque nuestra administración esta en eso tan mal reglada como en todo. Pero aunque el Gobierno, que tanto reforma, no se haya cuidado en hacer la buena demarcacion provincial que se necesita, arrumbando la presente, tan defectuosa; la topografía, mas elocuente que todos los caprichos burocráticos, da caracter bien definido á esa comarca tan extensa, de la España Central.

La Mancha abarca unos 50.000 kilómetros cuadrados de superficie y comprende el perímetro, casi total, de las cuatro provincias mas grandes de España, fuera de las extremeñas, que son Toledo, Ciudad Real, Cuenca y Albacete. Las cuatro, á simple vista, se perciben desde la torre del Toboso, pueblo no muy grande hoy, y de mucho menos vecindario del que antes tuvo, sito en el corazón de la Mancha, y por tanto no pudo estar mejor escogido, ya que es el sitio donde Don Quijote tiene puesto su pensamiento, y adonde les manda que rindan párias á la Dulcinea de sus encantos, quienes son por él vencidos en la lid ó agraciados con algun linaje de merced.

El terreno del pueblo y de casi toda la comarca, principalmente en lo que nombran la Alta Mancha, es ligeramente ondulado como las pampas de Rusia, pero muy llano; en lo general, escueto, triste y árido, sín ríos, ni arroyos, ni fuentes, pues casi todos los moradores beben agua subterránea, potable á la fuerza, cuando no es nociva. Aunque se carece de agua, en cambio tiene mucho vino, pero este no puede reemplazarla y por eso la Mancha no es rica y está poco poblada, pues el agua es la vida para la tierra y el hombre, porque equivale á su sangre.

En comarca tan seca y desnuda, es precisamente donde tanta poesía Cervantes derrocha. Es cosa anómala y que verdaderamente nos pasma. Aun cuando Don Quijote toma el rumbo del sur en su primera salida y se interna en Sierra Morena; por más que la segunda vez que va al campo, atraviesa Aragon y Cataluña; lo mayor de la accion, en la Mancha se desarrolla, y es tan sencilla, que dos solas personas le bastan al autor para que tan á gusto nos entretenga, sin

que haya monotonía. Claro que la obra pide el concurso de muchísimas más, pero ello no quita que la acción toda gire alrededor de esas dos, que forman como su eje.

La orografía de esta región, casi la mas vasta de España, hace un gran ángulo, cuyo vértice está en el arranque de la cordillera Oretana y sus lados los forman ésta y la Celtibérica, terminando aquella en los Montes de Toledo, famoso antemural de Castilla la Nueva, que geográficamente la separan de Extremadura, los cuales se divisan á muchas leguas viniendo á Madrid desde Portugal por el ferrocarril del Tajo, ya que son los de mayor estatura. El otro lado del ángulo, termina en la sierra de Alcaraz, famosa por sus ganaderías de toros bravos.

Las faldas y vertientes de esas dos cordilleras, cuyas cumbres por esta parte central son poco pronunciadas, pues apenas si habrá ninguna que tenga mil metros sobre el nivel del mar, se hallan en la llamada sierra; y por serranos se tiene á los de la provincia de Cuenca, que ocupan la parte mas accidentada, aunque los del llano son manchegos, por la analogía que guardan con sus paisanos limítrofes.

Bien que en todo rigor, para el que visite nuestra Península, la Mancha empieza bajando pocos kilómetros al Sur, de la estacion del Mediodía de Madrid. La llanura ondulada é inmensa de que al principio hablaba, según se descende, se va prolongando leguas y mas leguas, sin que interrumpan la monotonía sino el jardin de Aranjuez, único oasis de esa especie de desierto, y poco mas allá, aunque al principio tambien, la Toledo Imperial, edificada, como Roma, sobre siete colinas, á la cual Toledo, puede considerarse como cabeza y metrópoli de toda la Mancha. En la mas alta de esas

siete colinas está edificado el famoso Alcázar, donde la tradición cuenta que el gran Carlos V se sentía mas Emperador que en ningun otro sitio.

Toledo con ser todavia, por su traza y aspecto, un pueblo moro, encierra tesoros y maravillas que son la admiracion del sábio, y se convierten en raudales de inspiracion para el artista, quien instintivamente ama cuando las contempla, las mismas piedras, maderas y hierros que pisa y toca. Entre todos sus monumentos ostentan la palma los erigidos por el arte cristiano, que nos llevan el corazon por su profusion y belleza. Y sin embargo, Toledo es aun más grande por lo que no se ve y se adivina, que por los tesoros que guarda; rico manantial, donde van á beber tambien, el poeta y el historiador. Por eso su perímetro ha dado tanto pasto á la leyenda, y de la ciudad dijo Castelar que, compendia y resume toda nuestra historia. Cuando la contemplais desde la baranda del Alcázar, se llena el alma de profunda melancolía. Toledo ya no es lo que era. Bien lo ha dicho el insigne sonetista, al comparar el Tajo con el Tíber:

«¡Polvo de muchas ruinas en la arena;  
Llanto de muchos siglos en la espuma!»

Mas dejando aparte disquisiciones amenas y tristes, para descender al exámen de los personajes del *Quijote*, en el noble hidalgo es tal el poder de la imaginacion que todo se lo viste á medida del intento que persigue. Esto solo basta para crear un carácter de tanta verdad, como que es el genuino ejemplar y prototipo del español verdadero, pues aquí esa potencia es la mas desarrollada. Con tener *Don Quijote* tanto sabor local, como persona, se admira uno mas

por esto, de Sancho Panza, que tambien es de esta clásica tierra, indígena. Su rudeza, positivismo y astucia, son las dotes de nuestro campesino. Parece idiota y es malicioso. Egoísta, haragan y lleno de ambicion, ávido de mando, el mismo que abandona su casa, dándonos á entender que por no saberla regir, va en busca de aventuras y de ínsulas soñadas; mas cuando se tornan en verdaderas, lo son á cambio de azotes y quebrantos sin cuento, que le hacen presente la dimision, á cada paso. Pobre y presumido, buen cristiano; porque Sancho lo dice y á veces lo siente, pero tan falto de caridad, por lo comun, que en nadie sino en sí piensa; gran consumidor que nada produce, hombre inutil para la sociedad y solo aprovechable por su amo, que no le paga, bien que no sea por dejar de prometerle sueldo y de ser aceptado, pero sin contrato escrito, Sancho es un gran regionalista y todo un patriota: odia el trabajo y aspira á ser rico. Tal es el español auténtico, que sostiene la loteria con sus ahorros ó quitándosele al sustento suyo y de sus hijos.

El sabor local de Dulcinea es tambien una maravilla, queriendo ser ante el mundo cual Don Quijote se la pinta á Vivaldo, á pesar de que no pasa de saladora de puercos y cribadora de trigo. El Toboso es pueblo de mucho empaque, pero muy pobre; tiene orgullo y falta el dinero; está lleno de ruinas y tienen sus calles nombres rimbombantes y progresistas, para que sean del peor gusto posible. Por eso Dulcinea es la mas exacta caricatura que salió de humana paleta. No mal parecida, aunque en sus costumbres y maneras bruscas, mujer de mucha fuerza, segun Sancho, que la conoce, lo certifica; alta de pechos y de humos, de ademán brioso y resuelto, hábil para luchar con los criados de su padre á brazo

partido, como para revolver un mondongo, cuya grita se oye media lengua á la redonda, es el tipo mas apropiado para tumbar de espaldas al caballero. Y sin embargo Don Quijote la pone en las nubes.

En cada uno de estos tres personajes, que son los principales de la obra, hay una personalidad doble; Don Quijote que piensa en palacios y castillos, en ejércitos y en victorias, en damas y doncellas, tropieza y se acomoda con ventas y batanes, con rebaños de pastores cerriles que le combaten á pedrada limpia, y con gallegos ó yangüeses que le santiguan con estacas, y en fin las doncellas lo son á la guisa de Mariornes y las reinas y princesas á la de doña Rodríguez. Sancho es hombre de bien á carta cabal, tiene rara vez, pero alguna, inspiraciones elevadas en lo moral y religioso, quiere ser justo y equitativo en su gobierno, manda redactar «Las Constituciones del gran Sancho».

Tras del rostro, talante y aptitudes de la mondonguera, se ve el «Dios y su dama», propios del caballero, y que para él lo son todo. «Dios y su dama», el problema divino y el humano, la relacion del hombre con lo mas alto y la que le une á la sociedad por medio de la familia, es decir, el contenido completo de la vida y las tres únicas fuentes de deberes que en ella ha de cumplir. Dios como su origen y destino, su dama como temporal y estable; primero en la mente y ardoroso corazon del enamorado, y despues en el combate y en la sociedad, sucumbiendo ó victorioso, para que se tornen sus actos en lustre y esplendor de la adorada; quien entonces, en la edad media, endereza por tal senda su vanidad, nunca tan legítima, aunque por las costumbres influida. El caballero podía llegar á la nobleza aún mecido en

humilde cuna, si el valor y la suerte le acompañaban; cosa inexplicable para el modernista muelle, inepto para comprender la galantería, ni el pundonor, como nuestra mujer mercantil.

Por supuesto, que Cervantes conocía como pocos á la mujer, ese bicho extraño y complejo, que forma el adorno de la creacion é interviene en casi todas las escenas de la vida, querámoslo ó no, nuestra compañera ha de ser. Sus aficiones distintas, reflejadas están en el *Quijote* por muy variada manera: A Marcela la hace esquiva, antojadiza á Leandra, cándida y ambiciosa á Dorotea, obstinada á Luscinda, casquivana á Antonomaria, presumida á Altisidora, jactanciosa por su hija á doña Rodríguez, enamorada espiritual á Zoraida, zalamera y fementida á Camila.

Obra de tanta riqueza en tipos tiene que serlo tambien en interés, con la particularidad de no carecer de él ninguna de sus escenas, sean trágicas, ó cómicas; dramáticas ó jocosas. Mirado el libro á través de lo que la mujer da de sí, encontrámosla superficial, presuntuosa, casquivana, pequeña y de poco juicio, tal como á la naturaleza plugo el fabricarla, harto parca por cierto en derrochar en ella seso, adornándola en cambio con atractivos, para que el hombre á medias, nunca el verdaderamente integral, que la desprecia y rehuye, caiga, digo, el incompleto, en la mentida red de sus encantos.

¿Si no regirá para los excépticos, cual somos los desengaños, el antiguo apotegma de Dios y la dama, porque dejamos de ser caballeros?

Por lo demás, lo dramático de esa obra resulta de toda ella, y, como ocurre al génio con frecuencia, Cervantes per-

fectamente adorna todos las variedades del género para que sea completa, bien que inconscientemente lo haga. Si el drama es la lucha, dígasenos si en el *Quijote* falta ni un solo momento. Si es el reflejo de la vida, ninguna otra obra se hizo que mejor la retratara. Si es el obstáculo que pugna el hombre por vencerle, Don Quijote los halla, ó si no los busca, si es el problema á resolver, que contiene en el desenlace la solución, el héroe acaba con inverosímil, aunque feliz clarividencia, para que no resulten efectista á la moderna, que tanto al buen gusto le revuelve las tripas. Don Quijote que á la postre condena su conducta, hace muy mal por revelarnos falta de firmeza en su última hora, pero en cambio el autor le hace sufrir una muerte de niño, según lo fué toda su vida, para que aquel supremo instante resurja mas bello, y esa hora de su tránsito resulta, dulce, apacible, tranquila, en medio de la horrible bataola de sus pasadas hazañas; contraste magnífico, si la crítica no tuviera derecho á exigir que el desenlace fuese otro, ya que falta la lógica en esa postrera cobardía, innecesaria por ende, para que el héroe ante Dios se salve.

Si del tinte general de la obra, que más que otra cosa, es una gran comedia, no tanto por el subido sabor que tiene de tal, sino porque cómica hasta la entraña la forjó el autor, se desciende á los episodios, como son tan sumamente variados, los encontraremos para todos los gustos; desde la pantomima pueril; hasta aquel terrible turbion de sucesos que descarga sobre la venta como un pedrisco, haciendo que en ello tenga el *Quijote* uno de sus mayores defectos. Sí, se le censura eso á Cervantes con razon: Esa traza que da tal cuadro, es harto inverosímil; ya que le sobraba tanto talen-



to inventivo, faltó para el desenredo, la cordura, defecto capital, que ni tiene disculpa ni quizá él mismo pudiera haber quitado, sin una refundición de algunos capítulos. Y para que ello resulte con mayor agravante allí le hace leer al cura la novela impertinente.

Impertinente la llamo porque no encaja, pero para que haya en el libro de todo, su asunto es una pequeña tragedia. Las escenas trágicas no son muchas en el *Quijote*, pero tampoco faltan: la aventura de los batanes, la de los leones, la del molino ó barco, nos sobrecogen hasta ver que sale de ellas airoso. A veces, el desenlace de algunas aventuras es tragi-cómico, el de otras joco-sério. Con ello conformo mi aseveración de que maneja admirablemente el teclado dramático, conoce todos sus registros y le hace dar los mas variados tonos y sonidos, á la manera que traba el organista de génio, cuando el instrumento es apropósito, hasta para tocar música de regimiento. Las trompas de plata, resuenan ahora en los ámbitos de la gran basílica.

Ni pasare por alto, ya que hablo de esto, la emocion dramática que nos causan los encuentros de la venta, donde el autor pone desenlace de sucesos acaecidos á personas que préviamente nos dió á conocer, cuya historia resulta sumamente grata y entretenida. La ternura y arte con que lo hace y la naturalidad de los afectos de los personajes, es tanta, que bien puede servir de modelo áun para los mismos maestros. Bien es cierto que como los episodios en el *Quijote*, son muchos, sin menoscabar el tejido de la acción principal, sino una que otra vez, no es ese el único donde Cervantes revela sus aptitudes de dramático ilustre, y quizás yo exagere, diciendo que le sale mejor trazada en esta gran

obra, la trabazon dramática, que en las hechas *ex profeso* para el teatro.

Dije antes que es inverosímil, mas esto ha de entenderse del cuadro total, al cual confunden los muchos y variados sucesos que acumula, siendo difícil y fatigosa la retentiva de todos ellos; pero esa afirmacion no ha de entenderse sino en lo que viene desde el cap. XXXIX en adelante, pues en lo que atañe á los desaguizados de D. Fernando, allí es creíble y está bien puesto, pues los desata segun se espera que un pecho noble lo haga.

---

## Capítulo XII

### *Lo lírico y el lirismo que encierra.*

En lo lírico no está solo la individualidad sentida y expresada, sino también la variedad de los distintos afectos que en el hombre engendra la contemplación de lo bello, en sus manifestaciones distintas; ó lo súbito de los cambios que nuestro ser experimente; ó lo hondo de los contrastes que á su corazón conmueve; por eso se ha llamado á la lírica la poesía subjetiva por excelencia. Lo lírico produce impresión profunda en el alma, que despierta con los acentos inspirados por el poeta, en una composición de dimensiones cortas. No es ligera la emoción sentida, sino durable y permanente, provocando en nosotros sentimientos diferentes, á veces encontrados, mas por lo común indelebles. Así que en tanto mayor grado será lírico un poema, en cuanto el artista trasfunda mejor su espíritu en el que lea.

Propio es de toda poesía herir y conmover profundamente nuestro ser, á diferencia de lo elocuente, hijo de aquel instante en que el orador nos arrebató y en el que le seguimos por donde quiera. Pero así como la épica nos traslada á la región de lo maravilloso, y canta los hechos grandes y generosos, realizados por valientes caudillos, cuyas hazañas tocan en lo extraordinario; la lírica, mas modesta, se limita á ofrecer cuadros sencillos, pero acabados, de hechos quizás

fugaces y transitorios, pero no menos necesarios, ya que con escasa fuerza de atención, nos remonta en ocasiones á alturas inconmensurables.

En la épica luchan los hombres ó los dioses, mas ó menos fingidos, que la imaginación y la tradición agrandan, haciéndola trascendental y de carácter público, arrastrándonos á la imitación, por lo levantado del intento, sin que reparemos en el sacrificio de la vida, que se inmola en aras de la pátria; la lírica al revés, se circunscribe y ciñe mas á lo que cada uno siente dentro de sí, por cuya razon sino nos encumbra, en cambio deja mas imborrable huella. Dulce, tranquila, elevada ó reflexiva, la lírica es sumamente accidental y variada, aunque no ceda á la época el puesto, en lo que toca á ser mas bella. No se si diga tambien que es mas popular por ser mas fácil.

¿Quien en efecto descifra los misterios místicos, físicos, sociales, históricos ó legendarios, que el poema épico siempre contiene? Sólo los eruditos, y para eso á costa de grandes esfuerzos; siendo labor de muchas generaciones el inmortalizar los poemas de esa índole, cuyo oculto sentido, sólo le penetraban los doctos. En la lírica al contrario: todos sentimos lo que el poeta quiere trasladarnos, á veces con igual viveza que él mismo experimentó, cuando su fuego nos la sabe comunicar.

Variiedad asombrosa y fecundísima se nota en este linaje de composiciones líricas; entre la tierna balada, á veces reflexiva, como son las de Campoamor, que aspiró por la moda reinante en su tiempo, á ser tambien docente, y hasta metafísico; y que por cierto inventó un nombre bárbaro é infame para bautizarlas, llamándolas *doloras*; hasta las famosas

rimas de Becquer, que nada tienen de tales, aunque él así las llamara, y que son todo lo opuesto á las anteriores, llenas de acero que se clava, sin nada de escépticas, pérfidas ni paradógicas; la oda heróica ó mística, que nos hace volar por los mundos de lo suprasensible, media una distancia enorme, pero todas ellas convienen en carácter que determina el género: son menos objetivas, nada ó poco sociales, en el sentido de que no cantan las grandes conmociones que los pueblos y las razas sufren, pero mas fructuosas y prácticas que la epopeya, porque tienen mas extension en el número y se repiten más, y de consiguiente, son para el vulgo de mayor amplitud.

El lirismo que tienen los salmos, los libros de Salomon, los profetas y los tronos de Jeremías, es tan intenso y enérgico, que nadie ha podido igualar á los hebreos, segun confirma la crítica, y el buen gusto de todos los siglos. Hasta los autores y artistas mas refractarios á la Biblia, no han podido menos de ponderarla. ¿Hay quien embriague como el Cantar de los Cántaros, encareciendo los éxtasis del amor? ¿Pueden darse arranques mas hondamente sentidos, que los que emite David, que ha sabido como nadie alternativamente rugir y llorar, segun en sus salmos nos lo hace ver? ¿Cupo á nadie cantar las excelencias de la sabiduría, con lira mas robusta ni poética que la empuñada metafóricamente por Salomon, quien no necesitó pulsar la material que manejaba su padre? Porque si es cierto que la Biblia es un gran arsenal, donde tienen cabida, no ya la teologia sola, sino el derecho y la medicina, la elocuencia y la historia; en el orden poético, nada ni nadie podrá superarla. El sublime acento de Jeremías, herido grito de exclamación contra un Dios

irritado, aunque no repercuta en los corazones de un pueblo endurecido, propio es para mover á las mismas piedras, si fuesen capaces de sentimiento. El canto llano, que oímos en nuestros templos, con ser tan sencillo cuando entona las lamentaciones, es á la vez tan hondo, que penetra en las entrañas del alma y mientras exista sólo un átomo de fe y una chispa de elevación hacia Dios, el hombre de todas las edades y siglos que están por venir, agradecerá á la Iglesia habernos conservado ese tesoro tan rico, tan tierno y hábil para pedir misericordia en los momentos de cuíta, excitando al pueblo para que se arrepienta, y vuelva sus ojos al Dios de las alturas.

Hermosísimos modelos tiene también el clasicismo, ostentando múltiple número de formas, imitadas muchas, aunque parecen inimitables, por lo perfectas; pero como la inspiración no se agotará nunca, el círculo se va agrandando, á medida de la evolución que sufren los hombres y los pueblos, y hoy cantamos en tono lírico, cosas que ni soñaron con ellas nuestros antepasados, como cantarán los venideros otras que ni remotamente presentimos. Si el subjetivismo domina en esto, lo pasado y lo futuro han de ser distintos, y por aquello colegimos que cada cual toma, expresa y siente á su modo, llegando, cuando en un determinado artista hay verdadero génio, hasta á imponernos su capricho y dar motivo á que la preceptiva invente ó incluya nuevos grupos de composiciones, no hechas antes, dándoles reglas y cánones *á posteriori* sancionados.

Pocos libros en prosa aventajan al *Quijote* en la materia, aunque parezca exigir el género, que el metro le realce. Mas ¿quien es capaz de poner los hitos y límites precisos en don-

de un género concluye, para comenzar otro distinto en el orden literario? Sucede aquí lo mismo exactamente que en la escala zoológica: nuevos tipos, formas y variedades, que surgen y desaparecen, según los cruces, tiempos, climas, circunstancias; siendo un misterio averiguar el origen de la creación de cada ser, el cómo de la vida, la peculiar manera que tiene Dios para infundirla alma, dándola la forma sustancial con los elementos palpables de la materia prima.

El más rudo distingue el verso de la prosa; el más docto no sabe cual puede encerrar mayor poesía. Una descripción del Génesis, una epístola ó pasaje de San Pablo, el Sermon de la Montaña, son acentos tan elocuentes, los que expresan y despiertan, que el alma se abisma en las regiones ignotas. Convencionalistas transiciones hará la inteligencia con el análisis, para ir poco á poco clasificando, pero por más que las multipliquemos, resultarán deficientes, por no poderse invadir los términos de lo infinito, que cabalmente lo es, porque no los tiene. Nadie será capaz de citar los millares de ejemplos que pueden ponerse de prosa poética, frase, que dije en otro capítulo, al vulgo le parece absurda y paradójica, ya que no llame poesía sino á la versificada.

Gran disparate sería decir que el *Quijote* es una composición lírica, aunque mucho le toque de esa peculiar estructura, porque como antes se dijo, tiene de todo. Pero si que es muy cierto contiene mucho lirismo. Mas diré: su lirismo es verdadera filigrana, tejida con todas las galas del ingenio, todos los atractivos del donaire, todos los caprichos del gusto y todos los encantos del lenguaje. Tan fecundo es el número y vena del autor, que la derrocha con mano pródiga. ¿Multiplicaré los ejemplos? ¿Para que? Basta con leer el li-

bro: el perito y entendido me dará la razón; al ignorante no le hace falta.

Es cosa que resalta, cómo entre tanta dulzura, tiene tan firme energía su paleta: los trazos son robustos, el dibujo pronunciado, y brillante el colorido. Es por lo tanto pintor admirable de la naturaleza y del hombre, vistiéndolos á una y otro, con hermoso ropaje. Las cualidades y circunstancias de las personas, estan allí tan bien retratadas, que en esto pocos le superan. Como las coloca en tan variados casos, le dan pié para que recorra todos los afectos y así se nos muestra sentido y melancólico, brillante, é inocente y lleno de candidez (por ejemplo, al contar la historia de Dorotea), alegre y elegiaco, malicioso y divertido, chacarrero si habla de rufianes, bribones ó záfios, y fino, elegante y atildado cuando ve que la delicadeza se lo impone. Y esto es para él una fuente de lirismo, y como tal la considero, aunque me repliquen sea la menos surtida, porque en lo que afecta á personas, debe tratarlas la dramática.

En cambio pisamos terreno propio al decir que describe la naturaleza cual saben hacerlo muy pocas plumas, al menos en su peculiar traza. El ropaje que la adorna, como la multitud de seres que la pueblan, encuentran cumplidos en el *Quijote*, sus especiales atributos. Arroyos y selvas, pájaros y flores, fuentes y praderas, riscos y llanuras, nubes y torrentes, los tibios rayos del sol que traspone á los potentes focos que en verano envía, ya le derriten estos los sesos del caballero, cuando sale por primera vez de su aldea, ya le dan placidez aquellos, para que repose y cuente lo que le ocurrió en la cueva de Montesinos.

Otra de las dotes que avaloran el *Quijote* en sumo grado,



es la variedad y riqueza de sentimientos que contiene. Ciertamente que no extraña esa abundancia, por lo mismo que el autor describe ó esboza los diferentes estados y vicisitudes de las infinitas personas que en la obra mueve, ya que en el *Quijote* entra en acción la sociedad entera de su tiempo; pero lo que asombra es el tino tan exquisito, para tratar de cada uno, según mejor le cuadra y corresponde. Esto unido á que enriquece la lectura entremezclando observaciones luminosas y atinadas, hace la parte descriptiva, que lo es casi toda, mucho más amena. Vístase además á los sujetos y sus actos, con traje pomposo en el estilo, siquiera sean harapientos en lo indumentario y la complacencia será muy grata. Por eso son infinitas las emociones del que lee, y esas, el lirismo las ocasiona.

Es lírico hasta hablando de las nociones más metafísicas, que para el arte se tornan impalpables. Así le sucede cuando trata del tiempo, que gira acompañado en torno y retorno continuo, cual se ve en el cap. LIII de la segunda parte, al empezarle, ó toma ese lirismo carácter objetivo en las opulentas bodas de Camacho y en el entierro civil de Crisóstomo, que no asustó á la Inquisición, aunque muchos petulantés, que la desconocen, la acusen de tiránica, con aspavientos improcedentes. La única frase que reprocha, es una de la duquesa, y con razón, porque no puede ser más temeraria ni más falsa; y es de tan poca monta, que la llama insignificante en su buen juicio el escéptico y racionalista Revilla, sea esto dicho de pasada.

Pero lo más asombroso en nuestro autor es cómo, dentro de cada grupo genérico, en el que se le analiza, recorre todos los tonos que ese mismo género abarca, pues hay pasajes en

el *Quijote* semejantes á la oda, á la elegía, al madrigal, epitalamio, idilio etcétera etcétera, y se encuentra el lector algunos de sabor lírico muy pronunciado, que no estan clasificados acaso porque son inclasificables. El ingenio es mas poderoso que la retórica y ésta le sigue servilmente, pues el análisis, como posterior á la produccion, la presupone, motivo de considerarse por algunos hasta inútiles á los preceptos, aberracion en que no puede caer la sensatez.

No creo aventurarme diciendo que muchos quedarán á trechos embelesados y á trechos reflexivos, como á mi me sucedió en las diferente veces que le leí. El sentido de una frase inspiradora, de un periodo castizo y rotundo, de una hipérbole magnífica («si no hubiera tierra donde pisára mi caballo, yo buscaría otros mundos») —les dice á las señoritas que tenían tendida la red cuando le ruegan que no se la estropee Don Quijote,—de una sentencia profunda, de una observacion discreta, muchas veces nos traspasa el alma.

Y es lo mas extraño que todo le brota con naturalidad y nada rebusca; lo halla al paso, se lo encuentra hecho. El sello de esta obra, segun dice en el prólogo, es llevarse tras sí el ánimo, y como el autor quiso, así lo consiguió. A ser de otra manera, el libro careceria de riqueza lírica y como la tiene en abundancia, todos la benefician.

Voy á terminar diciendo, aunque me tachen acaso de exagerado y tonto, otros críticos sesudos, del *Quijote*, no tan entusiastas: Tanto es su lirismo, que parece que lo inerte toma en él vida y expresion, y es chocante que le notemos cuando el libro empieza y cuando se acaba.

Dígase si cabe, mayor gracejo, limpidez y hermosura á la descripcion del lugar ó pueblo, traza, costumbres, amigos y

acompañantes ó familia de Don Quijote; hombre soltero, como á una gran empresa consagrado, para la que cree haber recibido mision especial del cielo; y en fin, dígase si cuadra mayor sencillez que se palpa, recibiendo los ángeles en la gloria, aquella alma cándida é indebidamente arrepentida, siquiera confiese en público, como pecado, el habernos divertido; mas sin notar que ha enseñado á la humanidad la senda del sacrificio, por servir á la sociedad que la escarneció. No ha leído el Kempis, pero ha imitado á Cristo. No es un loco; es sí un héroe y un santo.

---



## Capítulo XIII

### *La fábula que Cervantes crea y parodias*

La fábula, invención por excelencia, según lo prueba la mitología, tejido el más complejo y fecundo que crearon la mente y la leyenda, ha pasado desde lo más alto que son los dioses del paganismo á lo más bajo, como los animales y objetos materiales, á quienes ha dado vida, lengua y entendimiento, haciéndolos así capaces de sensación y discurso. Al analizar el *Quijote* en este sentido, tomamos la palabra fábula como equivalente á ficción, ya que el *Quijote* no es más que un cuento largo y divertido, que trata de las aventuras de un loco; loco de cierta catadura, en donde está el intrínquilis de la obra.

Sólo existió el protagonista en la imaginación de quien le crea, pero parece real y vivido, sin que le falte detalle alguno, en tanto grado, que precisamente por eso, le consideramos los españoles como nuestro verdadero prototipo. De ahí en gran parte nace su mérito, amen de haberle pintado con tal perfección, que no hay en su historia ápice que el autor olvide para hacerle realista y creíble. Así que como se le ve y palpa, la imagen le salió perfecta, pues el arte, en ese convencionalismo precisamente se basa.

No cabe negar que Cervantes aspiró á concluir una obra grandiosa y de resonancia, vistos los intentos que le guían

y en el prólogo enuncia, pero de ese su propósito, á que la humanidad al unísono, conteste que lo ha logrado, hay enorme distancia. Y debió mitigar mucho sus pesares, tal persuasión, cuando por el éxito alcanzado y las varias ediciones hechas durante su vida, llegára á convencerse del universal aprecio. Es injusticia acusar á sus contemporáneos de no haber dado valor al libro, quizás hoy no hubiera ocurrido otro tanto. Revilla rechaza esa acusación, con su buen juicio.

Lo raro de este libro es que forjando el autor un tipo fingido, tal que parece debíamos desecharle como imposible y absurdo, por lo mismo que no ha existido; nos cautiva hasta tal punto, que lejos de eso, le consideramos como le viésemos y tocásemos; y en esa proporción entre la imagen aparecida como real y palpitante en la fantasía del autor, y lo bien que el protagonista responde á la potencia creadora, porque sus actos le sensibilizan para nosotros, está el reposo del entendimiento que se aquieta con gusto y sin protesta, á pesar de verle ficticio.

El mas sutil análisis metafísico de la obra no puede exigir más dentro del dominio del arte, la cual se nutre y toma vida por la imaginación, ni cabe reproche en el verdadero filósofo por encontrarla sin cimiento.

Cercenamiento terrible sufriría toda literatura, como de ella se restarán las obras de inventiva; absurdo que, si prevaleciera, concluiría por aniquilar ese gran caudal de belleza.

Ya creo haber hablado del caballero lo suficiente, para delinear su carácter, sin que aquí el lector necesite de mas pormenores.

En lo relativo á Sancho Panza, mas bien parece tomado

del natural, y no hijo de una fantasía exuberante. Su torpe inteligencia, su mucha ambición, su gran haraganería, le incitan á seguir y servir al amo que ha escogido.

Como buen español, cree tener alientos para ser eminente político, aunque es muy rudo patán. Cuando camina, come despacio montado en su rúcio, y empina la bota con tanto gusto, «no se acordaba de ninguna promesa que su amo le hubiese hecho, ni tenía por ningún trabajo sino por mucho descanso, andar buscando las aventuras, por peligrosas que fuesen». El duro trabajo de la tierra y el mal pasar del campesino en España, á mas del espíritu maleante y la seducción que ejerce la vida aventurera, se avienen tan bien con nuestra índole española, que Sancho parece un sábio al buscar la felicidad por ese camino, porque dentro del servir, no cabe más honra, mayor descanso ni mejor retribución.

En punto á la belleza de Dulcinea, que parece problema sugeto á solución, el lector se halla indeciso para concedérsela; diga Don Quijote lo que quiera, la hermosura es rara y no muy vulgarota, como los demás, que no son él, la consideran. Por lo que de juicio propio dice el autor, se la supone, «no mal parecida». Ahora, como dama de ilustre caballero, resulta grotesca y es una personificación del tipo de su amada, que todo enamorado se forja, y mas siendo platónico. El enamorado casi siempre es un camueso, y no ve en la mujer los grandes defectos que tiene, con los cuales suele salir descalabrado; pero si estuviere bien puesto, el amor es lo mas noble que el corazón puede acariciar.

Es difícil caracterizar mejor á los personajes secundarios que intentaron sacar al héroe de su manía, alimentándosela y llevándole el humor; por temer, si le van de frente á la

mano, que su intento se malogre. Natural es, por no haber nada en nuestras costumbres mas comun, sino hallar en un pueblo de corto vecindario, como amigos del hidalgo, hasta por necesidad de convivencia y de sociabilidad, al cura, al barbero y al bachiller, con mayor razon, siendo pequeño el lugar.

Aunque el autor así no lo describe, es lo ordinario que tuvieran una ó varias entrevistas ó sesiones, y se dijese entre ellos: Nuestro buen hidalgo y excelente amigo, vista su desatentada afición á los libros caballescicos, ha tomado en sério sus extravagancias; procuremos disuadirle y pongamos para ello cuanto esté de nuestra parte, á fin de que retorne á la vida tranquila, siquiera ello nos cueste sacrificios. Y en efecto, lo ponen por obra, con suerte vária en las distintas tentativas.

Es tambien muy natural que el intento se les frustre la primera y segunda vez, y lo tengan que repetir, hasta conseguirlo al final; pero cuando el héroe ha cumplido su misión, y para que el autor prepare mejor el desenlace.

Ni por eso se crea, como algun crítico asegura, que Sancho represente aquella sociedad metalizada, y el bachiller á los letrados noveleros, ni el cura á los clérigos llenos de prevenciones contra la caballería, nó; nada de eso me parece exacto. Ni el tiempo en que vivió Cervantes é hizo vivir á Don Quijote, fué metalizado, como el siglo pasado y el presente, ni casi nadie, sino los avaros, que siempre lo son de suyo, eran fervorosos adoradores del dinero.

Al revés; la nación nadaba en la opulencia. La cuasi totalidad de sus moradores, vivían bien en España, por ser dueña del mundo y nutrida con los ricos productos de las



Indias, verdadera fuente de oro que la enriquecía, á pesar de todas las guerras. Florecientes estaban la agricultura, la industria, el comercio y la marinería; contentas la clase media y baja, porque no faltaba lo suficiente al sustento, y era desconocida la lucha entablada despues por la despiadada economía política, que trajo el socialismo en sus entrañas, con la presente exacerbacion de los ánimos.

Ni es exacto tampoco la prevencion del clero contra la caballeria, institucion ya entonces enterrada, que solo pudo sobrevivir en la novela y literatura legendaria, como pueblo el nuestro semi-oriental, por el atavismo árabe, que era imposible separar de la raza, un siglo ó poco mas, de consumada la reconquista. En fin, la clase letrada repartida entre el convento, la Universidad y la curia, tampoco estaba, como se pretende corrompida, sino que por el contrario, era honrada y hasta escrupulosa.

Alegre la juventud, por el brio de la edad, lo hermoso del cielo y del clima, y por nuestro carácter impropio para la murria; con corta provision en el estómago, pero idealista, organizadora de tunas y comparsas, saturada de aficiones poéticas, como Cervantes lo hace notar en esta y sus demás obras, eso no lo estorbaba para llegar á la madurez, sensata y seria. El pueblo vivía á gusto y paladeaba el romancero; la empleomania era excelente; el clero ilustradísimo, ejemplar en lo general, y lleno de celo y firmeza por el dogma; los obispos, verdaderos colosos, y la magistratura intachable. Todos tenían respeto al derecho ajeno, para que los demás les respetasen el propio, y para quien se desmandára, las autoridades y tribunales se lo hacian reconocer, á costa del bolsillo ó del pellejo del infractor. ¡Ojalá nos hallásemos hoy

en una paz de espíritu semejante á la de entonces! Bien podemos presentar á nuestra sociedad del siglo XVI como dechado de sociedades armónicas y bien concertadas.

Para que nada le falte, el *Quijote* ha sido atacado y vilipendiado, por envidiosos primero, por adocenados despues, y siempre lo será por los hombres de espíritu estrecho. Las diatribas contra él, comenzaron, segun algunos de los biógrafos declara, áun antes de que se publicase la obra. Un envidioso ilustre, Lope de Vega en persona, es á quien se le cuelga, con mas verosimilitud, el milagro de haber adoptado el pseudónimo de Avellaneda, para hacer la primera parodia, que otros creyeron antes, era un tal Padre Aliaga. Más aquel carga con el sambenito, por haber manchado su nombre con el veneno de la calumnia.

No he querido leer el *Quijote* de Avellaneda y me bastan para juzgarle estas dos cosas que supe á raiz de cursar literatura, motivo que me retrajo, á saber: que hace parir á Sancho Panza, tornándole *hembra* y que encierra al héroe en un manicomio, para que en el se muera. Cosa mas burda ni disparatada, no cabe sino en una cabeza huera. Se necesita toda la aberracion de que es capaz la envidia é ineptitud, para forjarse ideas tan absurdas ó por mejor decir, tan nécias. Al tal Avellaneda, con eso se le juzga: despreciándole. Ya el noble corazon de Cervantes, aparte de recriminarle accion tan fea y baja, se tranquiliza; diciéndonos, que si la parodia no vale, en sí misma lleva su descrédito. Así piensa un corazon generoso, á quien le tienen sin cuidado todos los detractores y plagiarios.

En el siglo XVIII hubo un adocenado, igualmente procaz, aunque mas ignorantón, que dijo ¡apága, y vamonos!

era el Quijote baldon y deshonra de nuestra literatura. En esto se conocen las grandes obras de arte: en la persecucion y saña de los pedantes indocumentados.

Hasta los extranjeros han querido naturalizar algun Don Quijote en su tierra, y había de ser francés el autor de semejante horror. Así salió él. Tienen los franceses, cuando nos juzgan, algo de lo que achacan á Victor Hugo, que al morir, decía, segun un periódico:—«Veo luz negra». Todo lo embrollan, tergiversan y confunden, haciendo que nos riamos á mandíbula batiente, de sus grandes extravagancias. Esa de su Quijote, es uno de los mayores desacatos que pueden cometerse, contra el excelso caballero, bien que harto despreciable tan disparatada parodia.

Dejando á un lado esas y otras sandeces, escritas sin duda, con ánimo de singularizarse, y que todas irán á los antros del olvido, dejándole al *Quijote* florecer lozano, terminaré este capítulo haciendo una pequeña indicacion de la crítica hasta hoy hecha sobre él.

Como el libro rey, tenía que ser aquel que mas polémicas suscitase y sobre el cual se llevarian á cabo mayor suma de trabajos, de índole distinta, segun las aficiones de los millares de cervantistas; cuyo aprecio de esos trabajos, ha sido segun el número de partidarios. Muchos tienen opiniones apasionadas, otros conjeturas atrevidas, alguno extravagancias verdaderas, y no faltan los de apreciaciones caprichosas.

Encontrados los pareceres, cada uno le ha juzgado á su manera, y aunque poseemos trabajos valiosos, estos son los menos, y de los literatos conocidos.

Tres son, á mi juicio, los que mas llaman la atención;

porque esos críticos le juzgan, uno en el conjunto: Revilla; otro en los detalles, Clemencin; y el otro á la vez en los detalles y en el conjunto: Hartzenbusch. Las notas de este último, no siempre atinadas, porque son muchas, hacen ver al literato concienzudo, que al creer, en lo principios, y tomar á Cervantes como rival de Homero y original como este dice lo que siente y prueba su perspicacia. Las de Clemencin, que tambien son notas, están mas apegadas á la letra, pero es labor apreciable y sensata la que hizo. Revilla en fin, para no citar otros que lo merecen en verdad, es el sintético ilustre, que estudia la obra en su mas alto y transcendental aspecto, y atina tanto al encontrar en el simbolismo la interpretación genuina, que para mi su trabajo, és, entre todos, el de mayor importancia.

Estos tres autores son los que estimo mas dignos de mencion especial y los principales que deben leerse, y áun los únicos, para quienes no quieran emprender tareas mas dificultosas y áridas, sólo propias del erudito; ó llenar su inteligencia de fárrago indigesto, que la perturbe, extraviando el juicio sano.

Por supuesto, como la crítica es obra de la ilustracion y del buen gusto, quien tenga estas dos cosas no necesita de andaderas, y de hoz y coz puede engolfarse en la lectura, seguro de penetrar su alcance, sentido y transcendencia que tiene.

Excusado es advertir que amenísimo y deleitable le encuentran todos: el vulgo lo mismo que los sábios; con la diferencia de que al vulgo le parece Don Quijote un loco imprudente, arriesgado y sin atadero, mientras que el hombre sensato y reflexivo, le ve como un héroe simpático, lleno de

belleza moral, sublime en su proceder, y penetrando su sentido oculto, halla abundante y provechosa enseñanza. Es un paladin, que se ostenta ridículo á simple vista, vencido y fracasado; mas á pesar de eso, lleva la palma y se cubre de gloria.





## Capítulo XIV

### *La sátira y lo cómico que contiene.*

La sátira del *Quijote* tiene una genialidad especial, que no se puede confundir con ninguna otra, áun haciendo la comparación con todas las demás. No con la griega, por ser esta demasiado punzante, ni con la latina, culta en Horacio cáustica y alguna vez grosera, en Platon; amplísima en Juvenal, cuyos cuadros ponen de relieve toda la abyeccion y bajeza que hay en aquel corrompido Imperio, y en su cabeza que es Roma. La sátira francesa, tan diferente de la nuestra, que con ella apenas si tiene otra semejanza, sino la de estar en un mismo género literario comprendida, tampoco se parece á la del Don Quijote, porque si aquella reviste asombrosa variedad de matices (carácter comun de lo satírico, peculiarmente considerado), carece de su sello genuino, por ser esta franca noble y abierta.

La del siglo de Luis XIV adopta el tinte de fina y atilada; en el XIX en cambio, reviste tonos diversos, siendo en Víctor Hugo brillante, cruda y escandalosa, en Dumas y Zola; fría y excéptica en Balzac, quien la diluye en su narrativa y en el abominable fondo moral de los personajes cuyas costumbres trata. No es tampoco equiparable el *Quijote* con la amarga y reflexiva sátira alemana, embutida en su ambiente filosófico nebuloso, y hecha en son de protesta,

á veces llena de dudas y triste en el fondo; ni en fin, con la italiana, que á través de la dulzura de la lengua, conserva cierto dejo sombrío y agresivo, en ocasiones titánico.

La sátira de Cervantes no es nada de eso. A pesar de ser el género que forma lo mejor de su patrimonio intelectual, así en la prosa como en el verso, el carácter maleante, seductor y festivo, predomina en toda ella, y si bien toma las múltiples formas, cuyas tesis desarrolla en sus novelas, exclusiva es del *Quijote* la expresada, aunque nunca deja guiar su pluma por la acerbidad ni la dureza.

Al revés: Cervantes como satírico es insinuante, dulce, censor que excita, ora la sorpresa, ora la reflexion, ya alguna vez la sonrisa picaresca, y casi siempre la admiracion y el entusiasmo, por la sinceridad que reviste. Vapula porque no puede menos, como todos los satíricos; pero cuando lo hace, no duele, y lo que menos le gusta es sacar sangre. En medio de sus burlas, justifica aquello que anatematiza, lo ve hijo de la debilidad humana, y reprende con la sal del chiste, sobre todo en el *Quijote*, pues en las otras novelas donde tan diferentes problemas resuelve, es crítico docente, más no acerado. Para citar algún ejemplo, dentro de lo vasto de su campo, pues en la novela de costumbres, ya dije que es gran maestro, *Rinconete y Cortadillo* traza un asunto terrible, que parece mentira le desenvuelvan dos pilletes, ayudados por un director perverso y la canalla malandante. Descúbrese en su contenido el propósito de crear una asociacion antisocial, impropia de aquel siglo, y precursora de esas terribles sectas que después hicieron tantos estragos por medio de las sociedades secretas. *El Celoso Extremeño* no puede tener enseñanza mas amarga, ni retratar carácter mas sombrío, y con lo



repulsivo y espinoso del asunto, que es lo ordinario nos lleva al terror, allí es al revés, pedimos la conmiseracion y notamos la desgracia hija de la ligereza, porque los celos son la pasion mas suspicaz.

No es objeto de este mi libro criticar al por menor las obras de Cervantes, sino la mejor, apartando las demás; y aduje esos dos testimonios, para corroborar el aserto de que nunca es sangriento nuestro eminente satírico. Ni excéptico como Larra, ni agresivo como Selgas, ni tan entrometido como Mesonero, va por senda mas llana, sin llegar á la malicia del *Gil Blas* ni á la astucia solapada y cruel de *El Lazarillo*. Risa y asombro nos causa tambien Quevedo, el único rival temible que tiene Cervantes, en el género satírico; pero aquel es muchísimo mas mordaz y anfibológico, y éste mas inocente y mas claro. Quevedo tiene acaso pincel mas firme que Cervantes para trazar los valientes rasgos de su sátira, y mayor abundancia de recursos para darla colorido; pero esa misma energía, aunque parezca extraño, le hace menos intenso; y le tengo por mas vulgar y de menor elevacion que al manco de Lepanto. Los contrastes de Cervantes no necesitan que la inteligencia medite, y nunca es tan sañado como Quevedo, que á trechos tiene regocijo, á trechos es indignado, y en ocasiones, deja de ser limpio. Quizás porque Cervantes tiene más amplitud en su alma.

Es sí Quevedo como Cervantes, naturalista en el arte, pero el realismo de éste, nunca da paso á lo indecoroso. Aunque la índole del *Quijote*, la vida génio y carácter del autor, le fuercen á sensibilizar las cosas, jamás puede motejarse de descocado. En la venta con el arriero y en el coloquio del batán, hay que dar nombre á las cosas y ponerlas

como son, y véase así y todo, la habilidad con que rehuye la grosería, de esas acciones groseras, en el primer caso, haciendo que soltemos sonoras carcajadas; en el segundo, en medio de aquella situación semi-trágica, pintando un escudero insolente para la necesidad, un amo que le disculpa por creer al miedo autor de la fechoría, y, el espectador entre tanto, viendo á los dos, se cae de risa. Y es porque Cervantes tenía sobrado buen gusto para ser inmoral pornográfico ni escandaloso.

Por eso su realismo no tiene nada de perjudicial, como el moderno, tan insolente y atrevido, que sonroja á un sargento. De ahí que los prudentes anden cuidadosos para no poner tales producciones en manos de seres inocentes, como nuestras hijas son en lo comun, y obran en ello con muchísima cordura. La disipacion de la mujer, su génio díscolo y anti-cristiano, cuyas consecuencias estamos tocando, y quiera Dios no vengan á parar en la ruina del sexo y consiguiente proscripción ó al menos retraimiento para el matrimonio, por aquello de *el buey suelto...*, es debida, en gran parte, al veneno que absorbió con la lectura de novelas y escritos libertinos. En cambio, *Don Quijote* es libro bien inofensivo para las damas; que suelen encontrarle cansado, salvo las de chispa ó de superior ilustracion (por cierto rarísimas) que le hallan entretenido, mas á nadie le perjudica su doctrina. Bien es cierto que tampoco saca á plaza las asquerosas llagas que aquejan á la sociedad, pues aquella que retrata, no las tenía tan repugnantes como ahora.

Escollo es de lo satírico, pecar en lo exagerado, mas Cervantes siempre le huye. Si miramos al *Quijote* en su innumerable variedad de tipos, jamas hallamos ninguno que sea, no

digo monstruoso ni falso, como los de tantos otros novelistas y dramáticos, que no saben tomarlos segun los da el natural; defecto imperdonable, bastante por sí solo, para hundir la mejor producción; sino ni inverosimil siquiera. Y es cosa pasmosa, entre tantas personas como registra, ó cuya filiacion nos da. Este es para mí otro de sus méritos, donde tan difícil es mantener en todo la exactitud. ¿Y en las situaciones de los personajes? Ninguna resulta violenta ni falsa, sea cómica ó dramática, alegre ó terrorífica, normal ó anormal, todas estan justificadas dentro de las premisas, por las que nos informa. Escenas hay de tanta precision y nitidez, que uno mismo, al leerlas, parece estarlas viendo y que el autor le traslada al sitio donde ocurren. Léase el cap. XXIX de la primera parte y se palpan en él la mula falsa, los gestos y muecas del barbero; su solicitud, repuesto del espanto, para acomodarse la barba; la creencia en el ensalmo, harto mas eficaz que el de Fierabrás, la risa de Cardenio y de Dorothea contenida, y los trasudores del héroe, con los finales apóstrofes del cura.

Tal es la sátira individual del *Quijote*; sí analizamos la social, el autor hace que toda la sociedad gire por decirlo así, alrededor del protagonista; desfilando ante el lector, con marcha mas bien acompasada, para que ello le entretenga, que no vertiginosa ni violenta; tipos y personas, ideas y afectos, leyes y costumbres, instituciones, manías, empresas y extravagancias, cuyo objeto es segun los casos, vano, parcial, incompleto y defectible, como todo lo del mundo; mientras que su idea y propósito, en el héroe, son siempre firmes, fijos, constantes, obedeciendo á un sólo fin superior, ese gran génio, vestido de loco, que sale á plaza para ser la irri-

sion del mundo, escarnecido y ultrajado como todo redentor nuevo. Imita, en lo humano, al divino Modelo y siendo pobre pecador maniático, irá un día á formar parte de la aristocracia celestial, nutrida con los hombres de bien, que tienen claro entendimiento y noble corazón. Por aquí se colige lo sublime de la sátira cervantina, en esta obra, para quien quiera que reflexiona.

He dicho que fatiga el exámen y análisis de este libro, y ello resulta muy exacto, pues lo más chocante, despues de remontarse uno á cumbres tan altas, es lo cómico, cuya traza tiene todo él, y dentro de cuyo marco, el cuadro está medido, pues la risa surge como abundante cosecha sembrada por el autor en toda la obra. A la invencion la preside la idea del ridículo, trasladada en la locura del caballero, y en el contraste que nos la trae, por las relaciones y circunstancias en que la pone

El lector que no abdique el sentido comun, no puede menos de confesar que tal locura es real, efectiva, sin atenuación y constante en su móvil principal. El contraste se realiza en todo lo que el héroe toca y donde mas resalta, es en el forzado coloquio con su escudero, que ama y prefiere todo lo contrario. Como los lances son tantos, la risa sobreviene por modos distintos y en lugares diferentes, segun el gusto, temperamento y aficiones de quien lee; salvo cuando la carcajada es irremediable, y entonces á todos nos coge. Nos acomete á lo mejor, porque los sucesos la traen, pero tambien hay ocasiones en que sobreviene cuando menos se piensa, y, repitiendo la lectura, nos asalta en pasajes que quizá no llamaron la atencion la primera ó la segunda ó la décima vez. Si en España notamos mejor su colorido lo-

cal, no por esto los extranjeros dejan de gustar sus muchísimos chistes. El contraste tambien resulta porque la exaltada imaginacion de D. Quijote, todo lo trastrueca.

Para concluir diremos que, sea cualquiera el concepto que de lo cómico forme la Estética, como ciencia, y vistas las definiciones que para fijarle han dado los técnicos, cualquiera de ellas que se tome, y eso que son muchas, y de su análisis hallamos que en todas hay fondo de verdad, siquiera no sea plena y completa en alguno la nocion, por pecar de parcial ó de ver lo cómico bajo un solo lado; al *Quijote*, á pesar de todo eso, le cuadran muy bien los atributos que dan á lo cómico tales autores.

Esta es la mejor prueba de que la obra es eminentemente cómica, á más de que el autor quiso hacerla así y expresamente lo consigna; en cuanto al lector, ya dije que desde que empieza el libro hasta concluirle, el regocijo no le deja un momento.

Pero tambien es cierto que sin perder nada de su ideal artístico, es de carácter eminentemente práctico y humano.

Fuera de que nadie, como Cervantes, supo adecuar el sabroso chiste que nuestra risa excita, ni abandonar el lado cómico; es quizá, sin su autor pretenderlo, una de las obras mas serias y reflexivas que en la literatura se hayan escrito. Sin ser filósofo profundo, su buen criterio le indica lo suficiente que es el contraste para despertar abundante y sólida meditacion, de lo que somos ante nosotros mismos, y ante el mundo que nos juzga. Un loco sublime, que quiere reformarle, y un mundo que de él se burla por no entenderle. Un hombre que padece eterna persecucion por la justicia á la que todo sacrifica; y el mundo, que precisamente por ello,

le maltrata. Un héroe que asume para sí, á destiempo la caballería, cuanto otros muchos lo hicieron antes por moda y vanidad, y una época que le opone con ruda crudeza el positivismo predominante en todas, y no sólo de ella exclusivo; sin que baste á contaminarle, y eso que á su lado le tiene, el escudero campesino, que le sigue, como la sombra al cuerpo; al cual no expulsa, sino que le reprende, le persuade, le encauza y hasta le trasforma aquella rudeza que tiene tan apegada. Sólo el mundo sigue impávido su camino, sin curarse de la mision del caballero. Este se nos presenta extravagante, porque sin ello seria soso, sin tener nada de extraño; pero tambien sublime, porque arrostra el sacrificio, sin temor á nadie, y sabe que con esto, á Dios y al mundo sirve. Si este le paga con sinrazones y desplantes, Dios en cambio lo hará con creces.

---

## Capítulo XV

### *Los demas géneros que abarca.*

De muchos quilates es el oro que Cervantes va derramando con tanto lirismo y exuberancia en todos los paisajes, escenas y sucesos á que nos lleva como espectadores; pues ora nos suspende con lo grave y elevado de los conceptos siempre atinados, y eso que trata de tantos y tan diversos asuntos, ora nos hace gustar encantos nuevamente poéticos, que distraen y solazan el ánimo embriagándonos con apacible dulzura, aunque en aquellos tiempos suyos, no era conocida ó no tenía la aplicacion que ahora, esa máxima tan cacareada de «el arte por el arte.»

Porque en el *Quijote*, no hay fárrago, y eso que es libro de distraccion y entretenimiento, que se presta mucho á lo ampuloso y supérfluo. Hasta cuando intercala episodios largos é intempestivos, cual sucede en las historias, ya citadas, de *El cautivo* y *El Curioso impertinente*, sea cualquiera el juicio que de su oportunidad se forme, nunca desplacen, por estar vacías de sentido ni por el modo de contarlos. Es decir, que Cervantes á mas de ser elegante en la forma, en el fondo tienen sus composiciones, y mas esta del *Quijote* que analizamos, mucho meollo. Su buen sentido le dictaba que donde falta cuerpo en un escrito, no puede sostenerse ni aún el simple manto de frases, incapaz de cubrirle.

Es de notar que en el *Quijote* nos lleva á lo real por lo ideal y á lo ideal por lo real. Acaso en ninguna otra ocasion quepa aplicar mejor ese apotegma. Aunque hay algo de maravilloso en ese poema humano, que tiene tanto de épico, la realidad palpita por todo él, con traza que parece encubrir la misma invención. El ideal del caballero es siempre por la realidad perseguido, tanto que apenas si tropieza con uno que no trate de conculcarlo, y no obstante, sin conseguirlo. Quien se le opone, se estrella contra la fuerza de su manía. El mismo Sancho, con todo descaro, le llama loco, cuando cuenta lo que le acaeció al héroe en la cueva de Montesinos, que nadie ve claro sino su extraviado entendimiento. Ese ideal que persigue, es una quimera; mas los mismos que quieren hacerle desistir, tienen que acomodarse á él y seguirle, si han de salir con su plan adelante.

El sobresaliente mérito del *Quijote* está en pintar la naturaleza, la sociedad y el hombre con tanto realismo, siendo un libro eminentemente idealista. Ni ya solo el actor principal de esa obra cómica, es quien lo demuestra con su manía tan subjetivista; cuando objetivamente trata, por ejemplo, del amor, le hace se manifieste siempre idéntico á si mismo bajo mil formas diferentes, ya tome cuerpo en este ó en el otro personaje, ó bien se manifieste en selvas, montes ó caminos, en posadas como en alcázares, en cuevas como en palacios, bogando por el mar, ó en tierra firme, y bien en prosa ó verso lo esponga, siquiera los versos del *Quijote* sean mas correctos que inspirados, por lo comun, aunque tambien los hay buenos.

Pero como el objetivo de este capítulo, si nuestro estudio no ha de pecar de incompleto, es recorrer los demás



géneros literarios que abarca el *Quijote*, ahora nos toca decir algo del bucólico, descriptivo, epistolar y didáctico.

La cualidad predominante en la poesía bucólica es la candidez, á que convida la contemplacion de la naturaleza virgen, y la llamo así, porque no la contamina el mal moral. Cuando el veneno de la perversion humana penetra en las moradas campestres, ya no hay en ellas poesía dulce, sencilla é inocente, como lo es la bucólica; exenta de malicia, y tan emparentada con la lírica, como distante de las otras. La pasion es buena para la tragedia y el drama, sobre todo cuando es desordenada, violenta ó con falsía; pues si bien es cierto ser el mundo gran teatro de todos los hechos, la bucólica sólo se inspira y escribe en y para los corazones sencillos. Bueno que la epopeya cante el ardor bélico y el rencor vengativo, con acentos de intensidad arrebatada, incompatibles con la dulzura; la bucólica será siempre la delicadeza expresiva, sin ese dejo amargo con que lo épico y dramático nos sobrecogen.

El autor de *La Galatea*, no podía menos de trasladar al *Quijote* trozos selectísimos de bucólica sazónada, con idéntico aparato y gallardía, que en los demás géneros demuestra. Lo mismo, ó más si cabe, divierte el *Quijote* al principio que al fin. Igual maña se da Cervantes para pintar los ardores bélicos de su dueño, que para ensalzar al final, las aficciones que le vienen de ser pastor. Con igual maestría reseña, pondera y embellece, las contrapuestas profesiones de la vida campestre y militar. Aquí se prueba principalmente lo extraordinario de su génio, tan universal como clásico; todo lo sazóna y encumbra.

A pesar de lo extraño, nuevo, desusado, anómalo y ma-

ravilloso que contiene la historia de Don Quijote; con tantas sandeces, extravagancias y locuras como cuenta; nunca resulta cansada ni fastidiosa, ni las transiciones son en ella bruscas, y Cervantes se excede en su natural gracejo, tan discreto como gustoso, á causa de lo variado. Se dirá que el contraste es vivo, cierto; pero también asombran su desenfado y buen juicio; sin ellos van muchos al fracaso.

La bucólica del *Quijote* es mejor para leída que para ponderada. La emoción del lector, que va, no interrumpiendo, sino todo seguido, parece un compás de espera, puesto con todo arte, entre lo bélico y ardoroso de ciertas aventuras contundentes ó sangrientas. El sabor agradable para el alma, también se gusta mejor que se expresa. Al final, después del tráfago de las galeras y lo rudo de la última pelea, es hermosísimo que Don Quijote se resigne sin desesperarse y mucho mas aún, que triste contemple, á su regreso, el sitio de las redes verdes donde le agasajaron pastores y zagalas, fingidos y honestos, que le hacen presienta aquella feliz Arcadia de su aldea, donde piensa le van á imitar sus amigos y el mismo cura. Don Quijote no se desespera, y aparece tanto más grande, cuanto se le ve mas humilde.

Como el *Quijote* recorre todos los géneros, sin pertenecer genuinamente á ninguno, segun ya hemos dicho; no solo de los expuestos, sino de otros que esboza y anuncia, habría que tratar lo mismo, pero del epistolar digamos tambien algo.

Pocas cartas hay en él, pero véase si cabe en las que contiene, mayor sal. Es particular que todas las dicte la misma pluma, suponiéndose escritas por personas de diferente jerarquía y condicion.

Todas son así mismo discretas y oportunísimas, y prueban tanto la flexibilidad del ingenio de quien las escribe, que aquella letra *primera de pollinos* girada á cargo de su sobrina, sin firma alguna y la orden de Sancho Panza, no pueden olvidarla ni reirla más, juristas y comerciantes. La expansión con quien se habla, tan propia, del género epistolar, el mas íntimo que hay, está tan bien reflejada en las cartas del *Quijote*, que pocas en número, como lo son, pueden considerarse verdaderos modelos. El subjetivismo exclusivo, y lo descarada que es la pluma, cuando escribe á solas, la verdad escueta, que sabe no será pública, se manifiestan en las recíprocas epístolas que se dirigen los Panzas, marido y mujer, en la segunda parte de la obra.

Esas, como las otras que contiene, están llenas de donaire y son tan precisas, que solo se dice lo que se quiere; ni mas ni menos, huyendo las redundancias, tan propias de los ignorantes, aunque se suponen escritas por personas humildísimas, para conservar el recomendado laconismo.

Ademas, todas son hermosísimas, elegantes é inspiradas por la situación peculiar de la persona que las dicta, cuyo estado de ánimo reflejan. Cervantes en ellas demuestra una cosa: que para bien redactar no es necesario saber escribir, y la práctica confirma que el buen estilo, la razon natural ni el sentido comun, no son patrimonio exclusivo de los instruídos y literatos; también le tienen los rústicos, con giros, arranques y movimientos que muchas veces nos dejan pasmados. ¡Quien podrá creerse vinculador absoluto del ingenio!

Vulgaridad es afirmar que el *Quijote* descriptivo es eminentemente bello, y harto difícil para el buen gusto, señalar

á cuáles cuadros del libro, da la preferencia, ya que á todos los ve animados y sobresalientes; allí todos hablan al alma con viva elocuencia, harto mejor que los contemplados en esas exposiciones modernistas, donde, la inmensa mayoría, tienen expresion tan menguada, y eso que la pintura es arte plástica.

No se sabe donde Cervantes es mas poético y preciso; si al pintar las fases del alma humana, encarnada en las muchísimas personas que tan gráficamente retrata, en sus aspectos moral y físico; ó cuando su buril dibuja las variadas escenas de la naturaleza y de la vida, que luego con tan hermoso colorido realza. Y es lo chocante, que da tantos y tan atinados consejos, para saber portarse y conducirse en los diferentes trances en que podemos hallarnos, que si se retienen ese linaje de enseñanzas, podemos hacer de ellas frecuentes aplicaciones. Pero aún hay otra cosa mas maravillosa, y es que á veces todo lo junta, y en un mismo sitio, fulgura la belleza por todos los lados: la naturaleza, el paisaje, el modo como la adorna el hombre, las personas que la acción mueven, sus acciones, movimientos, gestos, palabras y actitudes, todo acude como potente foco de luz á aquella candente imaginación que lo fotografía y traslada lo mismo que sucedió. Sirvan de ejemplo las bodas de Camacho.

En la primera aventura le encuentro tan exactísimo, que solo me explico el profundo conocimiento que tiene de las personas que en ella figuran, suponiéndole una penetración verdaderamente asombrosa. Parece que ha vivido treinta ó cuarenta años entre ellos. El descuido de aquel criado, acusado con razón, de tenerle; la felonía de aquel amo, y la fidelidad en la pintura, con cuatro rasgos trazada; es con-

junto tan vivo, que materialmente está hablando. El criado, mal nacido, por desagradecer el beneficio, que si se torna en su daño, de ello no tiene culpa el caballero, segun despues se la achaca; el amo ruin, cobarde, avaro y cruel. Ambos pillan á Don Quijote cuesta abajo y le empujan para estrellarle, éste cuando le ve que huye y no vuelve, vengándose; aquel por creer que los señores presentes, cuando relata lo sucedido en el caso, no dejarán que el *desfacedor* le castigue su desvergüenza. Hasta el sahumero (1) dichoso, para que no le falte al cuadro el detalle del fanatismo.

Dejando á un lado la elocuencia del *Quijote*, por creer que el lector la puede enseguida apreciar, bastándole con leer, terminemos este capítulo diciendo algunas palabras sobre su narrativa, y preguntando ante todo: ¿Es el *Quijote* verdadera historia? El autor así la llama, si bien nosotros apellidamos biografía, al completo relato de la vida, hechos y vicisitudes acaecidos á una persona. No lo es ésta, de Don Quijote, pues sólo se ocupa de *parte* de los ocurridos al héroe, única fase que para la humanidad tiene trascendencia, pues del resto de su vida, poco la importa. Si el autor no puede menos de referir los antecedentes de su persona, cuatro rasgos magníficos del primer capítulo, le bastan para ponernos al tanto y dejarnos satisfechos.

Tampoco Cervantes adolece de impropiedad al llamar *historia* á la de Don Quijote. Historia es la narracion de su-

---

(1) Se usa mucho del sahumero en algunos pueblos cercanos al Toboso, y servía para quitar el malificio atribuido á ciertas cosas, por el vulgo fanático y supersticioso. Las que se creían contaminadas, se ponen al contacto de humo aromático, producido con ingredientes olorosos, que se arrojan sobre la brasa. Hoy lo emplean como desinfectante, ó para quitar el mal olor, y vician mas con él la atmosfera cerrada que tratan de sanear.

cesos hecha con arte; ese es su objeto. Me replicarán que el nombre de novela es mucho mas propio; pero sin negarlo, le disculpo este pequeño defecto de nomenclatura, si tal se le considera, porque yo no lo concedo. Mas sea de esto lo que quiera, diré que la cualidad principal del *Quijote*, como obra narrativa, es la animación.

En la composicion de esa su historia, si así la llamamos, segun el lo quiso, Cervantes sigue las reglas que puede dar la mas escrupulosa preceptiva, para los escritos de tal índole. Unidad es el plan, que gira bajo un solo punto de vista, comun á todo él; descripciones oportunas y exactísimas, los personajes no pueden estar mejor dibujados ni ser mas sostenidos, ni las arengas que hacen mas juiciosas, dentro de la peculiar situacion en que el autor los coloca, advirtiendo que todas son interesantes y las reflexiones morales no cabe sean mas atinadas, breves, sólidas y sin profusion empalagosa. No lo necesitaba ni miró Cervantes ningun tratado de retórica, para seguir esas reglas; sólo el ingenio le guía, y con la fidelidad en la narracion, le basta para acertar.

Como escribe al descuido, no se cura de imitar á otros aunque historiador se le suponga, porque en rigor, no lo es. Así que no tiene la concisión de Tácito ni la estudiada elegancia de Salustio, ni la profusion de Tito Livio; no relata el mérito de personas ilustres, como Nepote, ni mezcla con parsimonia, como Julio César, la observacion subjetiva luminosísima, con la narracion sencilla y nada presuntuosa; porque Cervantes no es historiador ni aun cronista. Tampoco tiene la esponjosa amplitud de Mariana ni la parca y severa pluma de Solís ni menos el anatema del rencoroso Melo, nó; Cervantes es llano, abierto, sencillo, chistoso y exacto,

su narrativa es fácil y flúida; si divierte y nos regocija, si razona y nos instruye, no cansa ni nos fatiga.

A veces es sério, pero nunca sañudo; pocas aparece grave, porque su temperamento no es ese, y cuando la escena se presta, no es raro provoque la risa y bien sabe distinguir las ocasiones, para no ser extemporáneo. Alguna vez exagera, pareciendo que peca de cruel para con los personajes, pero en lo que atañe á Don Quijote, como nunca rebusca el chiste, que le sale al paso, sin esfuerzo, la impresion de apuro, la hace desaparecer pronto; no sin que nos quite el resquemor de alguna inexactitud, en ciertas aventuras donde carga la mano demasiado, para un hombre de no grandes resistencias físicas, dada la repetición de los lances peligrosos. Tambien sabe ser difuso, pero no resulta cansado.

Muchos son los sucesos tristes que presenta; pero la compasión que inspiran, aquellos á quienes aquejan, se mitiga en el lector con la esperanza satisfactoria de que tendrán sus desgracias la solución y bienandanza apetecida. Camacho, chasqueado por Basilio, se consuela pronto, á pesar de su fracaso; y el buen juicio le hace ver, es mas feliz, sin que con la hermosa Quiteria, despues de todo, mujer al cabo.

En el *Quijote* no hay vuelcos del corazón ni arranques desesperados que lleven al suicidio, entonces inexplicable. Por graves que sean los quebrantos sufridos en fama, hacienda, salud ú honra, si no cabe contra ellos la resignacion, que es lo mas comun, al menos, temporal, hasta que pasa aquel turbion; la muerte, el desengaño ó el arrepentimiento hacen su oficio, y la conformidad sobreviene

pronto, dejando al lector impresionado y conmovido, pero también tranquilo y satisfecho. Despechados con frecuencia los personajes, que así lo hacen ver en su modo de obrar, les templa el carácter ó la mudanza de fortuna ó el saber huir la situación que ese despacho ocasiona.





## Capítulo XVI

### *Por qué el "Quijote,, es obra universal*

En sentido lato, se llama entre nosotros génio, al carácter impreso por la naturaleza en cada uno; y es la raíz primordial de donde presumimos que arrancan la mayor parte de sus actos; los cuales, certificados por quien los presencia, ó de ellos tienen noticia, le dan sello peculiar, cuando se vulgarizan; y como lo que se siente no se encubre, áun los mismos desplantes y movimientos irreflexivos, sirven para que los demás nos califiquen, sin duda porque aquello se juzga que es connatural, cuanto aparece mas espontáneo.

Esto ocurre aun cuando nos domine una mania, que dentro de su extravío, conserva cierta lógica, siquiera este-mos convencidos de que el insensato no coordina, pues cuando lo hace, nos extraña.

Cervantes no columbra, aunque en su mente le fabrica, que su héroe, á quien pone flaco, débil, loco á medias, pues no quiere lo sea sino en sus caballerías, jactancioso, para hacerle mas visible, y con miserias de cuerpo y de espíritu, le verá la humanidad después, alto, fuerte, generoso y excelso, porque predica y sostiene aquello con que mas simpatiza, y es el ideal de justicia. Vencido, el lector que medita, le juzga victorioso; abatido y humillado, sube en el

ánimo su exaltacion: herido, le compadecemos; victorioso ó vencedor, le admiramos; vilipendiado, tachamos de indignos á los que le infieren ultraje, y no porque su locura sea divertida y temamos que se acabe, sino porque no la consideramos tal, como quienes le miran vacío de fondo, á la manera del autor. No atendemos como él al resultado, sino al intento, no nos arrastra la utilidad para juzgarle, sino la nobleza de su proceder. Ni el mismo autor ¿qué hubiera sacado de su prodigiosa aptitud, sino le lanza al campo para que la luzca?

Ni es su locura tan extraña que no domine á todos los hombres de verdadero génio, que ha tenido el género humano, aplaudiéndolos por lo mismo. Aunque lo singularísimo en el *Quijote*, es que se nos muestre original y exclusiva, siendo tan universal, comun y frecuente, que apenas si en la historia se lee otra cosa, sino el choque contra la sociedad, de cuantos intentaron reformarla. Que todos los hombres vivan y obren bien; que no se cometan entuertos, desaguizados ni atropellos; que tengan proteccion los desvalidos y desgraciados; que se enjuguen las lágrimas; que todo sea en el mundo prosperidad y bienandanza, ¿dónde se ha dejado de aplaudir bandera tan simpática? ¿Cuántos no perdieron la vida por seguirla? De aquí la universalidad del *Quijote*. Paladin de lo que cree más justo, se lanza al campo á sostenerlo, contra viento y marea, contra la negacion estéril de cuantos le calificquen de extravagante.

Que enfrente de los demás es impotente, y ¿eso que importa? ¿Se juzga de las grandes causas sólo por el éxito? Es mas: Jesucristo que es Dios y ¿lo ha podido conseguir? Si no quiso aniquilarnos y prefirió reducirnos con el amor, derra-

mando su sangre entre terribles tormentos y expirando desamparado en ignominioso patíbulo, ante la rechifla, insultos y crueldades del pueblo ¿hemos de engreirnos los hombres de poder lograr resultado mas ventajoso? Quiso atraernos con el amor, como Dios verdadero; y el hombre egoista de hoy, le quiere rey, déspota, dominador, terrorista, como aquel infame sanhedrin que le condenó, porque no llevaba el cetro con que abatir la dominacion romana, que pesaba sobre el judío, como losa de plomo. Hoy, como entonces, el hombre le dice que no necesita de su apoyo, y que se basta á sí mismo; que es Dios impotente, el que solo reina despues del sepulcro; que quiere el hombre gozar á todo trapo, sin que le avasalle el dogmatismo; que su razon le basta para hollar y humillar á la fé, y que aquí no tiene sino al César, único que por la fuerza ó el poder le puede encumbrar ó abatir y de consiguiente no quiere otro rey. ¡Desgraciado! Ya veremos adonde va con su mentido progreso y adelantos. Ya veremos si no despierta de otros pueblos el rencor, para que le domeñen con la esclavitud; ya veremos en fin como llena el vacío de su corazon despues de haber proscrito de la tierra á la divinidad de su único Salvador. Acaso tenga valor en el trance de morir, no lo niego, porque hoy veo muchos casos que van cada dia en aumento, para blasfemar por última vez, pero no se librárá de la indignacion de un Dios irritado, al que no pidió perdon ni aun en el momento final. ¿De qué le va á servir cuanto escandalizó? Se dirá que no tiene fé y que su inerte cuerpo alimenta la naturaleza voraz, para trasformarle en organismo nuevo; pero la centella de su razon, creada para fines harto mas altos que los del caballo, el perro y el cerdo, no podrá en vida protestar de que

un ser querido le envíe sobre su tumba una oracion, para no sumergirse en ese olvido letal, de que el hombre haye con horror; de esa idea del aniquilamiento absoluto para su ser y el de sus hijos, que es la que mas le irrita. Y si protesta, confirmará su impotente rebeldía.

Sí; Don Quijote sigue á Cristo como todos los grandes apóstoles del género humano. Su doctrina es luz, única verdadera que la mente ilumina, y aunque venga el japonés triunfando de un imperio caduco y cismático, como el ruso, siempre resultará que se acerca mas á Dios, por la abnegacion, el valor y el heroismo, que desprecia la muerte, á pesar de su creencia en Sinto; que el otro soldado, quizás seducido por un modernista intelectual, como Tolstoi ó aferrado á la defensa de un cetro tiránico, que intenta en vano ser dueño, hasta de la conciencia de sus súbditos. Quien excluye al Papa de las conferencias de la paz, y le humilla con la diplomacia, no extraña que padezca los sinsabores de la derrota.

Mas dejando á un lado intempestivas disquisiciones, en una crítica del libro que tiene menos saña, á pesar de inmensa trascendencia, digamos en conclusion, que nada importa no pueda Don Quijote llevar á cabo su cometido, cuando Dios mismo se sacrificó por los ménos, que son los elegidos. La libertad hace que el hombre proceda, como mas le agrada, pero esto no estorbá para que le subyuguen el bien y la verdad á que aspira. Si al elegir sufre engaño, suya es la culpa. Esta concepcion que es universal, hace que Cervantes lo sea tambien.

Mas no entraña en Don Quijote solamente la tendencia de ayudar al desvalido y el ultrajado, contra el opresor que

fuerte se ve, y por ello comete el desacato. Con el amor al orden que quiere prevalezca, nos invita á todos á enderezar hácia el bien nuestra conducta; además de ese noble impulso que al caballero le guía, se acomoda mejor que la generalidad, á servir á tan nobilísimo fin, tomando la ocupacion de proteger á los demás, sin distinción de personas ni países. Sea quien quiera el que de su apoyo necesita, el héroe le acompaña, hasta deshacer el entuerto cometido, por mucho que le cueste y aún arrostrando todo linaje de peligros. Esto patentiza que aquel noble corazón, sabe amar mejor; llegando, si es preciso al sacrificio de su vida, consagrada exclusivamente al servicio ajeno; por eso cree tener derecho al comun agasajo y respeto.

De modo que si universal es el tipo, por la amplitud de sus miras, lo es también porque encierra dentro de sí todo lo bueno que el hombre tiene, sea cualquiera el punto do nazca y viva. Así toma de nuestro carácter español lo arrojado y generoso, es emprendedor y comunicativo como el francés, grave y enérgico como el alemán, severo y frío como el inglés, dulce y atinado como el italiano, reflexivo y tenaz como el ruso. Alguna vez también es apático y sedentario, como el amarillo, por ejemplo al desistir de empresas que dice no le están á él reservadas, cual sucede á los prisioneros que supone en el molino ó deja impunemente mantear á Sancho; cosas ambas que á su modo cohonestas, y en cambio peca en ocasiones de osado y feroz, como el tipo negro, con lo que demuestra que de todos los hombres y razas tiene algo, y que sus hazañas no caben en el pequeño recinto de una provincia ni nación, porque el valor, el honor y el amor, son cualidades universalmente admiradas y el héroe las

vincula á sí, por lo cual es simpático y popular en todos los tiempos y países. Ciertamente que tampoco faltan en su conducta contrasentidos, pero esto corrobora que es muy humano.

Si del exámen del héroe, se pasa al conjunto de la obra, cada cual admira en ella, lo que mas le gusta, y es universal, porque no hay oficio arte ni profesion que con ella se desconozca, no en su aspecto técnico ni mucho menos total, porque sería absurdo pretenderlo; pero sí en algunas de sus aplicaciones, por las que relegamos á la funcion que en la humanidad desempeñan, ó las aplicaciones que el autor hace, para fijar la atencion segun su importancia peculiar.

Dije antes que no trata el *Quijote* de ciencia, pero sí que todo lo toca, desde la heráldica hasta el arte culinario, por eso es campo abierto á investigaciones múltiples y muchas veces adecuado solaz para que el técnico mismo se entretenga, leyendo el libro, con materia propia.

El militar se fijará en lo mucho que pondera las armas, á cuyo ejercicio se consagra, y el modo como lo hace; el retórico en lo que encarece las letras y en el tino con el que todas las composiciones critica, así en prosa como en verso; pareciéndoles á los dos, que Cervantes en tales asuntos, hasta fué un hombre estudioso. El teólogo y moralista admirarán el cuidado para no desbarbar en cuanto atañe á la religion y el escrúpulo en calificar la moralidad de ciertas acciones, como al decirle á Sancho tome los aparejos de aquel asno, cuyo dueño huye abandonándolos, como á su vacía, «si de ellos tenía *necesidad extrema*». El médico ve que no se engaña, cuando se le ofrece, al acaso, marcar las alteraciones fisiológicas, el político aquilatará los consejos que recibe y actos que realiza el escudero gobernador; el jurisconsulto

cómo falla los intrincados pleitos en la ínsula y fuera de ella, como el de aquellos labradores que le tomaron por árbitro; el noble quizás envidie el entretenimiento de aquellos ociosos duques; el enamorado goza con las mil fases que el amor toma; el filósofo contempla la seguridad de juicio con que resuelve árduas cuestiones, sin engolfarse en profundas metafísicas; el labrador, el artesano, el geógrafo y el marino, apenas si habrá nadie que no deje el admirar algo de su arte ó profesion en el *Quijote*, con tal maestría tratada, que profanos ó nó en ella, á todos nos encanta. Otros de sus títulos para hacerle universal.

Y no llama tanto la atencion lo profuso de los datos, para todas las materias que trata, como el acierto con que los coloca. ¿Habeis visto por ventura encarecer mejor lo que puede la ambición del mando, hasta en un rústico, cuando dice que á trueque de tenerle, basta se ejercite aún sobre un ható ó piara de ganado? ¿Y aquello de no estar satisfecha su sed ni contentarse con lo que en la tierra le puedan dar al gobernador, que pretende escalar hasta un trozo de cielo? Mentira parece que con tanta variedad de caracteres, paisajes, episodios y costumbres, se de cuenta el lector, insensiblemente, de aquella trabazon tan admirable, con que el autor todo lo domina y une, pues nunca nos extravía de la suprema idea que le informa.

El *Quijote* es además universal por haber pintado la humanidad tal cual es, encarnando sus dos supremas tendencias en los dos tipos que forman el contraste más oportuno y acabado. El idealista audaz y el cobarde y ruin positivista. Y ¡cosa rara! á pesar de estar tan bien sostenidos siempre, ambos caracteres y tan de acuerdo cada uno consigo, Don

Quijote se ajusta á la realidad, cuando le deja la manía, y Sancho tambien alguna vez se remonta á las cumbres del levantado idealismo. Mas no es por la influencia recíproca de sus lecciones y consejos que se dan el uno al otro; sino porque la naturaleza forma en el hombre un compuesto, de que el autor no se desentiende, por saber demasiado que quien la conculca, la falsea: Así pues los dos son españoles, cierto; pero tambien muy humanos.

Razas distintas, pueblos diferentes, civilizaciones opuestas, tiempos diversos; á través de todo esto se verá despuntar y sobresalir en el mundo una de estas dos tendencias, pero nunca reinando en absoluto, por esa autonomía que existe en el compuesto humano. A la edad media tan idealista, hasta en sus edificios ojivales, de columnas y arcos atrevidísimos, que quieren ir remontando, en su airosa esbeltez, la tierra, hasta elevarla á los cielos, siempre la domina ese idealismo seductor, que tan poética nos la muestra, en medio de su llamada barbarie. La música es sencilla, severa y sublime en el canto llano, la milicia se resume en la caballería, dechado de virtudes sociales impropias de tal edad, como nos lo parecen; la ciencia sutil y progresiva, aguzando el ingenio con las distinciones escolásticas, que la cimentan sobre bases incommovibles; hasta los pueblos caminando unidos al fin comun de abatir el poder oriental en su propia tierra, dejándole roer el hueso de aquellos mismos santos lugares que pretenden conquistar los cruzados, pero conteniendo á la vez el furor mahometano en invadir, al cual pusieron dique infranqueable aquellas expediciones repetidas y obstinadas que lucharon con obstáculos terribles. Compuestas con abigarrado conjunto de gentes, en-



contraron la traición y el abandono hasta en el mismo imperio bizantino, cuyo baluarte hubiera sido, á prestarlas él apoyo que jamas proporcionarán los pueblos corrompidos. Dos centurias después, caeria deshecho aquel coloso, con pies de barro, que los turcos con su maza de hierro, destrozán á los pocos golpes; sin que el occidente lo impida, en justa recompensa y como castigo condigno á su anterior comportamiento.

Y en cambio la época moderna todo lo cambia, reconcentrando con la fuerza que la monarquía toma, el poder dentro de las fronteras de cada estado, que hará bastante con defenderse de las agresiones con que viene preñada la reforma luterana, trastornadora de todo lo histórico. Con ella la humanidad cambia de posicion, no deja de combatir y la lucha se recrudece entre los antiguos pueblos de Europa que la Iglesia hizo hermanos y se tornan en rivales y enemigos. Ya no es la gran lucha de razas sino la pequeña y mezquina de dinastias y se empieza á columbrar que los pueblos quieren sacudir el suave yugo de Roma pontifical, cuyo poder, despues de todo, nada les pesa, y contiene el desafuero de los monarcas absolutos, erigiéndose las naciones en libre pensadoras y soberanas. Los reyes las ayudaron en la empresa contra los papas, pero esas muchedumbres descontentas, no se conformaron y vinieron á pedirles residencia, revocándoles los legítimos títulos con que estaban poseyendo el mando. Abdicaron el cetro pasando de absolutos á representativos, y vacilantes hoy en sus tronos, se les ve perderlos, porque el pueblo pide la república y es la forma que con su soberanía mas encaja.

Estas digresiones yo no puedo rehuir las, y volviendo al

asunto de que me distraje, repetiré que los dos supremos caracteres que el *Quijote* desarrolla son tanto mas bellos cuanto que ambos giran dentro de la órbita cristiana. Ni podía trazarlos Cervantes de otra manera, porque hubieran sido repulsivos entonces en España, no por las intolerancias de la Inquisicion que dejó pasar el *Quijote* y otros libros de su índole, sin pesquisa odiosa, como muchos quieren achacarla (y eso que la doctrina del libro es sumamente delicada y resbaladiza en ciertos puntos, así por su caracter satírico y novelesco que no se sabe donde apunta, como por algunas proposiciones de dudosa y discutible verdad y por no saberse si critica procedimientos entonces vigentes y admitidos), al revés de lo que está sucediendo hoy con esa burocracia y curia preeminentes, á las cuales si en un escrito ó exposicion ó simple artículo de periódico, se les dice que abusan y faltan, enseguida vienen con el *noli me tangere*, que á uno le confunde y hasta en la cárcel nos mete, por la inviolabilidad que se dan, acaso con la ley en la mano, esos petulantes esbirros, que tienen quizá en su toga mas ó menos mugre, ó que si les falta debieran disculparnos, ya que tanto de libertad se alardea.

Señores sectarios, amantes del mandil, que algunos acaso os le pongais, con relativa frecuencia, y con más entusiasmo del que merece, no calumniéis á la Inquisicion, baluarte de la pátria y de la fé; demostrad con la tolerancia que son todas las ideas iguales en derechos; no seais tiranos con los pobres indefensos, cuando la imprenta es un medio de publicidad para todos, y no os arrogueis el monopolio de la opinion. Si sois inquisitivos, para prevenir á los demás contra los católicos, ejerciendo la acusacion

por sistema, porque nos veis caídos, notad que nunca fué noble ensañarse con el desamparado, poniéndole en la picota del ludibrio. O al ménos, estudiad un poco más, y no en las fuentes envenenadas, lo que fué aquel instituto, harto mas humano y compasivo de lo que creen aquellos por la falsedad imbuidos, con injustificada prevencion contra él. Ningun español de aquel tiempo hubiera leído el *Quijote* con gusto, de haberle notado incurso en herejía. No necesitaba el pueblo de que la Inquisicion limitára su libre facultad para leerle en secreto, sin la supuesta intolerancia y la apasionada pesquisa, impropias de todo instituto sério, á mas de difícil de áveriguar, cuando el hombre se mete en su casa para guardarle con mucho aprecio, ya que debajo de su capa al mismo rey mata; basta excluir la fé, de un libro, para criticarle de sospechoso y el buen sentido cristiano le desecha, rechaza, proscribte y condena antes de que la autoridad, mas instruida que él, y obligada á velar por la pureza de doctrina y costumbres, en toda sociedad bien reglamentada, lo anatematice. El verdadero católico así ha pensado siempre.

Ademas, á los herejes se les temía, porque lo eran, como conspiradores; querian subvertir el órden, y la buena higie-ne social consiste en prevenir las enfermedades morales que al pueblo pueden acometerle. En nuestro suelo y en aquella época, sólo capciosa y clandestinamente podía introducirse la herejía. Si ahora se la da carta de naturaleza y ejecutoria de proteccion, allá el liberalismo con su pan se lo coma, pero si asentaremos que la nación se va deshaciendo y su independencia quizás desaparezca. En España la existencia del reino y predominio de la herejía, han estado siempre en razon inversa.



## Capítulo XVII

*Por qué el "Quijote,, es obra única.*

Lo primero que al lector instruido asombra, despues de concluida su lectura, parándose á meditar sobre el fondo del asunto, es la intuicion del autor, si siente que la tuvo; ó de nó, la inspiración, especial para él, acertando á dar en el hito, que señala para el mundo el cuadro de una época, mas diré, de una edad entera de la historia.

Como el *Quijote* es un gran poema humano, el cual, segun dejo asentado, abarca en la literatura todos los géneros; por fijarse el autor en la caballería, que resume toda la edad media, le da exclusiva y extraordinaria importancia, porque á mayor abundamiento la inmortaliza, cuando quiere ponerla en la picota del ridículo. La caballería, para las generaciones posteriores, se hubiera olvidado por el pueblo, de no haber un libro que la resucitára, estando ya muerta, y esa misión vino á llenar el *Quijote*. Que lo haga en forma grotesta y exagerada, que la ponga en solfa y nos la pinte risible y divertida, se lo disculpamos, por tomarla en su época de decadencia, pero ¿le aplaudimos por ello? Esto falta determinar.

Si el propósito fué reirse de la institución, la censura debe ser acerba y general; si como yo mas creo, se limitaba á proscribir la literatura caballeresca, que tantos disparates

y absurdos contenía, en tal caso se hace acreedor al comun aplauso. Yo no creo que Cervantes tuviese animosidad contra la caballería, sino que veo su censura circunscrita á la bastarda literatura en ella inspirada. Voy aún mas allá. No creo tampoco que nuestro autor se aproveche de la decrepitud que la caballería tuvo en su última fase de dominio, ya que en los buenos tiempos ostentó títulos sobrados para ser respetada; la puso en caricatura por verla incompatible con la sociedad existente. Es verdad que todo pasa; pero la vejez en los hombres ni en las instituciones que forman, para cumplir un fin social, y hasta humano si se quiere, porque la caballería realizó misión importantísima en la historia, no es motivo suficiente para que se la abochorne. Si la desacreditaron al final, las exageraciones, también fué genial y fecunda en su periodo de pujanza. El vulgo, que ve á Don Quijote anacrónico, forma la opinión que se deduce de su letra; pero quien está ilustrado por la historia, á poco que recapacite, no juzga á Cervantes tan insensato que anatematice la institucion, en el fondo. Si la exagera, es para que el pueblo la penetre mejor, teniendo idea de lo que en sus buenos tiempos fué; pero la aberración del héroe (si tal se la considera), da ocasión, al hombre de ciencia, para que averigüe su índole y los eminentes servicios que prestó.

El *Quijote*, pues, es obra única porque revela á la humanidad el contenido total de una edad entera de la historia. En efecto; tres grandes ciclos conocemos los que vivimos, y se denominan: el paganismo, el cristianismo y el humanismo.

La época que el primero abarca, es toda la antigüedad en pleno. Está caracterizada por el mundo mitológico, que

llena toda la vida humana en ese vasto periodo, y termina manifestando lo heróico, en el sentido de que los hombres también escalan el trono á la divinidad reservado. De esto nos da Roma cumplido testimonio. Comprende á nuestro modo de juzgar una dilatadísima infancia de los pueblos, y es periodo de preparacion.

En el segundo, llamado también la plenitud de los tiempos, los pueblos están en su madurez y llenos de vigor; se inicia en la Cruz, é influye otro gran periodo, en el que el cristianismo es acatado. El hombre se da cuenta de su individualidad, y sacrifica su vida en aras de ese ideal de caridad, con plena noción de su valor. Arrumba la esclavitud, ama y respeta á la mujer, cultiva la ciencia y el arte, siempre bajo la férula de la Iglesia, á cuyo poder espiritual y delegado por el mismo Dios, se somete. Es periodo de consolidacion.

Al tercero le inicia la protesta de Lutero contra Dios y su Iglesia. La revelación viene directamente al hombre, con ó sin la Escritura, que no es sino pantalla para encubrir el libre exámen, en los principios. El hombre se forja la religion si su alma se la pide, más tambien puede rechazarla y no tener ninguna. Su independencian le da la soberanía, que delega en el diputado á quien elige, pues los reyes no gobiernan. El Papa es un extranjero; la sociedad despoja á la Iglesia y la persigue; sus instituciones, como el bautismo, el matrimonio y la sepultura, se secularizan ó eximen de tal tutela. Los dogmas se discuten ó se rechazan, sin que estorbe el no tener religion para disfrutar los derechos en toda su plenitud. Dentro de las fronteras, se agranda y fortalece la nación, por medio del trabajo y del progreso; y fuera de

ella, el poderío y el interés dan la norma del obrar. Es periodo de revolución.

Por supuesto, que siendo, como lo es, continua la vida de los pueblos, ninguno de esos tres periodos tiene límites precisos en el tiempo. Caballeros romanos hay, cinco ó seis siglos antes de la era cristiana, no tan diferentes de los de la edad media, que con estos no tengan algo de comun; y tampoco la Iglesia ha soltado el cetro del todo ni deja de ejercer en los pueblos todavía algun influjo, pero el caracter de cada edad está perfectamente marcado. Soberania pagana ó del diablo; soberania cristiana ó de Dios; soberania del pueblo ó del hombre, que rechaza ser necesario en el mundo, ningun concurso divino.

Es claro que si Cervantes resucitára y se le diria: «Mire usted lo que ven los modernos en su libro», se echaría el puño á la sien y diria dándole torniquete: «Está visto; esta gente tiene barrenada la cabeza. Son tan locos como Don Quijote. ¿Qué habia de pensar yo, al escribirle, en ciclos humanos, ni en mundos míticos, ni en síntesis profundas? Cabalmente hice todo lo contrario, y fué porque no supe ni pude más. Un caballero arcáico, un tipo risible por ser la degeneracion de una órden de caballería ya extinguida y muerta, cuando yo vivia; y por consiguiente, si creí en él un símbolo, fué el de la impotencia; le dí un escudero rudo, positivista, groserote y campesino español, en una palabra, ó sea saco de malicia, ignorancia y ambicion, todo en una pieza, aunque andando los siglos se vista de socialista, pues con esa seda y todo, *mona se queda*; para hacerle creible y mas realista el contraste; forjé una záfia y fornida toboseña, para que fuese su dama, y hasta dudo si era guapa,



visto que el mismo que la pondera, tiene imaginacion tan intrépida, que cambia las ventas en castillos, trueca en yelmos las vacias, y toma por gigantes los molinos y áun los pellejos. Esto hice yo con la caballeria; ajusticiarla; ponerla en la picota de la ignominia, no tanto porque fuese mala en sí, como por haber dado ocasion á las ficciones caballerescas, tejido disparatado de una literatura reinante en mi tiempo, á la cual quise hacerla desaparecer.»

Cervantes, hablando así, no se engañaría, pero en tal caso, su libro no hubiera recorrido los ámbitos del mundo ni le llamaríamos hoy *nuestro libro Rey*. Si quiso enterrar el ideal de la caballería, el intento le salió al revés de lo que pensaba. Porque con la risa, nos la da á conocer mejor, para saborear así lo que pudiera tener siempre de árida ó de insípida, visto que su mision concluyó. No niego por esto que dejára de lograr su principal propósito, barriendo para siempre los libros caballerescos, que ya solo leen los eruditos; así en otra parte lo asenté, pero de aquí, á pensar que la caballería no saliese realzada en la obra, va mucha distancia, y siendo ella la base sobre que se afirma, nadie podrá concederlo.

Diga pues lo que quiera, la crítica apegada á la letra, y aunque tenga esta nuestra manía de considerarle por verdadera *chifladura* (para el atentado contra la lengua); lo cierto es que el *Quijote* dará siempre materia abundante para discurrir sobre él, mas de lo que su autor pensó, y tiene por firme y valedero la opinion vulgar, que no penetra, ni deduce de lo que hay encubierto en él. Revilla dice que la inmortalidad del *Quijote* se debe á su elemento inconsciente; yo mas bien me inclino á sentir es debida á que hace resurgir

lo que de cristiano tuvo **el espíritu** informador y vivificante de la caballería

Dije antes que la humanidad ha recorrido tres grandes estadios durante su historia; y previa alguna indicación, que me parece necesaria, sobre el primero y el último, sobre el antiguo y el moderno, trataré de corroborar después ese mi postrer aserto. Ni creo que el lector me moteje de cansado aunque hablé de la caballería en otros capítulos, pues allí lo hice con propósito muy diferente.

El período heroico-mítico se caracteriza porque el hombre forja la religión, aceptando ese mismo mito obra de la tradición y de la leyenda, fruto de la aberración primitiva. Cuando el hombre pierde la revelación primera y se lanza en la idolatría, esa necesidad tan imperiosa del alma, quedará de otro modo satisfecha. Asustadizo de suyo, ante el coloso de la naturaleza, se hará sabeista ó fetiquista; si algo más se remonta, verá génius y espíritus amigos y enemigos de él mismo, en lucha divididos; y con esos elementos compone la religión que necesita. Los antiguos imperios asiáticos y egipcio, como todos los pueblos primitivos, del *elegido* separados, no disponen de otros. Grecia y Roma dan pasiones á sus dioses, se los llevan á un monte y á las ciudades, les hacen reñir entre sí, meten á los héroes con ellos, el arte ingresa en la religión, y multiplica las fábulas. La magia, la adivinación y la teurgia, son los medios de comunicación con la divinidad, las sibilas, oráculos, arúspices y augures, los intérpretes de sus deseos. La monarquía arriba y la esclavitud abajo, son instituciones comunes á todos los pueblos antiguos. En el último período de su existencia, el cual es bien efímero, toman la república; salvo el pueblo hebreo,

que tiene primero forma republicana con los jueces, para venir á ser monárquico después.

Todo lo opuesto al mundo antiguo, es el actual, á quien tambien llamo moderno, porque empieza con Lutero y su reforma, la fase de esta gran evolución ó trastorno que sufre la humanidad, y el cual perdura aún, y seguirá siglos, acaso. Empieza minando al cristianismo en su cimiento, y el hombre se rebela contra Dios y su Iglesia. Poco á poco la va tomando á esta sus trincheras, y la obliga á batirse en retirada. La humanidad no cree ya en Dios, sino en sí misma, y por eso le va paso á paso proscribiendo, pero aún no ha concluido. La posesion de la riqueza y la completa libertad de las pasiones, es lo que se predica y por tanto, abajo el Dios de la Cruz, que ya no tiene poder, aunque quiera esclavizar nuestras aficiones y deseos, como lo ha hecho hasta aquí. Respecto del hombre al hombre, usufructo de la mujer á quien se la permite buscar; ciencia, trabajo, ley suave hasta que el bien la haga innecesaria. Nada de familia ni de pátria, y en tanto que desaparecen, arrumbemos los sacramentos y exijamos al Estado, que nos debe dar cuanto se le pida; tales son los últimos dogmas del Evangelio novísimo, no se si redactado en lógias ó presidios.

Entre esos dos mundos esta la edad media cristiana, con nuestra España y sus dominios, que lo son tambien en la edad moderna. Empieza ese periodo en Europa con la invasion de los bárbaros á quienes Roma llamó así porque venían á destruir su ya caduco imperio, donde todo se pone en confusion. Durante la época de las irrupciones, la edad media es un caos. Nadie sabe de donde viene ni adonde irá. Individuos y pueblos caminan al azár y sin conciencia de su

mision. Marchan á ciegas y van donde otros les llevan y quizás ellos no quieren. Han desaparecido los mitos y poco á poco les van sustituyendo los dogmas cristianos. Se inaugura la fase individualista, dominadora y guerrera. El feudalismo está en pugna con monarquías nacientes, á quienes quisiera sofocar, como la cizaña á la espiga, y no lo hace, ó por la ambicion de los Señores, que aspiran y pueden obtener el poder, ó por las discordias que tienen entre sí.

Dos grandes Imperios, uno en Oriente, moribundo hasta el fin de la edad media y otro en occidente pujante y vigoroso; aquel descreído, y por tanto, disputador, este lleno de fé robusta, que ampara la tiara papal, le cede territorios al Pontífice para que de nadie dependa y se respete su poderio y dominio temporal. En el oriente, por Africa y Asia, surge de impreviso el Islam que arrollará un imperio caduco; el nuestro visigodo, que nació brilló y murió en solos tres siglos, para fundar en Europa mismo y en la ciudad de Córdoba, otro nuevo califato. El oriente, por Asia ó por Africa, ha sido en toda la edad media, la terrible pesadilla de Europa. Primeramente Atila derrotado y deshecho al fin en los campos cataláunicos, donde murió nuestro gran Teodoredó, el coligado para salvar la civilizacion. Despues Abderraman, derrotado en Poitiers por Carlos Martel, que contuvo la invasion sarracena por occidente, Europa pudo vivir y respirar con mayor desahogo, á medida que nuestra reconquista iba avanzando. Al fin de esa edad, ó cuando ya declinaba, la asustan, primero Tamerlan; y despues, no contenido el avance de los turcos, cae Constantinopla en su poder, castigo justo á sus felonias con los cruzados hermanos suyos, á quienes no ayudó. Pero el Pontificado debilita el poderío

oriental, obligándole á combatir en su propio suelo, y lanza, una tras otra, esas expediciones inmensas de cristianos que quieren recuperar los Santos lugares. No lo consiguieron; mas merced á ellas, los árabes dejan de venir hácia acá, encerrándose tales tribus en sus diferentes países.

Edad pues de lucha encarnizada, constante, continúa; la guerra, como antes he dicho, forma el estado social de aquellos pueblos, que no dejan un solo momento de combatir, porque la guerra es interior y exterior, aislada y colectiva aquende y allende las fronteras de cada Estado. La caballería surge entonces como institucion imperiosa, porque si el caballero es el militar; ella sola forma la milicia. A ella convergen pues, todos los intentos sociales y por ella son llevadas á cabo todas las grandes empresas. La caballeria se reglamenta, la Iglesia la acoge bajo su manto y le presta proteccion; el espíritu cristiano toma cuerpo, domeña el feroz y primitivo individualismo bárbaro, le humaniza, le consagra, le alienta; y la avalancha mahometana no descarga el ímpetu con que lucha, porque la Iglesia y la caballería se lo estorban.

Hecha cristiana la milicia, eso solo no basta; y el arte, la ciencia, las leyes, las costumbres y la vida entera de Europa, penetran en el recinto de la Iglesia. Ella las informa, y entonces llega á sobresalir ese siglo XIII, tan lleno de esplendor, por haber concluido obras colosales y levantado moral y materialmente en el mundo monumentos imperecederos, en la arquitectura, la ciencia, la legislacion, la poesía y la virtud.

El siglo XIV trae en su seno grandes perturbaciones internas para los pueblos, que ven desaparecer por el atentado y el crimen varios príncipes de sus tronos, y el XV ya viene

la decadencia de la institucion, hasta que la voz de Lutero lo cambia todo; pero la caballería aún no ha muerto. La aristocracia, mal de su grado, y el estado llano, de buena voluntad, estan alrededor del Trono; y brotan la industria, el comercio, los grandes inventos y el descubrimiento de nuevas tierras, haciendo que el mundo entre en una nueva fase. Mas la caballería que vive y se arraiga mil años en Europa, da color especial á toda su fisonomía y literatura, como no podía menos de suceder, ya que en ella se reconoció el cimiento y sostén primordial de aquellas sociedades cristianas.

La caballería giró en torno estas tres nociones supremas: el valor, el honor y el amor. El valor era su base; el honor el fin á que encaminaba sus actos; el amor, la recompensa que de ellos se prometía y tambien el estímulo que la impulsaba á realizarlos. Su famoso lema que tambien los trovadores y la gaya ciencia tomaron por divisa, fué el de *fides, patria, amor*, que aun se invoca, profanándole, en nuestros juegos florales, tan comunísimos sin duda, porque ya no queda en esta nuestra edad prosáica, escéptica y materialista, ninguna de esas tres cosas.

Sus Estatutos, que pueden verse en César Cantú, quien, si no los cita al por menor, es el que mejor nos la da á conocer, eran completos; los detalles, minuciosos; los ritos, solemnes. El amor coronaba moralmente la caballería y la mujer era su indispensable auxiliar en el ceremonial. El contacto del caballero con la mujer, pero noble espiritual y purísimo, se iniciaba en el hombre con su juventud mas temprana, pues el doncel tenía la obligacion de hacer la corte á la dama y de servirla, así dentro como fuera de su casa. Las

palabras de Bayardo á su madre, que contienen por decirlo así, el *sacramentum* de la caballería, solo pudieron pronunciarse en una época saturada y compenetrada por la esencia cristiana, hálito fecundísimo que á la excelsa y noble profesión la animaba. Por eso el espejo donde el caballero se mira, es la rectitud en ideas, acciones y palabras. La caballería pues abarcaba al hombre entero, en su total contenido, como decimos ahora. En ella no sabe uno que admirar mas: si la veneracion á la mujer, ó la lealtad de los compañeros entre sí, ó la cortesanía para con los enemigos con quienes habian de luchar. Todo lo compenetra la idea del honor á que el caballero no faltará jamás.

La caballería era la civilizacion de la edad media, el maspreciado de sus timbres y el mas noble de los ideales. Si á ello se junta que era altamente cristiano ese ideal, dígasenos si al hombre cabe dignificarle mas. Por eso al haberle el *Quijote* encarnado, tiene que ser el libro mas hermoso. Este privilegio nace tambien de su fortuna, por haber concluido con todos los otros caballerescos. En estos se veía la exageracion y el desatino, y por eso quedó el *Quijote* sólo. Ridiculizando lo legendario que contenían, y haciendo aquel prodigioso parangon con su opuesto ideal, sacando á plaza por ende, al tipo que aquella gran institucion compendiaba para que chocase con generaciones materializadas y positivistas, vino á dar en el hito, á resumir el nexos, que une al mundo medioeval con el moderno. Por eso es el *Quijote*, aunque en prosa escrito, el gran poema humano.

Si para hacer la obra popular y cómica, hay en ella, como una caricatura del caballero, que en cierto modo tambien á la institucion menoscaba y en perjuicio de ella redundo; la

disculpa el haberla tomado en el período en que decae y se bastardea porque si todo lo humano es imperfecto y degenera, lo propio había de suceder con la caballería. El lujo, primero; el abuso de sus prácticas, después; y finalmente el falseamiento del espíritu que la inspiró, la precipitaron y consumaron su ruina. Cervantes de esto se aprovecha, y en su último cuadrante la toma, para no echar sobre sus espaldas el peso de la censura.

Y aún hay más: el libro se escribe cuando el predominio de la institución ha pasado, y por lo mismo, no indigna ni se le puede suponer blasfemo ni irrespetuoso para con ella. Ni podía tampoco componerse sino por quien á la vez, fuera, como Cervantes, militar y literato; y sobre todo hombre de genio inventivo y creador, ni menos hasta que pasase la época de la pujanza caballescaca y forjando la ficción en el seno de otra edad mas sedentaria, como en su tiempo lo era, la sociedad española. El *Quijote* tiene además el mérito de que refleja primorosamente cuanto la caballería contenía de heróico y de bueno, pues á la vez que la galladía y nobleza en todas las acciones del paladín, cuyo móvil no puede ser mas levantado, muestra el contacto con el oriente que tambien tuvieron los antiguos caballeros, en el episodio del cautivo, cuyo país y costumbres el autor ha tocado, la lucha y esfuerzos de árabes y cristianos por el triunfo. Hasta tuvo Cervantes el tino de fingir que la fuente principal de que se valió, fué un autor árabigo, á quien llama Cide Hamete Benengeli, pseudónimo que tambien le sirve para zurrar á todos los plagiarios de su libro, que por entonces aparecieran, aunque sólo á uno mortifica por ser el mas atrevido y descocado.



## Capítulo XVIII

### *Norma que señala y fruto de su lectura.*

Se irreprochable, se integral, se bueno y así alcanzarás tu destino. Esto es lo que dice Cervantes al hombre, por medio del *Don Quijote*; digo mal, esto es lo que piensa el hombre reflexivo despues de leerlo; este el gran fruto y resultado que su simbolismo encierra. Te tomarán por loco; sufrirás percances, injurias, oprobios, ataques, persecuciones é insultos; tendrás á tu lado la antítesis de tu norma, en Sancho Panza personificada; pero no desmayes, trata á él y sus necedades, como lo merezcan; ámale si te sirve, ayúdale si te atiende, escúchale si te advierte, pondera su fidelidad si la tiene; pero repréndele cuando falte, desprecia su grosería, castiga sus vilezas y atrevimientos, cuando le veas descortés ó traicionero, aunque no llegue á criminal porque le falta valor, ó tema perder la consideracion social: mas aparta de tu voluntad lo que ese hombre ama, siquiera busque el lado positivo de las cosas.

Vive en tu estado tranquilamente, sin que te dejes llevar de tu propio parecer, originario muchas veces, de cierta perturbacion, mas ó menos exaltada, que puede conducir á la manía; y así no encontrarás la desilusion, como Don Quijote, en su hora postrera. Atiende tu casa y mira por tu hacienda, pues si abandonas el hogar por enamorarte y ser-

vir á la utopia, serás en el mundo ridícula caricatura del ideal acariciado, pero no sacarás ningun provecho. No te apasionas de mujer poco conocida, ni ponderes su belleza, que á fuer de tiempo, debieras tener olvidada, ni multiplique tu imaginacion sus perfecciones mentidas, á menos de ser tenido por loco rematado. Ese amor platónico, cuando trasciende á los otros, se traducirá para ellos en el mayor de los desencantos al topar con el objeto, por tí tan ponderado; y el arcáico romanticismo, trocarase en tu descrédito, al haber encarecido tanto la mujer que huele á ajos, porque sala bien los puercos, aunque nos digas que su aroma supera al de esencia de violetas.

Huye de la Dulcinea, esa encarnación imaginaria, á la que todo Don Quijote lo sacrifica. Una pasioncilla de su mocedad, que soltero é idealista como es, le tiene á mal traer, quiere que sea para todos, la misma perfeccion; y lo ves tan seducido, como á cualquier otro enamorado. Gran tontería del hombre, malquistarse con el que no la pondere; siquiera sea para ella ventajosa, acreditando su influjo y preeminencia, puede acaso atraerte la desdicha y desventura, si ese objeto de tu amor, es indigno de tanto culto é indebido privilegio. Idolo deleznable, que se desprecia cuando se posee; en la mocedad, ó quizás tambien en la senectud, nos roba tranquilidad y tiempo, si vamos con la imaginación pintándola, para seguirla sin alcanzarla, empresa harto vacía, cuando lo apetecido no se logra, y que alcanzada, muy pronto nos cansa.

Ni dejándote impulsar, como Sancho del utilitarismo mezquino, aspiras á ser bien mirado, porque ese extremo contrario te acarreará sendos disgustos y hasta malos tratos;

ya que son mas apreciados los hombres generosos, y jamás fundó el egoísmo ningun sistema de moralidad objetiva. Sigue pues el término medio para que vivas dichoso. Tales son los graves consejos que á todos nos da Cervantes, sacando de su lectura las mas óbvias consecuencias, aquel que no profundiza; de manera que con el individuo aislado, ensalza esos dos caminos: uno para quien remonte los vuelos, y quiera ocupar asiento preeminente en la memoria de los hombres, siquiera le acasen como decía al principio; otro para los que no desean tener puesto tan alto, y se contentan con ser y vivir modestos, siquiera esten olvidados. Para recorrer la meta que marca aquel derrotero, es necesario muchísimo brio; para seguir la indicada de este sendero último, basta con no ser presuntuoso, sometiéndose al comun acatamiento.

Si tal es la enseñanza del *Quijote* para los individuos, tambien la hay, y no pequeña, para las sociedades de todos los tiempos; y debemos fijarnos en los actuales á fin de saber cómo nos debemos conducir, para que progrese la nación. No destruyo, nos viene á decir Cervantes, el timbre de grandeza que quiera tener mi pátria, le veo por el contrario legítimo, y en mil ocasiones le aplaudo, segun comprueba mi libro; pero puede ser un peligro su idealismo tan exagerado, como el que en Don Quijote pondero. Tasquemos el freno á nuestra loca fantasía, cuando no vea, como en el héroe, proporcionado el fin con los medios. ¡Cuántos castillos de naipes en la cabeza, cuántas quimeras seductoras surgen en nuestro espíritu que el soplo de la realidad viene á disiparlas después! Para evitarlo, corrijámonos; no nos entusiasmen los aventureros ni los charlatanes, que han ve-

nido á sustituirles; fuera los libros de caballerías, fuera los discursos de los oradores andantes, que van de pueblo en pueblo, predicando sus panaceas, ni mas ni menos que los saltimbanquis sus específicos; no los creamos, aunque manejan bien el ilusionismo, que nos ha sido tan funesto. Haya grandes virtudes, practiquemos las teologales y cardinales, y aprendamos el catecismo, libro el mas sábio que conocemos, y que tan olvidado está; y si os parece ráncio veámos donde nos conducen los nuevos extravíos, luego que dejemos aparte la antigua honradez y hombría de bien que Don Quijote y Sancho, nacidos ambos en nuestra pátria, é hijos legítimos de esta tierra, no pierden jamás, áun en medio de sus mayores majaderías.

Reconozcámosles al ménos, nosotros, ese prestigio, si se le niegan los extranjeros y sus paisanos que no quieren otra pátria sino la de la humanidad confundida, cosa que se ve bastante lejana, y mas creo: que no tocará en la tierra sin destruirla, al modo como pudiera un cometa, masa terrible é inmensa, que nos empujara, para que alimentásemos aquella inmensa hoguera del sol, que está siempre encendida. Yo no digo que no se vea el rabo que trae la estrella de la anarquía, al cual quizás algunos le llamarán su cabellera; pero creo que pasa por el horizonte cual simple meteoro; mas á lo mejor repetirá alguno; es un bólido que da el estallido, contiene cascos de hierro, y puede quebrar los nuestros, llenos ó vacios de seso—no tengais cuidado; pasada la primera impresión se entierra á los muertos, si los hay; nosotros nos reponemos del susto que da el traquido, y el planeta sigue recorriendo su órbita.

Y para hablar á la moda, ¿es el *Quijote* libro de sociolo-

logia? Hago esta prégunteja porque yo no considero ciencia á esa quisicosa, recientemente inventada para trastornarnos la cabeza. Pero, amigo, preciso es contestarla, para que no nos tachen de ignorantones, atrasados y retrógrados, los intelectuales flamantes.

Yo no censuro al que vea en el *Quijote* un libro altamente sociológico, porque desentraña, segun llevo repetido, lo que debe ser y ha sido la humanidad en su desenvolvimiento, y no porque haya en él ó se muestre lucha entre la razon y la fé, entre la virtud y el vicio, entre el capital y el trabajo, como al presente sucede, y entre el desheredado y el abastecido; sino porque tomando el pensamiento más alto que el autor y el lector pueden concebir, el libro se esfuerza en presentar la antítesis humana en una serie de episodios que nos enseñan á meditar sobre lo hondo de ese problema, eterno y sintético á la vez. Mientras el hombre habita en este mundo miserable, su solución será difícil, porque de lo concebido por el talento de móviles levantados, y por ende generoso, siempre enderezado su intento á dirigirnos por las vias de la rectitud, honestidad y justicia; á lo realizado, vistos los óbices, tropiezos y resistencias que se le oponen en el camino y á cada paso, media grandísima distancia, y que hasta la sociedad más perfecta y cristiana, como lo era entonces la española, deja muchísimo que desear en punto á cumplir los diez preceptos del decálogo y sobre todo el que los fariseos y Cristo, de consuno llamaron el gran mandamiento, que resume y compendia todos los otros.

Y de lo precedentemente asentado, ¿qué sacaremos en conclusion? Que el *Quijote* es un libro humano; aun más,

español; todavía más: universal. Pero, ¿es verdaderamente nuestro *libro Rey*, como yo le intitulo?

Así le apellido sólo en el orden literario, pero no absoluto, si habria quien me dijese que pusiera limitacion y cortapisa á semejante afirmacion tan rotunda. Es *libro Rey* en su género; pero no para todos los talentos ni para todos los gustos, ni quiero al ponderarle, me tachen de exagerado; lo cual vendria á redundar en perjuicio de aquello mismo que tanto pondero. Habrá quienes prefieran las especulaciones de la ciencia y estimen mas á Melchor Cano ó Arias Montano ó á Luis Vives, sobre Cervantes. Habrá quienes tengan predileccion por el derecho, y le conceptúen inferior á *Las Siete Partidas*. Uno dirá que le gustan mas la ciencias naturales; otro, las áridas Matemáticas y sólo le hallarán, estos tales obra amena, mas no de preferente importancia, porque hemos tenido en todo, hombres muy esclarecidos, que concluyeron trabajos concienzudos, y son muchos los monumentos que pueden contemplar y penetrar los doctos.

Aun dentro de la misma literatura los géneros son muy variados y sobre gustos no hay nada escrito. Un parangon detenido del *Quijote*, con los demás libros de mérito, es imposible hacerlo, aún dentro del terreno literario. Quien tome las cosas bajo distinto punto de vista de aquel en que me coloco, no se hará por ello acreedor á mi anatema. Además el que haya leído cuanto en este librejo va puesto, hartó sabe mi juicio y concluiré asentando que en otras obras no euencntro títulos para ponderarlas en igual grado. Me tranquiliza tambien el que *Don Quijote* sea el libro mas popular, y el que en opinión de muchos sábios, es el mejor. De suer-

te que aquí, ó sea en este punto concreto, coinciden en tenerle como de mayor aprecio, así los profanos, como los instruidos. Ahora; de esto, á ser cerradamente exclusivista, hay alguna distancia, y allá cada cual con sus aficiones se las componga. Este mi trabajo le enderezo á justificar el título que le pongo, y si de *libro Rey al Quijote* le califico, es porque así lo siento.

Antes tambien expuse que hay várias exígisis del *Quijote*, y algunas de mucho encomio; nuestra Academia de la Lengua, la más eminente corporación literaria, tambien ha trabajado, acaso no tanto como debiera, sobre ese libro, al que sin duda considera como el primero, cuya labor me infunde sumo respeto, cuya autoridad acato y en ella me escudo, cobijándome bajo su manto, por no tener ninguna el que esto va escribiendo. Bien que no veo en toda la obra un solo capítulo en el cual falten atractivos, y tambien creo que todos se prestan á consideraciones abundantes y en muchos es espontánea la meditacion que surge de su lectura, áun sin que uno quiera desentrañar la doctrina. Así que no nos extraña ver citados sus parajes, en este ó en el otro lugar, con suma frecuencia; ni tampoco, el que alguno de ellos, sirva de tema, para calcar en él, otra obra: D. José Echegaray pone á la cabeza de la suya *Ó locura ó santidad*, el momento de la agonía y las palabras que Don Quijote pronuncia; y los señores Quintero han forjado su lindísima obra *Los Galeotes*, sobre un capítulo de Cervantes. Y como yo tambien soy persona, aunque de bien poca valía, no se achaque á inmodestia, ya que trato de corroborar una proposicion sentada, el que diga tomé la concepcion capital del autor, para pintar un Quijote zapateril, en una comedia que

presenté en el concurso abierto por *El Liberal*, la cual quisiera imprimir, si la pudiese vender.

Cuestion final, que me parece oportuno el resolver: ¿Ha muerto el espíritu que á Don Quijote animaba? ¿Es una momia que se petrificó, ó vive y alienta aún el influjo que pueda ejercer en nuestro ser, vida y costumbres de los españoles? La respuesta tiene que ser diferente, y comprender lo universal, y lo nacional, y en cuanto á esto último, un tanto ambigua, por parecerme mas exacta, aunque la forma en que la dé, sea categórica.

Lo grande que Don Quijote tenía, ya murió; y todo lo mas que de el queda, es su lado negativo. Al caballero ha sucedido el aventurero; al hombre de armas, le sustituyen el de actividad, el de picardía, el de palabra y el de ciencia. La guerra misma no se comprende ahora sin las matemáticas, y el laboratorio que fabrica los explosivos. La química trastorna el régimen de un Estado, lanzando una bomba sobre su Jefe, quizá cuando menos se espera. Ya no hay Caballería ni en sus libros nadie piensa; si por ellos exclusivamente se hubiera escrito, harto huelga su propósito. No hay caballeros, sino gente que piensa en su negocio y se mira con recelo. El hombre nace por el deber, el cariño, la desgracia ó el engaño; vive entre la competencia, el altercado y la disputa; y muere como los animalitos, si carece de fé. Cuando dice que la tiene, no la practica, como ocurre á los católicos del día; que lo son á condicion de no molestarse, sino en rezar, á lo sumo, dejando que á la Iglesia se la lleve pateta. Bien es cierto, que hablando en plata, cristianos ya no existen, ó son tan pocos, que nadie hace caso de ellos. El cristianismo de buena cepa, que es el práctico, y consiste en



abrazarse á la cruz y morir en ella, por propia elección, desaparece del mundo, reemplazado por la libertad del placer, como la quieren y piden millares y millones de voces; por que Cristo la niega, no le da paso nuestra alma. La Iglesia vuelve pronto á las catacumbas. En el siglo de la caballería brillaba como el sol, iluminándolo todo; hoy aquella luz la rechazan los pueblos y forjan la eléctrica, la acetilena ú otras parecidas. Si siempre habrá idealistas en la tierra, á quienes lo son ahora, se les toma, tiene y trata como tontos; y de consiguiente, Don Quijote está enterrado.

Pero ¿tambien para España? Sí, porque en lo que tenia de cristiano y caballero, pocos le imitan. Sus mas bellas cualidades, que son, segun ya dijimos, el valor, el honor y el amor, han muerto tambien entre nosotros, ó á lo menos están harto enfermas, tanto que parecen moribundas

Al valor le sustituye la comodidad, el egoismo, el estado sedentario y la inercia moral, que inhábiles como lo son, para todo lo que huela á sacrificio y abnegacion, nos impiden el acometer ninguna empresa grande y en resultados fecunda.

Al honor, el cálculo y la aficion al negocio, aunque este sea súcio. La palabra honrada no existe y en faltar á lo prometido, nadie se desdora. Por el contrario, el hombre hoy se encumbra merced á la falsía y á la astucia. La sinceridad no se conoce. A la protección del débil reemplaza esta máxima: «cada palo aguante su vela». Los rugidos del opreso, como esté aislado, se pierden en el vacío. Cuando son fuertes y los lanzan muchos que pueden imponerse, cobardemente se transige; salvo si luchan con un poder mas robusto, que por la fuerza los abate. Ir á buscar como Don Quijote, al des-

graciado y al desvalido para darle nuestro apoyo, es y se tiene por lo más desatinado, ya que el pobre es mas bien desesperado, que no agradecido. No suplica, sino que amenaza, y léjos de conmiseracion excita la ira. Arde en deseos de venganza y por eso se le opondrá enérgica resistencia. Cier to que nadie le ayuda; pero el rico dice que no lo merece. La caridad está proscrita; lo mas que se invoca es el altruismo, pero á condición de que la desgracia nos divierta, y siempre que la limosna se publique. El pueblo ni el pobre, no se organizan y carecen de fe en los hombres y en sus ideas, y el repúblico los vende ó medra, en justo castigo á su desconfianza ó apatía.

El amor es cosa de niños inocentes. Para los grandes y avisados, es una ilusión fugaz, que se sustenta en el hombre por la pasion ó el apetito; en la mujer por el interés ó por la paga, aunque se llame esposa y lo sea. El matrimonio se hace sin dote, al contrario de lo que decía el Fuero Juzgo, *ne sine dote conjugium fiat*; á medida que tiene el hombre mas sed de esa aportacion, para sostener la carga conyugal; bien que la mujer cuando se casa, ya lleva al marido en hipoteca. Si no, por lo general, tan excéptica como él, es lo cierto que suele mirar con mas fruicion la bolsa que la hidalguía. La dedicada á cualquier oficio, que no sea el doméstico, y á quien por lo tanto llamamos obrera, se nombra, cuando es oradora sobre todo, *compañera* en el club; pero su belleza, si la tiene, puede pertenecerle al patrono que la agasaja y la mimas; como suele alguna vez llamar tonto la criada al señorito, cuando este nada le dice, y ella le estimula á que se arriesgue. Creo que la mujer con su ponderada emancipacion, nos llegará pronto á buscar y á comprometer, y el

huirla será virtud, aunque nos quite la capa, como la de Putifar á José. La mujer será tanto mas desenvuelta, cuanto mayor protección la aseguren en su audacia. El platónico amor de los ilusos; sólo sirve para obtener desengaños. Hoy el hombre cuando se casa, abdica. ¿Y hay quién se queja de que esté conspuído el matrimonio? Vuelvan las teorías antiguas del pudor, y con esto tal vez, se pondrá dique á la inminente disolución. Porque si en el libro y en el teatro y en el periódico y en el mundo la enseñamos á ser infiel ¿á qué extrañarse después, de que nos quiera burlar? Véase con esto si la sociedad actual tiene con la en que Don Quijote vivió ni siquiera parecido muy remoto.

Es decir, que del noble espíritu que animaba á nuestro buen hidalgo manchego, ya casi nada queda, si no el compás que seguimos una ú otra vez, pues al fin en esta tierra nació, pero vamos cada día con mas ahinco, renegando de él. ¿Con razon? Yo á lo menos, dudo de que la tengamos.

—Pero te contradices, pues antes afirmabas que Don Quijote era fiel retrato nuestro y que por ello nos ha inmortalizado.—No hay tal contradiccion; dije que personifica al español auténtico y ¿lo somos todos? Esto queda por averiguarlo.

Que perdimos la herencia por nuestros padres legada, en esto no cabe duda, y aún no se si diga que fué repudiada. Si me niegan que no hay ni fé ni pátria ni amor, segun en otro lugar afirmé, yo dejaré á mis impugnadores en su generosa ilusion, sin meterme á discutirlo; me basta con apelar á los hechos, porque obras son amores y no buenas razones.

Todo anda muy malo se oye por ahí decir á muchos, y creo que no se engañan. Veámos si puede remediarse, y en

cuanto al cómo, yo daría un consejo á mis contemporáneos y compatriotas: Tomad, les diría lo que Don Quijote tuvo de bueno y positivo, esto es, su abnegacion, su honradez, su hidalguía y amor al prójimo y su ideal tan noble y levantado, sed tambien caballeros y haced irreprochable vuestra conducta, ó cuando menos, procurad no mancharla con grandes caídas ni reiteracion en los vicios; porque si áspero os parece tal camino, forzoso será esperar á que cambien los tiempos y vengan á poblar este suelo generaciones mas robustas.

Nadie, sino Dios, sabe cuantos siglos le restan á la humanidad para que cumpla y acabe su mision, si es que alguna tiene, pues hasta esto hoy se niega ó pone en duda. El cristianismo, que ya va pasando de moda, dice que sí; no en todos, sino en cada cual de sus miembros de que la humanidad se compone; la nueva doctrina que se predica, lo siente al revés, afirmando que la humanidad tiene su fin y que son los individuos meros medios para conseguirla aquella, en cuyo seno se pierden para renovarla, sin duda por la ley del *corruptio unius, generatio alterius*, hasta que á la hora menos pensada venga algun cometa, segun arriba decía, que nos sume del sol en la hoguera.

Mas hasta que tal caso llegue, si por cualquier causa recóndita para nosotros, lo tiene así decretado la Providencia, ó bien el acaso en el que otros creerán, ¿vamos á consumirnos entre luchas ferozes, como perros que se muerden, dejando holgazana á la paz tan apetecida? ¿O esperarnos, como enseñan los anarquistas espirituales, que suprimidos el dogmatismo y el decálogo, esa guerra continua desaparezca como por ensalmo? Yo no sé cual doctrina de las dos se lle-

vará en lo futuro mas prosélitos, siempre fué muy grande el número de ilusos, que si se obstinan en consolidar ese funesto régimen en el que impera el error, sobrevendran á la vez con el aniquilamiento, el desengaño. No haré sobre este tema mas calendarios, aunque sí digo con ellos: Dios sobre todo.



# ÍNDICE

---

	<u>Páginas.</u>
PRÓLOGO.....	5
Capítulo I.—Trascendencia del pensamiento ó idea capital que informa el Quijote.....	9
II.—El subjetivismo del autor y el objeto del libro.....	13
III.—En el Quijote hay mucho más de lo que Cervantes vió, quiso, pudo é hizo.....	23
IV.—El Quijote en sus relaciones con la naturaleza humana.....	33
V.—El Quijote es fiel retrato del carácter español y le inmortaliza.....	41
VI.—El Quijote en el cuadro de la vida española.....	51
VII.—¿Hay ciencia en el Quijote?.....	61
VIII.—El Quijote en el campo del arte.....	71
IX.—El Quijote como obra literaria.....	79
X.—La epopeya en el Quijote.....	87
XI.—Lo dramático de la obra.....	97
XII.—Lo lírico y el lirismo que encierra.....	109
XIII.—La fábula que Cervantes crea, y sus parodias.....	119
XIV.—La sátira y lo cómico que contiene.....	129
XV.—Los demás géneros que abarca.....	137
XVI.—Por qué el Quijote es obra universal.....	147
XVII.—Por qué es obra única.....	159
XVIII.—Normas que señala y fruto de su lectura.....	171

THE HISTORY OF

THE UNITED STATES OF AMERICA

0150

**PRECIO: TRES PESETAS**

De venta en las principales librerías







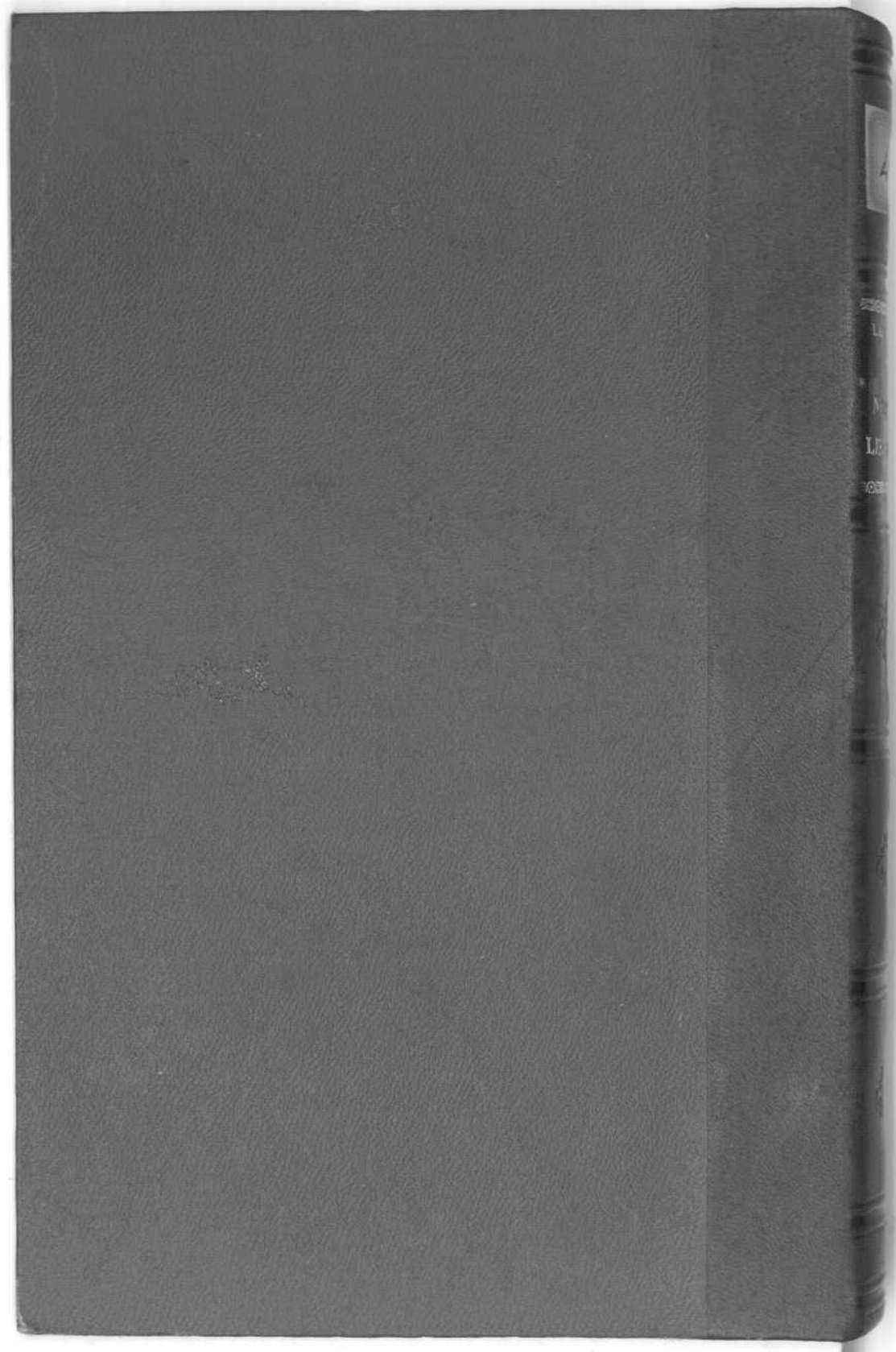
# MARQUES DE SAN JUAN DE PIEDRAS ALBAS

## BIBLIOTECA

Pesetas.

Número.....	446	Precio de la obra.....	.....
Estante....	23	Precio de adquisición .....	.....
Tabla.....	5	Valoración actual.....	.....

Número de tomos.. .....



446.



LAPUENTE



NUESTRO

LIBRO REY

